FEDERICO HUESCA

ZAJARA

MADRID
TIPOGRAFÍA DE LOS HUÉRFANOS
Calle de Juan Bravo, núm. 5.
1889

Al Excmo. Sr. General

Don Vicente Riva-Palacio,

Ministro plenipotenciario de Méjico en Madrid.



Mi querido amigo: *Cediendo á sus instancias, al tiempo que publico algunos cuadros de la vida marroquí, he tejido en mi relación una historia amorosa de la que fuí testigo, y cuyos personajes fueron para mí muy estimados.*

Este atrevimiento literario podrá ser disculpado por usted, que me embarcó en esta aventura, pero temo que no le caiga en gracia al lector, por benévolo que sea, y me dé un disgusto.

Escríbame, para mi libro, algo que sirva de prólogo, de pararrayo ó paracaída, y se lo agradecerá en el alma su afectísimo amigo,

Federico Huesca.

Sr. D. Federico Huesca.

MI QUERIDO AMIGO: No me ha puesto usted en poco aprieto con esa su carta que recibí ayer, y en la que anunciándome la publicación de su libro me pide que algo le escriba, que le sirva como de prólogo, á manera de un pararrayo ó paracaída contra las censuras, que con la natural timidez de todo autor, está usted ya mirando que llueven sobre el hijo de su tintero.

Pláceme que de mí se haya acordado en esas circunstancias, porque así me prueba su cariño y el buen concepto en que me tiene: que nunca en aciagos momentos se ocurre sino al amigo de cuyo corazón se está seguro. Pero lamento la elección por las malas prendas del electo: que no faltará quien diga al ver mi firma, que si tal anda el padrino, ¿cómo irá el ahijado? refrán que no conozco, pero que supongo

debe existir en algún pueblo en donde existan ahijados y padrinos.

No de pararrayo, ni de paracaídas, sino de paraguas contra el chaparrón de las murmuraciones, quisiera servirle, si para eso bastara mi buena y crecida voluntad. Pero es el caso que me falta tela, porque mi nombre, poco conocido en la república de las letras, no le pondrá á usted en aquel punto que dice «que quien á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija», y yo puedo agregar á usted como cuenta que dió el diablo á un su devoto, que después de haber hecho pacto con él, le pedía una muchacha bonita, «para mí la quisiera.»

Escribir un prólogo (salvo el caso de un concienzudo y erudito estudio), tanto viene á significar como ejercitar el oficio (ó llámese arte) de mono sabio, saliendo á presenciar el terrible lance de un autor, que caballero en un bien ó mal trabajado libro, desafía las iras del bravísimo toro, hablo en sentido figurado y con el debido respeto, de la opinión pública, que no es siempre tan benévola como nos figuramos.

Hay, sin embargo, mucho que debe tranquilizar á usted, en su parto de novelista, y es que el público, y dicho sea sin adula-

ción, comprenderá que usted, al escribir, no tiene las pretensiones de los altos vuelos literarios, ni de las profundas elucubraciones de la filosofía. La sencillez y la naturalidad con que usted refiere todo le dan á su obra el carácter de una narración platicada de sobremesa, en medio de un grupo de buenos y cariñosos amigos. De aquí es que no habrá benévolo é indulgente lector, ni severo é inteligente crítico, que tengan empeño en atacarle; y por el contrario, podrá suceder lo que pasa muy comunmente con esta clase de libros, que tanto en el fondo de ellos se está mirando el autor, que hay momentos en que parece que se escucha su voz, y no se atreve uno á cerrar el libro, porque sería tanto como dejarlo con la palabra en la boca, dando media vuelta, inconveniencia que no hace ninguna persona de buena educación.

Voy á concluir esta carta sin haber dicho ni una palabra al público; pero debo advertir á usted, y por ahí debía haber comenzado, que lo que es el público, ni es amigo mío, ni me han presentado á él ni le conozco más que de vista; lo cual no me parece suficiente motivo para dirigirle

una epístola, que eso sólo lo hacen los políticos. Y así, para concluir el deseo de usted, he preferido poner al público en el caso de enterarse, indiscretamente por supuesto, de una carta que no le va dirigida, y á mí en el compromiso de oir cuatro verdades que no me serían del todo satisfactorias.

Y aquí termino deseándole un buen éxito ó una cristiana resignación, y para que usted no diga que le abandono en el camino de la tribulación, aquí me tiene á su lado, dispuesto á recibir mi lote de paliza en el evento, que Dios no permita, de que la crítica haga alguna de las suyas, y se arme la gorda contra la gentil mora *Zajara*, que con tan buenas intenciones llega conducida por la mano de usted á visitar á los alegres madrileños.

V. Riva-Palacio.



ZAJARA

Nuestro héroe.

E. Guillermo N., Conde de X., uno de los principales personajes que figuran en esta historia, frisaba á la sazón en los cuarenta años. Alto, esbelto, de correctas facciones, de mirada penetrante, de maneras distinguidas, su continente le hacía simpático á primera vista. Si en el orden físico la Providencia le había dotado de las excepcionales circunstancias enumeradas, en el moral no había sido con él menos pródiga dándole una inteligencia superior. Habiendo pasado su in-



fancia en Londres y su juventud en París é Italia, poseía con perfección los idiomas de estos países y sin hacer alardes de empalagosa erudición revelaba á cada instante su esmerada educación literaria y su cultivado entendimiento. La hidalguía y caballerosidad eran los rasgos distintivos de su carácter. Su notoria esplendidez, su afable trato, el fervoroso culto que tributaba á la familia y á la amistad, le granjeaban la estimación y el afecto de cuantos le trataban. Favorecido por la fortuna en los primeros años de su vida que parecía sembrada de rosas sin espinas, en posesión de uno de los más grandes caudales de América cuando entró en la mayor edad, solicitado por las damas, halagado por los amigos, y con natural inclinación á la vida del gran mundo, Guillermo fué en París el hombre más elegante de su época. Su hotel de l'Avenue de Rome en París atesoraba bellezas artísticas de indisputable mérito. Los tapices de Bayeux, Flamencos, Gobelins, las porcelanas de Sevres, Retiro y Persia que

están fuera del comercio, y sólo existen algunas en Palacios ó Museos, tenían en l'Avenue de Rome algún ejemplar digno de un magnate. Las armas antiguas y modernas de todos los países, armaduras, sillas y aderezos de jineta constituían una galería de ornamentación especial que esmaltada por los reflejos de la luz entrando á través de cristales de colores y descomponiéndose en distintos tonos y matices, la daban un aspecto de feudalismo alemán y de plena edad media. El mobiliario antiguo, que parecía haber servido de modelo á Violet le Duc, contrastaba con el de actualidad que representa el confort y lo utilitario que caracteriza á nuestros contemporáneos. La biblioteca y galería de pinturas armonizaban con el tono general de la casa. El departamento que sobresalía era el *hall,* inmensa sala que ocupaba el centro del hotel y cerraba á veinte metros de altura una cubierta de cristal. La galería, llena de tapices de Gobelins, tenía acceso por una escalera de mármol y ébano deco-

rada con cuadros de Snyders y un friso incrustado de esmalte de Limoges. El techo estaba pintado por Eugene Lannuy. Otra habitación no menos notable era el gran Salón de Luis XVI tapizado de cueros.

En una palabra, aquella casa era la imagen del dueño, y fotografiaba la manera de ser autoritaria del hombre que sabía sustraerse al mal gusto dominante y los falsos oropeles decorativos. En su lujo externo, llamémoslo así, siendo un verdadero *gentleman*, más por sentimiento que que por buen tono, sus trenes resplandecían por su distinción, sin incurrir jamás ni en el más mínimo detalle de ese ridículo y estudiado amaneramiento en que algunos aspirantes á conquistadores buscan su mal entendida elegancia.

Desde su sencillo coupé hasta el *mail coach* eran un modelo de *enganches*.

Tal es el bosquejo más exacto que pudiera hacerse de Guillermo.

En medio de tanta opulencia y bienestar aparente, existían en el fondo nubes muy

densas que venían á empañar su felicidad, minando su existencia, no correspondiendo el éxito de los negocios á los cálculos mejor pensados. Reveses de la veleidosa fortuna, pérdidas considerables en su capital comprometido en operaciones bursátiles, á las que le obligaban lo fastuoso de la vida que hacía, el quebranto de su salud como consecuencia de un latente disgusto, le determinaron un día á enajenar su hotel, realizar los efectos públicos que poseía; y después de satisfacer sus deudas como cumplido caballero, trasladarse á Africa, donde en su suave clima hallaría alivio á sus males y un aumento en sus mermadas rentas con el forzoso ahorro.

Cuando Luis le conoció en Tánger, llevaba dos años de residencia en Argelia, habiendo hecho solamente cortas excursiones veraniegas á los puertos vasco-franceses, por los que tenía predilección y acaso algún cariñoso recuerdo de ellos.

Luis, joven de treinta años, pintor, rico, como Guillermo de esmerada educación,

hizo pronto con él amistad, y coincidiendo en muchas de sus aficiones, ésta fué poco



á poco estrechándose, hasta convertirse en fraternal cariño. El género de vida que se hace en Tánger, lo reducido que es el círculo diplomático y extranjero, se presta á intimar más la amistad, si, como en este caso acontece, se cuenta con el principal factor, que es la mútua simpatía.

Casi todos los días después de salir de su estudio de pintor donde Guillermo ocupaba la mañana, entraba en el de Luis para reunirse con él y juntos ir á la fonda de Brosseau en que ambos vivían. Cuando Luis iba á la Alcazaba, residencia de Sid Mohammed Vargas, Ministro de Estado del Sultán en aquel tiempo, con quien tenía amistad; Guillermo frecuentemente

le acompañaba. Ya fueran á la Alcazaba, ya al hotel, siempre subían á caballo, único medio de locomoción en Marruecos, y hasta cierto punto indispensable para



librarse del piso infernal de aquellas laberínticas, descuidadas y pestilentes calles.

Cierto día al pasar por el último trozo de la que da salida á la Alcazaba, y que por cierto recuerda una que en Sevilla se llama de las *siete revueltas*, vió Luis á través

de una celosía dibujarse una figura humana, medio velada por la blanca y flexible tela de un jaique.

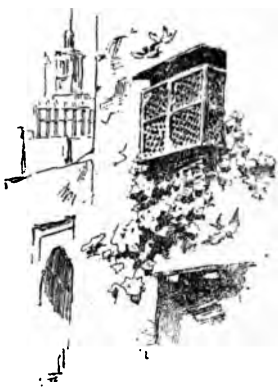
— ¡Guillermo, Guillermo! — dijo Luis vivamente: — mira á esa celosía, en ella hay una mora muy bonita; — y esto diciendo, con la vehemencia de su impresionable carácter, paró en firme su caballo para ver más á sus anchas aquella mujer.

— No te detengas ni mires con descaro, no llamemos la atención de alguien de la casa que quizás estará atisbándonos por alguna rendija; ahora te explicaré por qué te advierto esto.

— Está bien, serás complacido; — repuso Luis; — no miraré, pero déjame un momento aspirar estas deliciosas auras embalsamadas de nardos y jazmines, que exhala el jardín de esa casa; esto no tiene nada de particular aquí, donde sabes que á los moros les gustan mucho las flores, y tienen por galantería que, sin ofrecérselas, se las coloquen de modo que puedan deleitarse con su fragancia.

— Transijo, parémonos un momento como deseas, pero justifiquemos de algún modo la detención; bájate, y simula que aprietas ó aflojas la barbada de tu caballo, aspirando mientras á pleno pulmón esas auras embalsamadas, esa fragancia, ese perfume embriagador, pero sin mirar á la mora.

Guillermo, al tiempo que decía esto, dirigía furtivamente la vista hacia la celosía, para satisfacer una imperiosa necesidad de su corazón, encontrándose con la mirada de su musulmana, con la que ya había establecido esa divina corriente de simpatía.



—Te decía, Luis, que no miraras á esa mora, porque estoy paseándola la calle, y temo que alguien pueda apercibirse, cosa que, tú mejor que nadie sabe, aquí tendría cierto peligro. Nada hay entre nosotros más que una coquetería.

Para ir y volver del estudio, paso por aquí todos los días y siempre que oye mi taconeo, que tanto se diferencia del ruido especial que producen las babuchas de los moros, á cualquier hora que sea, se asoma á su celosía, dirigiéndonos una mirada de cariñosa inteligencia, y esto vengo observándolo hace ya algunos meses.

— Me parece bien, — contestó Luis, — lo que me sorprende, es que dada tu manera de ser, te hayas limitado á hacer el cadete sin intentar pasar adelante.

— Pues justamente; por mi modo de ser y sentir, no quiero traspasar los límites de este primer período de los amores, en que sólo el espíritu interviene dejando á un lado la razón y la materia, pues como ni soy escéptico como tú, ni tan iluso que me crea capaz á estas alturas de encender una pasión en esa mora, me agrada sólo verla tras su celosía, me contenta el alma una mirada suya, y..... voila tout.

— ¿Y la has visto bien? ¿Es bonita?

— No tan bien como desearía, pero todo

lo que permite la ventana y siempre que no ha pasado nadie por la calle se ha descubierto la cara, que es preciosa.

Al decir esto, una sonrisa de satisfacción asomaba á los labios de Guillermo.

— Tengo para mí, — dijo Luis, — que las moras son más coquetas que las cristianas, que no dejan de serlo bastante.

— Efectivamente, en diciendo una mujer, lo de coqueta está de más, — contestó Guillermo vivamente, á quien de seguro mortificó aquella tan rotunda afirmación, que ahogaba en flor ilusiones que allá en el fondo de su alma y tal vez él mismo sin darse cuenta se había forjado. — Todas las mujeres tienen una dosis de coquetería, cuando ésta es muy superficial y no pasa del legítimo deseo de agradar al que aman, y atraérselo, no sólo es disculpable sino conveniente, y esto es instintivo en las moras como en las cristianas; y en general en todas las hembras, cualquiera que sea la especie á que pertenezcan.

— Estoy conforme contigo — replicó

Luis; — la regla es esa, pero yo he observado en muchas ocasiones que las moras á su modo son mucho más coquetas que las cristianas.

— Se comprende muy bien — repuso Guillermo; — la mujer islamita vive reclusa en su casa, le están vedadas las más dulces expansiones del corazón, su amor se compra como una vil mercadería, se la niega toda educación que no vaya encaminada á mantener vivo el sensualismo más grosero; ¿qué ha de hacer en semejante caso sino obedecer al instinto natural que no ha perdido, cuando se la presenta la ocasión? Por esto observarás cuánto ellas agradecen las galanterías de un cristiano que respeta y estima á la mujer de modo tan distinto que lo hace el árabe.

— Ya estamos en la Alcazaba; — dijo Luis. — Espérame dos minutos, voy á entrar á preguntar solamente por Sid Mohammed Vargas que está enfermo y en seguida saldré.

Pasaron breves momentos, al cabo de los

cuales volvió Luis; pusiéronse en marcha en dirección al Hotel continuando la conversación sobre el mismo tema.

—¿Y no has averiguado todavía quién es esa mora — dijo Luis — si está casada, es soltera ó qué clase de persona es?

— No sé nada, pero seguramente está casada aunque no he visto en su casa ningún moro, y por el aspecto de la casa estoy seguro que debe ser persona de respeto entre su grey.

— Pues lo primero que procede es averiguar quién es ella — dijo Luis. — Así que lleguemos á la fonda preguntaremos á *Abdul* y verás cómo él, que conoce á todos los cristianos y á toda la morisma, nos da informes exactos de esa mujer.

— Más que difíciles son temerarias las empresas amorosas con las moras, pero verdaderamente no debes abandonar ésta que tan bien se presenta. Desde luego puedes fiarte de Abdul, que es reservado y discreto y él te ayudará eficaz y lealmente.

Un criado moro.

BDUL, moro, criado de Luis, era un tipo originalísimo. Como feo, era feo de veras, tenía, entre otras mil irregularidades fisionómicas, unos ribetes encarnados en aquellos indefinidos ojos que le daban una exacta semejanza con los de la perdiz. Su barba á manchones grises completaban el último golpe de gracia de su caricaturesca estampa. De su indumentaria nada hay que decir; era todo su traje de un gusto deplorable, usaba un caftán



verde de paño de mesa de billar sujeto á la cintura por una faja, que visto por detrás parecía un contrabajo enfundado. Si á estas gracias se añade que tenía el cuerpo algo encorvado por los años, podrá el lector comprender que Abdul era lo que en todas partes se llama un mamarracho. Todo lo que tenía de ridículo en su figura tenía de sagaz é inteligente y podría haber ganado por oposición una cátedra de gramática parda en Atenas, profesando el principio de que más vale saber vivir que saber trabajar. Fué muchos años soldado de la Legacion de España: despedido del servicio, entró en clase de criado en el Convento de Misioneros españoles, captándose al poco tiempo las simpatías de todos. Su deseo de ser útil y agradable á las gentes le inducía á hacer toda clase de servicios, y de seguro hubiera llegado hasta ayudar la misa, ú oficiar de pontifical, de consentirlo los Rdos. PP. Franciscanos. En el momento histórico á que nos referimos era Abdul recadista, criado diurno de

Luis, ama seca de muchas Señoras á las cuales acompañaba de noche cuando sus familias no podían efectuarlo, llevaba los niños á la playa y por fin estaba en candidatura para Embajador ó Plenipotenciario de Guillermo cerca de Zajara, que así se llamaba la mora reina de su corazón.

Cuando llegaron á la fonda y echaron pie á tierra se presentó Abdul como de costumbre para coger el caballo y conducirle á la cuadra que estaba en el pueblo.

— Abdul, — dijo Luis — deja el caballo aquí, pide el almuerzo y tú mismo sírvenosle en el comedor reservado. Quiero hablarte á solas; advierte que no recibo á nadie.

Sentáronse á la mesa los dos amigos y entablaron con él el siguiente diálogo:

— ¿Conoces tú una mora que vive en la calle que hace esquina á la plazoleta de la Alcazaba, en una casa que tiene un jardín hermosísimo?

— Sí, señor, — contestó en el acto. —

Hase cuenta, que esa mora es una mujer de mérito.

Este *hase cuenta* es una muletilla que usan mucho los moros, y de la que Abdul abusaba, á pesar de hablar bastante bien el castellano.

— Bueno; puesto que la conoces, cuéntanos lo que de ella sepas con toda exactitud y concisión.

— Esa mora, — dijo Abdul, — se llama Zajara, que quiere decir entre vosotros flor de azahar, es la más hermosa de Tánger, debe tener veinticinco años, porque cuando se fué el Sr. Barrera, tendría unos catorce, y cuando hizo su casa el Sr. Rinaldy, unos diez y ocho. (Los moros siempre que se refieren á la edad hacen el cómputo partiendo de la fecha de un suceso cualquiera que por alguna circunstancia á ellos les ha impresionado.) Está casada con Abderah-man da Kaly, hombre de treinta y tantos años, negociante; los hebreos Nahón, Benchimol y otros le encargan géneros de la costa y del interior y él se los trae ga-

2

nando muy *buenos cuartos*. En este momento debe estar en Mogador ó Casa blanca, ya *hase* seis meses lo menos que no le vemos por acá.

— ¿Y volverá pronto? — preguntó Guillermo con tono burlón.

— Sí, señor; volverá si no se muere ó le matamos nosotros á disgustos.

La respuesta de Abdul da idea de su sagacidad y que sólo con la primera pregunta se había ya puesto al tanto de lo que se tramaba.

— Está muy bien — díjole Luis; — pero añade algo más á lo dicho acerca de esa mora que, según pública voz y fama, es tan hermosa.

— Poco más puedo *desir*, que es bonita, ya lo he dicho; tiene mucha habilidad, borda muy bien, dibuja sin haber tenido maestro. El jardín de su casa, que ella cultiva por sí misma, es un verjel como los que tenéis vosotros en Granada. Los arcos que forman la entrada de la casa están cubiertos por enredaderas de jazmines y ro-

sas, las paredes están llenas de flores, en el centro tiene un estanque, donde se baña los días calurosos y á los lados dos cenadores completamente cerrados por una plantación de nardos y violetas. Se respira una atmósfera de bienestar en su casa, que le convida á uno á no salir de allí. Cuando los Sres. Jefes ó Secretarios de la Legación daban algún baile y no se encontraban flores en todo Tánger, yo las obtenía del jardín de Zajara. Además de las habilidades que he dicho, tiene un encanto especial para los pájaros, y cuantos entran en su jardín y ella desea, otros tantos coge y domestica, y es muy curioso verla pasear entre sus flores rodeada principalmente de ruiseñores que revolotean á su alrededor colocándosela en su hombro ó en la cabeza y viniendo á comer de su misma boca ó de la mano cuando ella los llama.

— Pues apenas te callabas cosas interesantes de esa mora, tú que hablas siempre hasta por los codos — díjole Luis.

— Está bien.

— Ahora lo que tú vas á hacer es procurar que mi amigo D. Guillermo pueda ver á esa mora con la mayor reserva. Esto te valdrá buenos *regalitos,* como tú dices.

— Esa mora está verde, como *desís* los cristianos — replicó Abdul. — Ver á Zajara es más difícil que ver al Emperador Muley-Hassan.

— No continúes, Abdul — dijo Guillermo cortándole la palabra; — conozco tu sistema de poner dificultades á todo para encarecer tus oficios y debo advertirte que descubierto el flaco debes cambiar de sistema.

— Señor, te aseguro que ver á esa mora no es posible.

— No insistas, Abdul; ya se ha borrado del Diccionario la palabra imposible. Cuando las mujeres quieren, todo es posible. Así, pues, la borraremos del Diccionario árabe, si te parece.

—*Hase cuenta,* que esa mora no ha salido de su casa desde que se casó; no va á los cementerios los viernes, día de fiesta entre

nosotros ; no va tampoco á las huertas de las amigas, y por la noche no va al baño, que, como sabes, es el punto de reunión y de regocijo donde ellas se ríen y se cuentan sus cuitas, y además tiene dos negras esclavas que por celos la odian, y dime ahora si es posible en ese cautiverio verla. ¡Qué más querrían las esclavas que ver á Zajara en un mal paso para denunciarla á Mohammed y que la repudiase ó la matase!

— Pues aquí de tu habilidad y de tu astucia — repuso Luis. — ¿Tú no puedes entrar en su casa cuando se te ocurre? ¿Tu mujer no podría conseguir que saliera y una vez en la calle ó en tu propia casa y de noche hablar con D. Guillermo?

— Por Dios Santo — exclamó Abdul, llevándose las manos á la cabeza; — si mi mujer supiera algo, se lo contaría en secreto á todo el pueblo; en cuanto á mí puedo asegurarte que no la he visto nunca la cara, porque Zajara, aun más que las otras moras, se oculta siempre que entra un hombre en la casa.

— En conclusión — dijo Guillermo muy contrariado, — no hay medio de poder ver á esa mora, ¿no es eso?

— Sí, señor; al menos yo no puedo *haserlo* — repuso Abdul.

— Entonces — dijo Luis — oye este cuento y saca la consecuencia:

— « En un pueblo de España necesitaban un médico. Fueron diferentes doctores á solicitar aquel puesto que tenía ocho mil reales de sueldo. El alcalde, que era agudo, los reunió un día en su casa y les hizo esta pregunta:

—Vamos á ver, señores, ¿cuántos de los enfermos graves que están para morir me van ustedes á curar?

— Lo que es de los que están *in extremis* ninguno — contestó uno de ellos.

— Pues, en este caso — dijo el alcalde —si no me van á curar los graves, los que no lo están para nada les necesitan. Vayan ustedes con Dios, y ahorro al Municipio los ocho mil reales.

—¿Has comprendido Abdul, la moraleja?

— Mora, moraleja. No conocía yo esta palabra — dijo Abdul con aire socarrón.

— Poco importa que la conozcas ó no, lo que quiero es que te olvides que te he preguntado sobre este asunto y basta.

Concluído el almuerzo, salió Abdul del comedor algo mohino, y no poco contrariado quedó Guillermo al convencerse de las dificultades que ofrecía ver á *Zajara* sin exponerla á muchos peligros y crueles perturbaciones, y era la verdad que se enseñoreaba de su alma ese huésped que entra cuando quiere y es vencedor siempre, que llamamos amor.

Bajo la apariencia de frivolidad era Guillermo hombre de mucho juicio y reflexión, su sangre ligera, su sensibilidad exagerada, su apasionamiento por el ideal, le conducían como por la mano á la aventura de la mora que le abría un nuevo escenario, con una actriz y un drama desconocido y completamente nuevo para él.

No hay que buscar razones para justificar por qué amamos. El amor es una cosa

que no se parece á ninguna otra, dice Michelet; pero si él no lo hubiera dicho, se le hubiera ocurrido á cualquier otro.

Evidentemente Guillermo estaba atacado de esa fiebre y ya podía solamente atajarle en su camino la consideración del peligro que iba á correr aquella mujer con una imprudencia de su parte ó un paso en falso.

—De la pintura que Abdul nos ha hecho de *Z*ajara — dijo Guillermo — se infiere que hubiera sido en su época de aquellas musulmanas que en España brillaban por su talento al par que por sus hechizos corporales y disputaban á los hombres la palma de la poesía.

— Sin duda ninguna, pero yo deduzco otra consecuencia — repuso Luis; — y es la de que tú estás más interesado por esa mujer de lo que aconseja el buen sentido, y como eres tan nervioso y en tí se gravan en acero y no en cera estas impresiones, creo que debes dejarte de amores de leyenda y fantasías moriscas que no pueden

acarrearte más que disgustos sin mezcla ninguna de placeres.

— Has hablado como un libro — repuso Guillermo; — pero no es lo mismo predicar que dar trigo, como decía el Cura del cuento; te aseguro que estoy verdaderamente pasando por una crisis, acaso la más grande de mi vida, y empieza á sucederme con este amor lo que con las enfermedades epidémicas, que cuanto más miedo se las tiene más atacan; tienen además estos amores para mí y para cualquiera el encanto de lo misterioso, que nuestras imaginaciones meridionales se prestan á poetizar; me siento á pesar mío, ligado á esa mujer por no sé qué lazos que no sé romper. Después de todo, el amor es la causa de todo lo bello, de todo lo santo: el que inspira el arte, el que ha llevado á cabo las grandes creaciones; y yo, ni puedo, ni quiero dejar de amar á esa mujer, mientras me lisonjee la idea de que me corresponde.

— No hablemos más, — contestó Luis,

en quien había producido no poca sorpresa aquel inesperado razonamiento, que no podía explicarse, porque no podía darse cuenta de que tan de repente le hubiera entrado aquella pasión, que le atacaba á un mismo tiempo la cabeza y el corazón.

—De modo, Guillermo—continuó Luis—que estás ahora bajo la influencia de un amor romántico del siglo XVII, de esos que abrasan, hacen languidecer y á veces morir; ese amor metafísico, platónico y triste.

— Exacto: tan cierto es lo que dices, que no me he atrevido á hablar de esto con nadie, y aun contigo, con quien mi confianza no reconoce límites, no puedo confesártelo sin cierto rubor. Tengo la experiencia de los años, y la que he adquirido en la vida de galanteos, que no he dejado de aprovechar, he sabido hasta ahora, á veces por intuición ó por una merced del cielo, dar el justo valor á las mujeres que he tratado, pero no hay verdadero amor más que una vez en la vida y ésta tal vez será la mía; y nada se presta á su desarrollo tanto

como una pasión que empieza en la fantasía y vive en el ideal alimentada por la esperanza.

No era otra cosa que la verdadera expresión del sentimiento la declaración que acababa de hacer Guillermo; y como hombre en quien dominaba el corazón á la cabeza, y sentía viva y desordenadamente su estado fisiológico, se resintió de la lucha que traía consigo mismo, en la que se encontraba avasallado y vencido por aquella mujer. Como consecuencia de esa continua excitación de nervios, su carácter jovial se hizo huraño; su trato afable se cambió en díscolo; la tolerancia se convirtió en acometivad; en una palabra: en aquel cerebro se había operado una verdadera revolución, que acusaba un lamentable extravío. Y era vano empeño el de los amigos intentar procurarle distracciones. Si pintaba, lo hacía de mala gana; si paseaba á caballo, que era el entretenimiento diario de toda la gente moza, y el que á él como á ningún otro ofrecía ancho campo para

lucir su destreza y deportes hípicos, no le encontraba agrado; la sociedad de las inglesas, tan de su gusto antes, se le hacía insoportable; el tresillo, el wisth, el billar que á falta de los teatros constituían la diversión nocturna, eran para él una ocasión más de disgusto, acabando por desaparecer completamente de la sociedad y con mayor razón de los bailes y conciertos, que aunque en pequeña escala, pueden competir con los de la High-life de cualquier capital de Europa.



Un baile de sociedad en Tánger.

Las soirées en Tánger revisten un carácter originalísimo, pues no conociéndose allí los carruajes, los invitados se ven en la precisión de cabalgar en innobles pollinos, y supondrá el lector el efecto grotesco y cómico que hará ver á una señora con traje de baile, rica, elegantemente prendida y escarchada de brillantes,



amazona en plateado y orejado asno, acompañada de distinguido y apuesto doncel.

Las peripecias que se ocurren á cada momento son indescriptibles y dignas de ser narradas por pluma más ingeniosa que la mía.

Cuando los burros, á los que injustamente se les califica de torpes, se enteran de que llevan sobre su lomo unos amantes, ellos á su vez aprovechando el descuido de sus jinetes y proclamando su autonomía se entregan á expansiones é imitaciones que suelen resultar peligrosas.

Las escenas más grotescas, los equívocos más peregrinos brotan espontáneamente.

Entre tan distinguida concurrencia no falta nunca alguna despreocupada inglesa, de esas que con la misma serenidad que suben al cráter del Vesubio, que cruzan el Niágara, no resignándose con la marcha lenta del pollino se arman de un palo, y manejándolo como abanico de tonta arrean con la borrica, llevando el espanto y la confusión por doquier.

Las españolas, poco dadas al sport, suelen ser las víctimas de estos atropellos, y entre el grupo suele oirse la voz angustiada y entrecortada de alguna mamá de edad y de peso, pidiendo que la « cojan los moros » porque ya está en el suelo.

Las hay también de las rubias *à fortiori* algo pasadas, pero con sus pretensiones, que con el trotecillo de la burra pierden medio rizo, y después de detener un rato la comitiva y buscar con empeño el prendido, un moro se presenta con una estopa.

Intrépido *gentleman rider* se olvida de la formación y rompe filas para ponerse al habla con la novia.

Celosa andaluza, irritada de ver á un pretendiente suyo derretido con otra, le llama al orden con un « ¡Eh! fulanito, que se le va á usted la burra. »

En fin, son los cuadros tan divertidos que más son para vistos que para descritos; y como en la puerta de la casa donde se verifica la función quedan esperando para el retorno 40, 50 ó más bagajes

menores, y tengo para mí que el burro es gran *dilettante,* resulta que, en medio de la romanza más sentimental, cantada por angelical voz, se deja oir atronador rebuzno, que puede que sea entre los de su especie una nota sublime de barítono que esté vocalizando.

Antes de entrar en el salón de baile las señoras se varían de calzado, que los moros á prevención llevan en la capucha de las chilavas, y esta escena también tiene su poquito de gracia.



Una comida en una Legacion. — Consideraciones psicológico-femeniles, políticas y sociales sobre Marruecos.

os placeres de la mesa reservados á la especie humana, según ha dicho el pontífice de la gastronomía Brillart-Savarin, los menudeábamos, y rara era la semana que no encontrábamos un pretexto para reunirnos en casa de alguno de ellos y pasar unas horas de expansión, regalándonos con exquisitos manjares.

Entre los clásicos de la cocina italiana figuraba un Ministro de feliz recordación, tan notable por sus fuerzas atléticas, como por su claro entendimiento. Una noche, feliz por más de un concepto, en que el anfitrión quiso lucir toda su habilidad culinaria obscureciendo la de los frères Provençaux, Befour y Bignon regando al

mismo tiempo con exquisitos vinos los escogidos platos de la repostería y cocina italiana, Guillermo quiso dar una prueba de su expansivo carácter y de su ingeniosa y fácil palabra, y nos entretuvo agradablemente durante la mesa sosteniendo los temas y hasta los sofismas más originales que oirse pudieran.

—Gracias á Dios, querido Guillermo, que has vuelto á tu estado normal —dijéronle los amigos; —será preciso que todos los días se te invite en alguna casa, porque éste es el remedio para curar tu *spleen*.

—Efectivamente; —contestó Guillermo —al lado de ustedes es imposible el mal humor, y voy á brindarles esta copa de Borgoña en testimonio de mi agradecimiento.

Terminada la comida y después de la taza de café con sus accesorios y su rato de conversación general, Guillermo y Luis despidiéronse del anfitrión y los comensales para ir á dar un paseo por la playa.

Los vapores de los ricos vinos que ha-

bían libado superabundantemente, el cielo sereno de una noche de verano en Africa, la luna espléndida iluminando la fosforescente bahía, la brisa de la mar, el choque de las olas contra las rocas salpicando la blanca espuma, los acalorados cerebros desataron la lengua á Guillermo entrando en una serie de consideraciones filosóficas y políticas sobre el vetusto imperio marroquí.

— Inspíranme compasión — decía — el papel despreciable que representa la mujer en esta sociedad próxima á desaparecer. No es el egoísmo el que me impele á hablar, es el grito de mi conciencia. ¿Pueden sostenerse hoy los preceptos del Corán como en los tiempos del Profeta? ¿Es posible que haya quien defienda la poligamia ó la absurda tesis de que *los hombres son superiores á las mujeres á causa de las cualidades por las que Dios ha elevado á aquéllos sobre éstas, que en la partición de bienes entre los hijos se adjudiquen al varón la porción de dos hembras?* ¿Es defendible en sanos principios de

derecho criminal la pena del Talión, los bárbaros castigos por ligeras faltas, la venta de seres humanos y otros horrores como aquí se cometen á ciencia y paciencia de la culta Europa? No ha llegado la hora de que cese el poder despótico de los Sultanes y esta inmoralidad que escarnece y exalta todo lo que tenemos de digno y noble en el corazón. — No, no es posible consentir que se tome la fuerza por ideal y base suprema del derecho. — Los españoles tienen el deber moral de civilizar estos pueblos salvajes y si consideraciones de alta política ó descuido de los Gobiernos desde el siglo último, que de todo puede haber, han olvidado que estamos á once millas de Europa, es menester que ahora que renace con brío la idea de la unión de Africa, valientemente defendida por insignes africanistas, se aproveche la ocasión de inculcar en todos un sentimiento patriótico y una alteza de miras que nos eleve á la altura de las naciones de primer orden. — ¿No causa dolor ver

que hemos desaprovechado las ocasiones de nacionalizar Kabilas del Sus, del Num y del Riff que demandaban nuestro patrocinio, así como también el Sherif de Wasan, hoy súbdito francés? Los Gobiernos de España deben estar alerta para que la influencia extranjera se detenga en ciertos límites evitando anexiones á Francia ó el protectorado de Inglaterra, que harto tiene con Túnez y Argelia la primera y con Egipto la segunda. Rechazo en principio la fuerza como medio de civilización, no admito la idea de conquista, creo que debemos emplear los medios que aconseja nuestra cultura, la industria, el comercio, la instrucción; debemos obligar al Sultán á que se nos consienta de hecho gozar de las ventajas del Tratado, hoy algo dudosas; es preciso explotar el país en beneficio de ellos mismos; pero si por estos medios pacíficos no lo consiguiéramos, creo, y mil veces repito que tenemos un deber ineludible de llevarles la civilización á toda costa y que el humo que levante la pólvora

de nuestros cañones oscurezca la atmósfera impura que se respira en este pueblo carcomido por inveterados vicios.

—¡Bravo! ¡bravo! ¡bravísimo, querido Guillermo! Ni Gabriel Rodríguez, Costa, Carvajal, Bonelli, ni cuantos africanistas tienen el privilegio de llamar la atención pública y hasta conmoverla con las cuestiones de este país, han estado jamás tan elocuentes como tú ahora; eres un tribuno, lástima es que no tengas mejor y más numeroso auditorio que yo. Antójaseme que como tú lograras poner en libertad á tu mora, lo mismo venías con tu caballo á la conquista del Imperio que yo iría á Roma á solicitar una mitra.

Una cariñosa sonrisa de Guillermo fué la aprobación más completa de lo que acababa de oir.

— ¿Te parece que después de este paseo de dos horas debemos volver al pueblo y que San Pedro nos dé entrada?

San Pedro es un moro viejo que en Tánger se conoce por este apodo, por tener las

llaves de la puerta de la Ciudad en la parte del mar.

— Vamos donde quieras, — contestó Guillermo: — y ahora, en cuanto te deje, daré mi vuelta de costumbre por casa de Zajara antes de acostarme; y puesto que, como decía Cervantes, el vino ni guarda secreto, ni cumple palabra, y ahora estoy algo *alegre,* te confesaré, que á pesar de haberte ofrecido solemnemente y habérmelo yo propuesto no ocuparme más de esa mujer, he faltado cobardemente á mi palabra: y ya vestido de moro y acurrucado en la pared como una escrescencia ó relieve de la misma, ya en mi propio traje, me he pasado muchas horas de la noche contemplándola y entregado á *reveries* impropias de mis años y de mis añejas costumbres.

— Comprendo que tú te admires; y eso me autoriza para decirte, Guillermo, que padeces una locura mixta, de esas que, como no alborotan ni perjudican á los demás, se toleran; pero al fin y al cabo son chifladuras. Que las mujeres estén someti-

das á esos éxtasis cerebrales, se comprende: su sexo les lleva á la creación de sueños; el miedo á los pecados y las supersticiones, las condiciones en que las coloca la sociedad, privándolas de ciertas manifestaciones externas, las hace transportarse á un mundo ideal transfigurado en pasión amorosa; pero en un hombre como tú, que tiene la ponderación de fuerzas, y permíteme que emplee esta frase á la moda, no se explican esas *reveries*. En fin, te recordaré los versos de Demoustier:

L'amour est tellement enfant
et pour son âge a tant de complaisance
que d'un regard il fait souvent
tomber la vieillesse en enfance.

— No es esto llamarte viejo.

— Tú te ríes ahora de mí, Luis, y no me molestas; yo he hecho esto mismo con mis amigos en casos análogos, y sin embargo, era tan injusto entonces como tú lo eres ahora, pues la verdad es que á través de todas las civilizaciones, desde la más remota antigüedad, en los tiempos del

paganismo, en todas, todas las edades, la historia del amor ha sido la historia del género humano y continuará siéndolo.

— Eso será — repuso Luis; — y sin duda con mi media naranja han hecho un refresco, porque todavía no he tropezado con ella. Tal como están las cosas, para tí es la mujer el primoroso encadenamiento de los afectos del alma, la vida de la sociedad. Para tí es el amor la fuente de todo lo bueno, de todo lo santo, la que inspira al artista, la poesía, en fin; y para mí, todo eso es música celestial. A tí se te representa con la antorcha en la mano, como testimonio de la luz y del incendio que en nuestros sentidos produce, y á mí se me representa como saliendo del caos. Para tí es el amor el arquitecto del mundo, como dice Hesiodo, y yo digo como Bacon, que es el perturbador del universo.

— Eres imposible, Luis, desde que te ha dado por ser grande observante del naturalismo; afortunadamente esto se te pasará el día que venga una mujer á herirte

las fibras sensibles del alma. Yo, que odio el drama y que los amores platónicos siempre me han inspirado risa, he caído ahora de lleno por mi fatal destino en esto que tú llamarás como quieras, pasión ó locura. Sea de esto lo que quiera, debemos dar punto á tanta metafísica y voy á dar el paseo por la casa de Zajara, repitiendo con el poeta árabe:

Si en los jardines que habita
no puedo ver á mi dueño,
en los jardines del sueño
nos daremos una cita.

Despidiéronse hasta el día siguiente, quedándose Luis, en quien como se ha visto no había gran disposición natural para los amores espirituales, convencido de que Guillermo estaba dominado completamente por una pasión que, por quimérica que á él le pareciese, no dejaba de existir.

En el camino que desde la plaza conduce á la fonda encontróse Luis con otro amigo, con quien se entretuvo hablando largo rato. Cuando se separaron vió

llegar á Guillermo agitado y tembloroso.

—¿Qué te ocurre?—le preguntó Luis.

—Vengo loco de júbilo—dijo echándole los brazos por encima del hombro.—¡Qué valen todas las felicidades juntas de la tierra, para la incomparable de haber hablado con Zajara! Sin duda ninguna yo presentía hoy algún suceso grande y á esto respondía el contentamiento que hoy notaba en mí. Ahora te diré lo que me ha sucedido: Cuando pasé por casa de Zajara no la vi en su celosía, su ausencia al pronto me mortificó, levanté la cabeza y no vi á nadie, reinaba en la calle un silencio sepulcral que nada turbaba. Al cabo de algunos segundos oí un tenue ruido y vi un bulto blanco que cautelosamente y paso á paso iba acercándose á las almenas de la azotea. Después de dirigir una mirada en derredor y convencerse de que nadie observaba aquella especie de fantasma se puso completamente en pie descubriéndose y dejando caer sobre sus hombros el blanco alquicel. La sensación que yo experimen-

té la supe sentir, la sé recordar, pero no la sé describir. Mi corazón latía sin cesar, la respiración en suspenso, á mi mente se agolpaban ideas que yo la quería decir que



seguramente ella adivinaría, pero que me quedaba con la duda de que me entendiera; por mí pasaba algo extraordinario, inexplicable. Iluminada por la luna su pálida

é interesante tez, sus negros, rasgados y expresivos ojos brillando como dos estrellas, vestida con un caftan rojo de raso, un pequeñísimo turbante blanco formando el marco de su cara, algunos cabellos negros cayendo al descuido sobre su frente, el alquicel flotando en el aire sujeto á los hombros por dos cordones de oro y como fondo y dosel de este cuadro la bóveda celeste, resultaba á mis enamorados ojos como una aparición, como una *hurí*. Después de un momento de suspensión, repuesto un poco de aquel estado de hipnotismo, la dije, ó creo que se lo debí decir, porque tenía el temor de que no lo entendiese: que la adoraba, que no pensaba más que en ella, que era mi felicidad y mil cosas más que se me ocurrieron en aquel momento. Ella con ademán expresivo mezclado con la expresión del sentimiento me dijo en castellano bastante claro que «me amaba y que sólo por hablarme aprendía el castellano con una hebrea.» Cuando vi que podíamos entendernos y comunicarnos nuestras sen-

saciones, creí que perdía el juicio de alegría, el bouquet que llevaba en el frac se lo arrojé á la azotea, dándole mil besos ántes para que llevara á sus labios el calor de los míos, ella lo recogió y con la coquetería que envidiaría Sarah Bernarth lo estrechó contra su corazón, lo besó mil veces y me dijo que lo conservaría como el mejor amuleto contra la desgracia. Estábamos en tan entusiasta transporte de amor, cuando debió oir algo y me hizo seña para que me retirase, como en el acto lo efectué; permanecí oculto un rato detrás de la esquina, no se volvió á asomar, y aquí me tienes delirante de entusiasmo y ávido de encontrar alguien á quien hacer partícipe de esta expansión de alegría que no me cabe en el alma. Ahora voy á vestirme de moro para volver á pasar por su casa, porque no estaré tranquilo hasta saber si ha sido sorprendida por alguien.

Asombrado quedó Luis con la relación que Guillermo acababa de hacerle, y no era caso para menos tratándose de una mujer

que se jugaba la vida en una coquetería.

—Está bien, Guillermo, sea enhorabuena, yo te felicito—dijo Luis;—vuelve por allí y no te olvides con las glorias que mañana á las nueve montaremos á caballo para el *meet* de caza en Cha-fa-la-kab.

Despidiéronse, y Guillermo, vestido de moro, volvió apresuradamente á casa de su *Zajara*.



Una cacería de jabalíes en Cha-fa-la-kab.

SERÍAN poco más ó menos las siete de la mañana cuando Abdul se presentó en el cuarto de Luis llamándole para ir al meeting.— Desde mi habitación oía el siguiente diálogo á que se prestaba el mal despertar de Luis que dormía como un bienaventurado.

— Señor, que son las siete dadas—decía Abdul.

— Bueno, déjame un rato más — contestaba Luis adormilado.

— Que son las siete y media — volvía Abdul á decirle.

— Ya voy, déjame otro poco.

Al cabo de diez minutos volvía Abdul, que conocía la pereza de su amo.

— Señor, que son las ocho y todos los cazadores van llegando.

Luis, haciendo un supremo esfuerzo, contestaba todavía trabajosamente.

— Ya voy, hombre, déjame vivir—¿está el café preparado?

— Sí, señor.

— ¿Está la ropa de caza?

— Sí, señor.

— ¿Está el baño preparado?

— Sí, señor.

— ¿Está el caballo listo?

— Sí, señor.

— Y los demonios que te lleven ¿están también?

— Sí, señor; y no pocos persiguen al Señor D. Guillermo — contestó Abdul — pues *hase cuenta* que ha tenido un disgusto grande con uno de esos *Prínsipes* que llegaron de Gibraltar para la cacería.

— ¡Qué disgustos ni qué historias me traes tú! — ¿qué ha pasado? — dijo Luis de mal talante.

— No sé, señor, lo que ha pasado, pero

Mr. Brouseau hablaba de eso con el señor Secretario de Alemania y yo le he oído al pasar por su lado.

— Bien, ayúdame á vestir á escape, que es muy tarde.

Luis hizo su *toillette* apresuradamente y bajó al jardin de la fonda, donde era el RENDEZ VOUS de la caza, para informarse de lo que ocurría.

Ya estaban en el jardín más de veinte señoras, treinta cazadores y otros tantos soldados moros de las Legaciones con buen número de perros.

Cuando Luis se presentó se llevó la rechifla acostumbrada y merecida, porque jamás se dió el caso de que madrugara y estuviera listo á la hora de la cita.

Nada notó Luis que indicara disgusto alguno en los concurrentes, ni esos cuchicheos que en semejantes casos se arman, ni Guillermo, que le había dado los buenos días con cara complacida que le duraba de la alegría de la víspera, le dijo más sino que en el camino se reunirían, puesto que

él tenía que ir á buscar á Mlle. Amelie, una de nuestras más bonitas amigas de aquella colonia, á la que había ofrecido el mejor de sus caballos.

Los quince ó veinte minutos que empleamos en llegar hasta la villa de los Pinos fueron tiempo más que suficiente para que Guillermo recogiera á Amelie y saliera á nuestro encuentro.

Así que Guillermo vió á Luis le llamó aparte para referirle la peripecia que acababa de acontecerle.

— Te necesito, Luis, y te pido mil perdones por las molestias que te origino á cada paso; pero ahora juzgarás de la razón que me asiste en este momento.

Al salir al jardín hoy, encontré mi caballo « Emperador » montado por una señora inglesa, que no conozco, y que después he sabido es la Generala T. W., que con su marido y otros Jefes y marinos de estación en Gibraltar han venido para esta cacería. Parece que el moro tenía del diestro el caballo esperando que yo le man-

dara á casa de Amelie, á quien se le tenía reservado, y esa señora, que por cierto es una amazona notable y por lo que he visto conoce hasta la alta escuela; sin preguntar nada á nadie, ó lo preguntaría y no sabrían contestarla, se montó á caballo. Cuando yo la ví, pasé un mal rato, porque no estando presentado, no sabía cómo dirigirme á ella, y menos aún por quién decirla que se desmontase de mi caballo para darla en cambio uno del país. Dando mil vueltas por el jardín, pensando qué debería hacer, resolví al fin que el Vicecónsul de Alemania la dijera que aquel caballo estaba destinado á otra señorita que le aguardaba en su casa. El Vicecónsul cumplió lo mejor que se podía hacer misión tan desagradable, y observé que la señora, de muy mal humor, echó pie á tierra. Su marido, que se encontraba á su lado, y á quien todavía sentó peor aquel aviso, dijo en alta voz:

—*This is outrageus and J thing which should nerer think of doing myself.*

Yo estaba cerca de él, lo oí perfecta-

mente y se hicieron todos cargo de que lo había comprendido; aquí nadie ignora que yo sé bien inglés. En aquel momento no me pareció del caso darme por aludido y pedirle una explicación; pero tampoco puedo dejar pasar la ofensa que me ha hecho diciendo que era una « grosería lo que se hacía con aquella señora, que no creía que se pudiera cometer con nadie. »

En esta situación, espero que tú, cuando lleguemos á Cha-fa-la-Kab, le hables de esto, y caso de que insistiese en su exagerada susceptibilidad, y rehuyese darme una satisfacción cumplida declarando su ninguna intención de molestarme, que le exijas la reparación que procede en el terreno de las armas.

Y ahora, querido Luis, — continuó Guillermo con su sonrisa habitual, — vé tú cómo el destino se encarga de designarte para padrino mío, sólo que en vez de serlo de mi boda con Zajara, cuando á imitación de aquellos príncipes cristianos lo efectuaron con musulmanas, como Al-

fonso VI de Castilla con Zaida, y el Rey moro de Huesca, Altamir, con Doña Sancha, vas á serlo en un lance de honor.

— Me encargaré de este delicado asunto, — replicó Luis — que entiendo no se realizará, porque es de esperar que ese señor habrá comprendido que ninguna razón existe de su parte, por más que haya sido para ambos muy enojoso el caso.

— Ya estás enterado, Luis. Ahora procede que galopemos para alcanzar á la gente, que debe ir muy delante.

Así lo hicieron y pronto se reunieron á los otros cazadores, llegando al sitio de la montería, cuatro horas después de la salida de Tánger.

La perspectiva que se nos ofreció á la vista era encantadora. Antes de entrar en el monte, nos encontramos en un bosque de palmeras, en el cual, más de cien moros nos esperaban. Tendidos unos en la arena, con esa indolencia que les es natural, sentados otros con las piernas cruzadas, recostados en el tronco de las pal-

meras los más, nos veían llegar sin inquietarse, ni siquiera mirar las preciosas cazadoras que con nosotros iban. Como quien descorre un telón, nos encontramos de repente con otro más bello panorama, en el que la vista deslumbrada no tenía reposo.



Al lado de una tienda de campaña de una Legación, donde ondeaba el pabellón nacional, veíase un grupo de amazonas con algún afortunado, que tal vez si no lo era en la caza del jabalí, lo era en la de mujeres, que siempre es mejor. Más allá conversaban algunos cazadores y fundaban sus esperanzas é ilusiones en poder presentar

por la noche alguna víctima de su destreza. Sobre la verde alfombra de romero, tomillo y otras plantas aromáticas, destacaba la gentil figura de cierta belleza de Inglaterra, acariciando su caballo que había de darla el triunfo. Soldados negros como el ébano, ayudas de cámara europeos con su frac, criados moros con sus lucientes trajes, caballos aquí, monturas allá, lanzas por todas partes, hornos, fogatas, tiendas de campaña, componían un cuadro, alumbrado por el sol radiante y el cielo despejado, digno del pincel de Fortuny.

No tienen las cacerías en este monte, grandes puntos de semejanza con las que se verifican en Inglaterra, Francia, ni con la *caccia* á la *volpe* en Roma. Las cacerías de Cha-fa-la-kab pertenecen al género clásico español que se relaciona y armoniza con las costumbres de nuestra antigua nobleza y que tan bien describen los libros de D. Alfonso el Sabio, Argote de Molina y otros eruditos cronistas de aquellos tiempos. La naturaleza de los montes de Ma-

rruecos conserva su salvaje soberanía, y permite saborear los deleites de la caza en toda su pureza y con los riesgos que la hacen más interesante.

Este monte, cedido por el Sultán al cuerpo diplomático, está reservado para las cacerías con lanza, á la antigua española, como toda-



vía se verifican en el coto Doñana en Medina-Sidonia, de la propiedad del distinguido gentleman, Duque de este título.

Los espesos jarales, los bravíos arbustos, las seculares encinas y juncales, dificultan la carrera por algunos sitios, ¡pero qué cazador con una lanza y un caballo teme á nada! Una vez sobre la silla, no hay que pensar más que en correr cada uno por su cuenta y Dios por la de todos, no dejando las señoras, á usanza de nuestras antiguas castellanas, de correr los riesgos propios de tan noble ejercicio.

Cada año tiene la Presidencia de la caza un Ministro. En el tiempo á que esto se refiere, el de Inglaterra dispuso este pik-nik. Mr. Brouseau se encargó del aprovisionamiento, desempeñando su cometido como él sabe hacerlo, es decir; á satisfacción de los más exigentes. Los moros, en considerable número, con sus espingardas, cuernos de caza, trompetas, panderos y todos los instrumentos que puedan hacer mucho ruido, baten el monte y enderezan la caza hacia los puestos de los cazadores.

No hay perro capaz de trabajar como lo hacen los moros, que además son poco cos-

tosos en tiempo de Ramadán, pues se hace con ellos lo que el cazador del cuento; que al salir al campo, les decía á los perros acariciándolos:

— Vamos, hijos míos, el calzar y el vestir corre de mi cuenta; pero el comer, de la vuestra.

Bien mateado el monte, salen los jabalíes huyendo; y los cazadores los persiguen con la lanza hasta matarlos, no sin peligro de que alguno se vuelva y hiera algún caballo ó le derribe, así como al jinete, como aconteció á Mr. Drumon Hai, Ministro de Inglaterra, en una ocasión, y algunos otros. Los que somos prácticos en la caza y en los ejercicios á caballo huímos de los cazadores noveles, porque así como en las corridas de aficionados á becerros, un par de banderillas se le ponen al amigo que está más próximo en el redondel, en estas cacerías, una lanzada, se la lleva cualquiera con la mayor facilidad.

(Se han dado casos.)

Dada esta idea de las cacerías en el

Cha-fa-la-kab, continuaré con la descripción al por menor de la de este día:

—El Ministro de Inglaterra, tan pronto como llegamos, dispuso la forma de los ojeos, sorteando los puestos de los jinetes y distribuyendo la masa de moros ojeadores. El General inglés de la cuestión con Guillermo se ganó el laurel de la victoria, matando en guerra galana un jabalí, en cada uno de los dos ojeos que se dieron antes del almuerzo, que fué á la una.

Luis, que quiso aprovechar la circunstancia de estar muy satisfecho de sí mismo el General, acercóse á él para felicitarle por su destreza, y como por incidencia y con muchísimo tacto le habló del encargo que llevaba de Guillermo quitándole toda importancia, y dando salidas largas, como se dice en tauromaquia, para que el inglés no quedara tampoco desairado.

El General recibió los plácemes con marcada satisfacción; pero así que oyó la segunda parte del discurso, frunció el gesto y negóse en absoluto á dar género algu-

no de explicación sobre sus palabras, que mantenía en toda su integridad y alcance. Colocado en ese pie, no había forma posible de arreglo amistoso; y allí mismo designó sus padrinos, que convinieron con Luis las condiciones del lance que á petición del General debía verificarse al siguiente día.

Casi nadie se enteró del suceso de la mañana; y si alguien se lo imaginó, tuvo la prudencia de reservarlo. Por la tarde diéronse otras dos ó tres batidas, matando ocho jabalíes; se comió á las siete, y á la madrugada del siguiente día, so pretexto de recorrer otros montes inmediatos, salió el General con sus testigos para Tánger, habiéndolo verificado aquella misma noche Guillermo con los suyos.



Un duelo. — Un herido y un almuerzo.

ERAN las nueve de la mañana. El cielo estaba nublado, parecía que no podía haber alegría en ningún espíritu. Una llanura verde y florida, que se extiende desde el camino del monte hasta la mar denominada *Marchan*, era el sitio designado para el lance. Guillermo estaba tranquilo, como el que tiene conciencia de la razón que le asiste, y está obligado á mantener un compromiso de honor. Luis y el médico hablaban de cosas indiferentes.

Un momento después de llegar éstos se oía el cadencioso galope de caza de tres caballos. Una zanja detuvo un momento los caballos. El General que venía delante pegó

dos espolazos y saltó su alazán, siguiendo los otros caballos su ejemplo.

— Señores, ¿hemos hecho á ustedes esperar? — preguntó *Sir* T.

— No, mi General — contestó Guillermo con la afabilidad y la cortesía de un refinado *gentlemen*.

Nos hemos perdido en el camino, á pesar de las señas al parecer tan exactas que nos dieron, y hemos tenido que venir á la buena de Dios, perdidos por esos campos y gracias á que un cristiano que hemos encontrado nos ha indicado el camino del *Marchan*. ¡Hubiera sido chistoso no haberme presentado!

— Nada tendría de raro, mi General, y desde luego hubiéramos adivinado la causa — contestó Guillermo.

Después de un momento de descanso, uno de los testigos ofreció las espadas á los combatientes que un nuestro amigo nos había proporcionado.

Sir T. y Guillermo, después de ponerse en guardia á distancia, adelantaron algu-

nos pasos hasta empeñar las espadas por el primer tercio de la hoja. Sólo con ver esta precisión de movimientos estaban juzgados los tiradores, el lance podía ser grave ó no ser nada, según fuese la intención del más afortunado.

Guillermo, que tenía un juego certero de campo, combinaba con maestría la celeridad de los golpes con la amenazadora expresión de su impetuoso carácter. *Sir* T. estaba sereno, imperturbable como si jugara un asalto en un salón. El combate duró algunos minutos. *Sir* T. tenia la mano baja y el brazo demasiado extendido. Guillermo hacía un juego cerrado combinando los golpes con lentitud, pero ejecutándolos como un torbellino. Como la hierba estaba un poco húmeda con el rocío, *Sir* T. dió un resbalón, viniendo á caer de rodillas delante de su adversario. Guillermo le ayudó á levantar.

—¿Se ha hecho usted daño, mi General? —preguntó en seguida;—¿quiere usted que suspendamos si no puede usted seguir?

— No, muchas gracias, no es nada, continuaremos si usted gusta.

Colocados otra vez en guardia, Guillermo, después de una *finta* y habilísimas paradas, con aire desdeñoso hirió al General de un *golpe* de *tiempo* en el antebrazo derecho, sacándole de combate, caso previsto por todos los que sabían que Guillermo, aunque algo fuera de juego, era diestro esgrimidor. El médico de la Legación declaró que si bien la herida era leve, le impedía tener la espada en la mano y los testigos que estaban esperando una ocasión favorable para dar por terminado el lance encontraron el pretexto apetecido para levantar el acta que en tales casos es de rúbrica.

Curado de primera intención allí mismo *Sir* T., dió mil explicaciones á Guillermo manifestándole gran pena de que la cuestión motivo del duelo hubiera surgido en presencia de los oficiales y jefes á sus órdenes, pues de otro modo no la hubiera llevado á ese terreno; y después de mil ofrecimientos de amistad recíproca, mon-

taron á caballo continuando juntos hablando amigablemente hasta el hotel Brouseau, donde se alojaron todos.

— Permíteme, Guillermo, — dijo Luis— que ahora que estamos solos los amigos te dé un abrazo y te felicite por tu triunfo, del que nunca dudé y por tu caballeroso proceder con el inglés, á quien hubieras podido herir ó matar y ahora que parece no nos amaga ninguna nueva desgracia espero que hoy me dedicarán ustedes el día para celebrar la aparición de..... la otra noche; deseo que almorcemos juntos y voy á dar á ustedes unos platos de cocina española, sazonados por la más salada de las nacidas en la tierra de María Santísima.

—Aceptado con sumo gusto, y con apetito —añadió el médico — hombre de estómago elástico y de buen diente. Pero no nos reserve la sorpresa para más tarde, ya se me hace la boca agua, díganos que platos son esos y empecémonos á regodear desde ahora.

— Vaya, que sea — dijo Luis.— Empezaré por el principio.

La víspera de la cacería en Cha-fa-la-kab vino á la Legación una individua solicitando que la proporcionara por mi influencia con D. E. *Z.* pasaje en el *Vulcano*, que saldrá mañana para Cádiz. Al hablarme entre otras cosas de su habilidad culinaria, la encargué el almuerzo que hemos de tomar dentro de un rato. La mujer es una preciosidad y una buena *herramienta*, á lo que parece.

— Hombre, pues eso merece que se nos den más detalles, ¡eh! D. Guillermo— dijo el médico, que se conoce estaba algo retozón.

— Así es.

— Ea, señores, voy á complacer á ustedes. —La joven es de Cádiz, tiene 26 años, alta, espigadita, con un talle y un cuerpo que le rebosa la gracia y el donaire, un garbo andando, que es un ataque al orden público. Un palmito de rosas, unos labios de coral, unos ojos endrinos, que

son cartuchos de dinamita, donde mira arma un motín, el pie breve y bien calzado.

— ¡Pero, hombre! ¿de donde ha salido esa mujer que nadie ha visto?—exclamaron todos.

—Si ustedes me interrumpen, no digo más, añadió Luis.



—Adelante. La tumba comparada con nosotros será una cotorra; siga usted, siga con la gaditana.

— Esa mocita *dice* que es hija de un escribano de Sevilla, se escapó con su novio y se dedicó al teatro; ha estado por provincias con varias compañías. (¿De tropa?—interrumpió uno.)—No, de zarzuela— replicó Luis.— En uno de sus viajes fué á Orán y habiéndose fugado el empresario con los fondos recaudados, caso que parece bastante frecuente, sin pagar á los actores, se

dedicó al *cante* flamenco en un café francés, donde dice que tuvo mucho *susé*, mereciendo el honor de que la llamaran..... — ¿qué la llamaban?— dijo el médico— la llamaban al proscenio para recibir aplausos; á pesar de sus éxitos tuvo que *tomar* el *olivo* según dice por falta de dinero y se volvió como pudo á Cádiz, donde ha ejercido entre otros múltiples oficios el de cantinera ó freidora. En la actualidad está casada con un carpintero de la Carraca, por lo cual se cree ella aforada de la Armada;— ó de la que se va armar, repuso Guillermo con mucha gracia— Yo creo — continuó Luis— que aunque sirva en varios cuerpos ella siempre será de caballería y necesitará las *reformas*.

— Pero lo que no comprendo es lo que ha venido á hacer á Tánger — dijo el Doctor.

— Señor de Doctor — replicó Luis — parece usted un escribano de actuaciones; tenga usted calma. Cuenta la muchacha que por tenerlo todo bonito hasta el nombre lo

tiene; se llama Gloria, que habiendo sido despedida la gente de la Carraca por falta de trabajo tuvo su marido que salir de allí, dedicándose á vendedor ambulante de *peines,* así como ella se ocupa del comercio en telas, con las que ha venido aquí. Ya saben ustedes la historia, y basta.

— Ahora van ustedes á almorzar unos callos, un pescado y *algómas* que nos ha condimentado, y que si salpimienta, con el picante de sus ojos, se pelará el paladar del que no le tenga acorazado.

— De modo — dijeron varios — que la ex-cantinera, ex-billetera, ex-corista, ex-casada, está habilitada de cocinera *in partibus infidelium.*

— Así es — contestó Luis; — por este momento ha vuelto á su prístino estado civil..... y gracias á ella, hoy nos procuraremos este *gaudeamus.*

— Ya estamos impacientes por conocerla — exclamaron todos.

— Pronto llegaremos á casa y se verán cumplidos sus deseos. Lo único que pido

es que haya compostura, *mucho método,* señores, *mucho método,* como dice aquel famoso General nuestro amigo. Para mayor comodidad y completa expansión he creído conveniente que el almuerzo se verifique en casa, y con eso la ocuparé por vez primera.

No bien llegaron á casa de Luis, con pretextos diferentes todos fueron pasando por la cocina, donde actuaba la llamada Gloria. Después de haberla visto, todos se deshacían en elogios de su belleza y donaire.

— Señores, propongo á ustedes — dijo el Doctor — que la declaremos nuestra cocinera de cámara y así cada día guisará en casa de uno de nosotros, ¿eh?

— Eso es un abono á tercer turno — dijo Luis; — no me parece mal la idea del Doctor. ¿La contratamos?

Entre chistes más ó menos subidos de color se pasó el rato, al cabo del cual presentóse en la mesa el más suculento arroz condimentado en España é Islas adyacen-

tes. Hubo quien de él comió hasta tres platos con colmo.

— Propongo — dijo uno — que se prescinda de los demás platos y nos metamos de veras con los callos.

— Señores, seamos razonables — dijo el médico — debemos tomar de todo y por su orden, que para después si hace falta está mi ciencia.

— No hay que apurarse — repuso Guillermo—que cuando menos, si no nos cura, nos podrá extender la partida de defunción gratis.

Yo entiendo que no debe alterarse el menú y el que se atraque de callos no tomará de otra cosa, y en paz.

— Perfectamente, vengan los callos y después lo que quieran.

Entró Abdul con una fuente que despedía un incitante olor. Gloria, que sabía con las gentes que se las tenía que haber, debió decirse á si misma; puesto que á éstos les gusta el vino y la jarana, pondremos sabrosos los callos, y en efecto estaban deli-

ciosos, pero hechos con pólvora y de seguro no hubieran pasado por el esófago sino ahogados en vino.

— La cocinera merece el premio de honor, es menester llamarla al proscenio y hacerla una ruidosa ovación y un regalo — propuso uno.

— Aceptada la idea — contestaron todos; — que venga esa mujer.

—Opino—contestó Luis—que será mejor que éntre luego á recoger los honores del triunfo para que esto no acabe con fuegos artificiales.

Antes del almuerzo, durante el almuerzo y después del almuerzo las bromas y el jolgorio no salieron del diapasón normal, trayéndome á la memoria el recuerdo de unos ciertos jueves que por espacio de algunos años nos reuníamos en Fornos, en el Retiro ó Vivero y también en el famoso *Botín*. D. José Abascal, actual Alcalde de Madrid, D. Juan Valera, Grilo, Pepe Navarrete, Manuel del Palacio, Ramón R. Correa, Marqués de Vallecerrato, Ducaz-

cal, Espejo, Boguerín, y el que estas líneas emborrona y pasábamos deliciosos ratos con las continuas agudezas y derroche de chistes de hombres de tan esclarecido ingenio.

Coincidió con los postres la llegada de unos amigos, Jefes y oficiales de nuestra escuadra, y como era de esperar entre españoles, la broma continuó reforzándose con Burdeos y otros néctares nacionales y extranjeros.

— No soy sastre, señores; soy de los vuestros. Al escuchar este conocido canto de la zarzuela *Jugar con fuego*, todos volvieron la cara hacia la puerta, encontrándose con la visita inesperada de uno de los Comandantes más bizarros y simpáticos de la Armada, que no digo qué barco manda, pero que en una gloriosa campaña le apresamos á los enemigos; y ahora, amable lector, si aciertas lo que llevo, te doy un racimo.

— Mi Comandante, tome usted una copita y café — dijeron todos.

— Señores, gracias. Todo se andará,

pero preferiría un plato de ese gazpacho que me ha parecido percibir su fresco olor al entrar aquí.

— No es gazpacho — contestó Luis; — pero en el acto lo tendrá usted, que tanto Abdul como la cocinera lo saben aderezar con todas las reglas del arte.

— ¡Señor Don Luis! — exclamó el Doctor — efectivamente el gazpacho se le ha olvidado á usted en el *menú*, y ese era justamente el plato complementario de los callos.

— Hablemos en plata — querido Doctor; — para usted todos son complementarios, porque no se particulariza con ninguno.

No habían pasado diez minutos cuando se presentó Abdul de nuevo con una ensaladera de ajo blanco ó gazpacho al estilo de los que cuentan que Ganímedes servía á los Dioses. Las alabanzas á la gaditana fueron unánimes, todos comieron como si fuese aquel el primer plato.

— *Post crudum purum,* — dijo el médico con tono sentencioso.

— Este aforismo higiénico nos autoriza para continuar bebiendo.

— Lo que es para beber, las palabras son sardinas, y esto no sé si es otro aforismo de Hipócrates ó de Lagartijo — contestó un guardia marina, graduado de guasón.

— Otro que no le era menos tomó la palabra para encomiar las excelencias del gazpacho con sus deliciosas emanaciones y *repeticiones* del ajo, que según los doctos académicos, Doctor Thebusem, Barbieri y otros sabios, es hermano de la azucena, cosa ignorada por mí y por mucha gente hasta que se les ocurrió á esos señores la humorada de escribir a Ristra de ajos.

Al sonar las cuatro en el reloj, Luis pidió permiso á la concurrencia para levantar la sesión y poder ir á devolver una visita á un Comandante de un barco, á quien debía aquel acto de cortesía.

Todos los jefes allí congregados ofrecieron sus botes para que le condujeran y á los que con él quisieran ir.

Aceptado por todos, dirigiéronse juntos hacia el muelle.

— ¿Estamos todos? — preguntó el Comandante.

— Todos estamos.

— Entonces, — mandó el patrón á la *gente,* — *abre, remos* al *agua, avante,* y desde este momento empezaron á bogar aquellos fornidos marineros, con el acompasado movimiento con que reman los de guerra, en dirección al barco que íbamos á visitar.

A esta expedición se nos agregó un simpático joven de los que nunca faltan algunos ejemplares, y queriendo hacer el equilibrista y pasar por la banda de babor de proa á popa se fué al agua.

— Hombre al agua, — gritó el comandante.

— Hombre al vino, — contestaron los amigos.

Tres marineros se disponían á echarse á la mar para salvarlo, cuando vieron que era un pez en el agua y lo dejaron un rato para que se refrescara. Este contratiempo

les obligó á volver á tierra para que se mudase de ropa, porque suponían que no pensaría hacer lo que aquel individuo, que un día de aguacero le detuvo la policía por ir desnudo, y al preguntarle por qué iba de aquel modo, contestó, que no quería que se le secase la ropa puesta.

Una vez en seco el náufrago, se puso la proa á la mar, y después de hacer la visita proyectada volvieron sanos y salvos á tierra.



Un baile de moras.

Deseoso Guillermo de darnos una prueba ostensible é inmediata de agradecimiento, al volver á Tánger de la expedición, tuvo la feliz ocurrencia, so pretexto de festejar á los oficiales de la Escuadra de estación allí, de dar un té y baile de moras. Nunca vienen mal las ocasiones de divertirse entre gentes alegres; por lo tanto, iniciada la idea, se acogió por todos con sin igual regocijo.

— Señores, — dijo Luis: — admitido el obsequio; es preciso que busquemos á Abdul, que será el organizador de la fiesta.

— Evidentemente, — contestó otro amigo; — pero ahora le encontraremos de se-

guro al entrar en el pueblo ó en casa de Vidal.

Las esperanzas fueron defraudadas; pues Abdul, ni estaba en el muelle, ni en el bazar donde se le suponía encontrar.



— Considerando: — dijo Luis, siempre de broma, — que Sid Mohammed Abdul no está donde debe, voy á poner un exhorto á las autoridades marroquíes, para que procedan á la busca, captura y entrega del prófugo.

Un cabo cartero de uno de los barcos que oía la conversación y se encontraba entre nosotros para entregar la correspondencia que había traído el correo para sus Jefes, dijo que Abdul estaba durmiendo en un rincón del patio de la Legación.

— Vete en su busca, —díjole el Comandante — y tráele al momento.

Dió el cabo media vuelta á uso militar, salió como un cohete y á los diez minutos traía por una oreja á Abdul dando traspiés.

— ¿Dónde estabas que no te se encontraba, Abdul? —preguntó Luis.

—Señor, estaba durmiendo un rato, porque tengo dolor de *cabesa*.

— Lo que tú tienes es una *papalina* monumental además del turbante, — díjole Luis, produciendo esta palabra tanta hilaridad en todos como sorpresa en Abdul, que se revelaba en su estrambótica fisonomía.

— Ahora mismo, que son las ocho, vas á buscar unas moras cantadoras y bailadoras, y estarás con ellas á las diez en casa de D. P. O. de Z. Te advierto que sean moras auténticas, no judías disfrazadas de moras, porque ya sabes que las judías sólo estofadas me gustan.

— ¿Y si no encontrase moras, qué hago? dijo Abdul.

— Bailar tú de coronilla y darnos el espectáculo. Con que elige.

No se pasó una hora cuando volvió con la noticia de que habría moras; y convencidos estábamos todos los que conocemos el país donde se manda tan despóticamente y tanta influencia tienen los cristianos, que surgirían de la tierra si era preciso.



Sonaron las diez en el reloj de la mezquita, y todos los invitados nos dirigimos á la casa de Perico.

He dejado, al correr de la pluma, escapar este nombre, y tengo por seguro que cuantos hayan estado en Tánger por esta época han adivinado quién es el aludido.

Los salones de aquella casa eran inmensos y bastante bien decorados; la larga residencia de su amable propietario en África, América y Europa le permitieron adquirir objetos de todas partes del globo,

formando un bazar cosmopolita ó emporio del buen gusto.

El aspecto que presentaban las moras, en número de diez ú once, algunas bastante bonitas, era muy agradable. Todas estaban pintadas, según su costumbre, sean jóvenes ó viejas. Los ojos, generalmente hermosos en todas, parecían aún más brillantes por el *cohjol*, ó sea el sulfuro de antimonio con que se pintan las pestañas, y que reducido á polvo lo colocan en un *meej-halet* ó frasco de plata, constituyendo uno de los más preciados objetos del cuarto de *toillette* de la mora elegante. Algunas tenían pintadas las manos y piés con la *jhema*, que es la hoja de un arbusto aromático, la cual, pulverizada, se aplica sobre las uñas de las manos y pies. Otras tenían pintadas las manos hasta la mitad del brazo á modo de mitones, y casi todas, semejando calcetines de seda de color rojo, tenían coloreados los piés hasta los tobillos en que lucían anchas ajorcas de plata. Todas, sin excepción, emplean el *esuac*, ó

sea la cáscara del nogal, para blanquearse los dientes, y pretenden que esto les da un olor agradable á la boca.

De las moras, había ocho instrumentistas y cantadoras, y bailadoras las demás. Como eran moras pobres no llevaban trajes lujosos, por lo que aplazamos hablar de la indumentaria de la marroquí para más adelante. Los instrumentos que tocaban era el *gembri*, especie de guitarrillo de dos cuerdas; el *reba*, ó violín; el *aud*, ó guitarra, que tiene gran semejanza con la nuestra; el pandero y el *darbuca*, cilindro de barro, cerrado por un pergamino en uno de sus lados.

Las cantadoras se arrancaron por un polo igual al que cantan las gitanas en Sevilla.

Terpsícore, como llamaba un oficial de marina á una negra como el azabache, salió á la escena y entusiasmó al público con sus voluptuosos movimientos de brazos y caderas. Otro, marino, guitarrista insigne, tomó el *aud*, y, como pudo, tocó un

tango que arrebató, bailándole, sin saber como aquellas mujeres. Después del baile nos cantaron unas coplas en árabe, cuya traducción nos dieron á conocer, y decían: «Los cristianos, á la escarpia; los judíos, al asador; y los moros á ver la función.»



Guillermo, que odiaba á los moros desde sus amores con Zajara, no pudo menos de exclamar:

— ¿Qué les parece á ustedes la buena intención que revela eso que llaman versos? Debemos consideración á estos hermanos, con los que hemos estado tantos siglos en convivencia. ¿Debemos tratarlos bien ó conquistarlos?

Terminada la fiesta á las dos y media,

cada cual se retiró á su domicilio, acompañando algunos hasta el muelle á los marinos que se iban á bordo, quedando todos complacidos de la nunca desmentida esplendidez de Guillermo en aquel improvisado té.

Debo aquí hacer constar que, sin la posición oficial de algún diplomático allí presente, no se hubiera efectuado el baile que sólo pueden presenciar las mujeres, aun cuando sean cristianas.



Una entrevista providencial con Zajara.

ANDANDO el tiempo, ó por mejor decir, algunos días después del baile, una noche que como de costumbre estábamos en el mentidero, ó sea la tienda de Abarody, que como todos los moros ricos tienen por pretexto el comercio para hacer su casino, vimos pasar una mora arrebozada en un jaique algo maltrecho; pero con un cierto aire, que la diferenciaba de las otras que por allí pululaban. Guillermo, que no pasaba un segundo sin pensar en su Zajara, que la buscaba por todas partes; al ver cruzar de una acera á otra aquella mora, experimentó una sensación indefinible, una advertencia secreta, una atracción singular, que sólo conocen los seres

sensibles: adivinó á Zajara antes de haberla conocido.

—Luis, ¿quieres venir?—dijo apresuradamente Guillermo, haciéndole al mismo tiempo una seña para que se pusiera en pie.

— Vamos, — contestó sin titubear.

Despidiéronse de los que estábamos en la tienda, y salieron afanosamente en seguimiento de la mora.

— Indudablemente esa es Zajara, — dijo Guillermo. — Ese donaire, ese modo de andar tan elegante, no es el de una mora cualquiera.

— Peregrina idea: te conocía muchas cualidades; — dijo Luis;—pero no la nariz de perdiguero. Y la verdad es que tienes malos *vientos;* porque esa mujer ni es Zajara ni con ese jaique medio andrajoso puede ser más que una lámina.

Muy entretenidos iban con estas disquisiciones, y casi ya convencido Guillermo de que no podía ser su amor, cuando la mora desapareció por una de aquellas encrucijadas.

— «En Dios y en mi ánima—prosiguió Luis, parafraseando el Quijote, — que por arte de encantamento ha desaparecido esta Dulcinea que va á dar al traste con mi señor y conmigo.»

— Así es la verdad, Sancho — contestó Guillermo continuando la misma broma.— La mujer ha desaparecido por arte mágica, y estas son las hechicerías y encantamentos como el de los *molinos*.

—Justamente—respondió Luis;—y solamente al que tiene otros tales en la cabeza podía parecerle la encarnación de un idilio.

— ¿Pero por dónde puede haber desaparecido esa mujer á nuestra vista? — dijo Luis con acento de admiración.

— Vamos á ver ese callejón — contestó Guillermo, — que por ahí es posible haya entrado.

Fueron en efecto y no vieron nada, ni sombra de mora; asomáronse á la segunda calle, y sucedió lo mismo: en las cuatro casas que constituían aquella calleja no se veía á nadie.

— Supongo — dijo Luis — que en la primera calle no habrá entrado, porque por esa cara las casas no tienen puertas.

— Seguramente; pero sí lo que te afirmo es que por el tejado no habrá subido.

— No — contestó Luis, creyéndo darle una cogida — porque las casas no le tienen.

— Pues por eso decía que no habría subido.

—En fin, hablando un momento en serio, digo que es maravilloso que delante enteramente de nuestra vista hayamos podido perder el *rastro.*

— Pues, Guillermo, eso prueba dos cosas. Primero, que somos torpes, y segundo que para seguir moras se necesitan anteojos y buenos pulmones; porque lo que es esa mora subía la cuesta como una perdiz á *peón.*

— Por todas estas razones, y otras, me declaro rebajado de servicio de escolta de infantería: de aquí en adelante no cuentes conmigo sino como plaza montada.

No iba descaminado Guillermo. Cuando

llegaron á la puerta del Zoco la misteriosa claridad de la luna dibujaba en la penumbra la silueta de aquel cuerpo escultural, descuidada y airosamente envuelto en los pliegues del jaique. Verla Guillermo, dirigirse á ella, cogerla la mano, estrechársela contra su corazón y llevársela á la boca para besársela mil veces, fué obra de un segundo.



Zajara, inspirándose en el amor por su cristiano, no pudiendo resistir más tiempo los impulsos de su corazón, y necesitando dar á su alma aquella expansión, se había decidido á ver á Guillermo, corriendo todos los peligros imaginables.

Este, que ya había traspasado los límites de la razón, y que á todo estaba decidido, acabó de perder la calma, y, compenetrando sus sentimientos con los de ella, se juraron

aquella noche ser uno de otro eternamente.

Asombrado quedó Luis al ver aquella pareja de locos, sobre todo Zajara, que jugaba su vida con aquella imprudencia. Poco á poco fué retirándose, y subiendo la cuesta del Zoco iba haciendo reflexiones sobre el carácter y la manera de ser de la mujer en general, y en particular en aquel caso concreto, tan singular que le hacía cambiar de opinión, empezando á creer que el amor podía nacer espontáneamente de la inclinación de las almas más que del grosero contacto de dos epidermis.

Así que la casual y feliz entrevista hubo terminado, Guillermo, delirante de entusiasmo, se dirigió al cuarto de Luis para darle pormenores de su entrevista con Zajara.

— Todo soy oídos, — díjole Luis cuando le vió entrar.

— Estoy más admirado que tú, y esto me parece un sueño. ¿Cómo esa mujer ha podido salir de su casa, exponiéndose á ser vista y castigada, aquí que no hay *Regia prerrogativa?*

— ¡Este caso es maravilloso! Bien hacías en citarme el libro de Murga donde dice que las moras, cuando aman, no se parecen á las demás mujeres.

— Habla, habla ya.

— Explicarte la sensación que en mi produjo el verla, es imposible — dijo Guillermo.—No encontraría palabras para expresar toda la felicidad de que se inundó mi alma. ¿Eres tú, mi vida? — la dije al acercarme á ella.

— ¡Yo soy! — me contestó.

— ¿Hace mucho que me esperas? — la pregunté, como quien tiene la pena de haber perdido un minuto de gozar de tanta dicha.

— No, — me contestó con una sonrisa y una expresiva mirada, que me quedará esculpida en mi imaginación mientras respire. — Dame tu brazo, ven conmigo. —Se apoyó en mí y bajamos por los derruídos paredones de la fortaleza. La soledad en que nos encontrábamos; el silencio de la noche, interrumpido sólo á momentos por

el ruido que hacían las cigüeñas anidadas en los torreones de la muralla; la expresión amorosa y tierna de su mirada, su flexible y ondulante talle; su paso incierto y su respiración agitada, revelando su apasionamiento, me hicieron ser el hombre más feliz de la tierra; y no hubiera cambiado mi dicha por ningún placer de la humanidad, no pudiendo todos reunidos equipararse á la inmensa felicidad de que yo disfrutaba en aquel momento. ¿Qué merece una mujer que se juega la vida por un hombre? ¡Mi existencia es nada para ofrecérsela!

Tan verdaderamente entusiasmado estaba Guillermo, que su alegría era rayana de la locura; y de continuar en el uso de la palabra, quizás en sus lucubraciones hubiera ido más allá de lo que el mismo deseara, á pesar de que era hombre que dominaba la palabra. Comprendiéndolo así Luis, le atajó en su discurso.

—Perdóname, Guillermo — díjole.—¿Y cómo os entendíais en tan largos diálogos?

— Lo que se siente bien, se explica mejor. Entre un ignorante apasionado y un sabio que no sienta lo que dice, el primero se hará comprender mejor que el segundo. Esto es axiomático; ahora bien: Zajara hace seis meses aprende el castellano con la hebrea; y aunque algo corrompido el idioma habla con bastante claridad; además la elocuencia de las mujeres está en la mirada: si tú la vieras, no preguntarías cómo nos entendíamos. En cuanto á su cariño, no cabe dudar de él, Zajara me ama, y yo la adoro.

— No tengo que hacer objeción alguna; al contrario, lo que no me explico es que haya podido salir de su casa, y supongo que te lo habrá dicho.

— Ha salido — dijo Guillermo — aprovechando la única ocasión que ha encontrado en este ya largo plazo que llevamos de recíproca inteligencia. Una de sus esclavas está enferma, y la otra, adormecida con el *Kif,* que es más letal que la cicuta, y poniéndose el jaique de una de ellas, para

no ser conocida por nadie, ha venido prescindiendo de todo linaje de consideraciones y despreciando todos los peligros. Su marido deberá volver pronto, y ha querido darme una última prueba irrecusable de su cariño. Convencida de que cuando vuelva su tirano no podrá verme, me ha dado una idea feliz para alejarle de aquí. Ella cree que debe dársele una comisión de compra, mientras yo busco los medios de evasión. Después de tan interesante coloquio, hemos convenido al despedirnos en que ella volverá cuando pueda á verme. Esta es la síntesis de la conversación.

— Te felicito una y mil veces — dijo Luis — y empiezo á creer en el amor por generación espontánea. ¿Quieres más?

— Cree ó duda — contestó Guillermo; — lo que procede es que me ayudes á pensar lo que vamos á hacer con ese maldito moro.

— La verdad es — querido Güillermo— que te debería decir lo que el gallego: «¡Y cuanto voy ganandu!» Porque yo me he

dejado llevar de un sentimiento de compasión hacia ti, y no sé hasta dónde vamos á ir. Respecto al moro, lo que con él haríamos, tú y yo lo sabemos; pero como no se puede hacer lo que se quiere, estudiaremos lo que más te convenga.



Llegada del moro.

OR si algo le faltaba á Guillermo para desesperarse, llegó Mohammed.

Desde el instante mismo en que Abdul, con intención ó sin ella, dijo al servir la mesa que había llegado á Tánger el marido de aquella mora, por quien le preguntaron cierto día, se empezó á librar en el alma de Guillermo una terrible batalla, en la que tenían que entrar mezquinas pasiones, que en otro caso no se hubieran anidado en su corazón. El amor, el amor propio, los celos, la envidia, son malos compañeros para vivir tranquila y sosegadamente.

— ¿Has oído, Luis, lo que dice Abdul?

— Sí, y estaba temiendo que llegara este caso.

Guillermo se quedó triste y pensativo durante un rato.

Luis no pronunciaba palabra.

Cuando se quedaron solos, Guillermo rompió el silencio.

— Entiendo, Luis, que de todos los planes que he meditado, el único posible es el que me aconsejó Zajara. Es preciso á todo trance quitar de en medio ese moro.

— ¡Cómo! ¿De en medio? — le interrumpió Luis.

— Digo de en medio, en el concepto de enviarle fuera, de vacaciones.

— Esos son otros cantares: continúa.

— Para conseguir esto conviene que tú le indiques mi deseo de encargarle la compra de objetos en la costa dándole el capital, un interés exorbitante y pagándole sus viajes. Semejantes proposiciones no ha de rehusarlas y una vez lejos, yo convendré con Zajara en la evasión. Tu responsabilidad queda á cubierto: cuando él vuelva yo no estaré aquí, tú supones que los ne-

gocios que tengo en París han exigido mi presencia allí, y liquidas cuentas con él en la forma que creas conveniente, para lo que te doy mis plenos poderes.

— Estás tan alucinado, Guillermo, que no ves más que la realización de tu deseo; y si en el primer acto de esta comedia, que fácilmente se puede convertir en sangriento drama, estamos de acuerdo en el nudo y el desenlace, vamos á ver quizás horrores.

— Todo es probable — contestó Guillermo; — voy presintiendo algo siniestro y por esto mismo lo más prudente será llevarme á esa mujer pronto.

No se le ocultaban á Luis las dificultades que podrían sobrevenir con la ausencia de Guillermo, pero después de meditar un rato sobre lo que éste le decía, comprendiendo que el dilema planteado era ó abandonarle en tan crítico trance ó tenderle una mano protectora, optó por el segundo término, dejándose llevar de los impulsos de su noble corazón.

— Basta: de dos males, hay que elegir el menor. Acepto las consecuencias de todo; — dijo Luis con la energía del hombre de alma bien templada.

— Hoy mismo vendrá aquí Mohammed, le propondré lo que tú pretendes y os pondré en relación.

— Jamás. Eso no. Te lo ruego, Luis; no quiero tratar, ni ver, ni conocer á ese hombre. No es preciso. Tú puedes decirle que tienes ocho mil duros en el momento y más si hicieran falta y tratas sobre esa base en tu nombre ó en el de un amigo cualquiera imaginario. Lo más acertado es que él no me conozca. ¿No estás de acuerdo conmigo?

— Voy creyendo que eso es lo más derecho — contestó Luis; — á las cinco te daré la respuesta; espérame en el camino de Fez.

Luis mandó llamar al moro, el cual se presentó de allí á poco en el Hotel.

Breve fué la conferencia. De tal modo Luis le pintó las ventajas que ofrecía el

negocio, que sin titubear aceptó la comisión, exigiendo solamente que se firmara una escritura de contrato ante los *Adules* para darla fuerza legal.

— No hay tiempo que perder, Mohammed — dijo Luis. — Mañana tendrás aquí dos mil duros en metálico para que puedas partir inmediatamente; por lo que respecta á la escritura, ahora mismo te la redacto, y Alí *el Adul*, que habla tan bien español como yo, te la legaliza y se acabó todo. Me gusta tratar con hombres listos como tú.

Luis terminó en cinco minutos el borrador de la escritura de contrato, en la que se estipulaba que Mohammed traería géneros por valor de dos mil duros de Rabat y Fez; que se le abonarían durante el viaje cuatro duros diarios, no limitándole tiempo para el regreso, con tal que no excediera de dos meses, espacio suficiente para realizar el plan ideado, y si después de este ensayo se ganaba el cuarenta por ciento, Luis se obligaba á nombre de un amigo á darle hasta ocho mil duros ó más.

Muy satisfecho se fué el moro con aquellas ventajosas proposiciones, y no menos contento quedó Luis cuando vió alejado á Guillermo de los peligros que se le venían encima á pasos agigantados.

Antes de la hora de la cita y que Guillermo siquiera pensara en montar á caballo, estaba ya Luis de vuelta en el Hotel.

— ¡Albricias, Guillermo, albricias! El prólogo ya está escrito. El moro saldrá inmediatamente; el contrato quedará hoy firmado y solemnemente legalizado. ¿Deseas más? Veremos el final del drama.

— Sí. Deseo repetirte un millón de veces más lo que agradezco tu abnegación incomparable, tú me reconcilias con la humanidad, haciéndome ver que todavía hay mujeres con corazón y amigos verdaderos.

Si hermoso es siempre el campo de Africa, aquella tarde el camino de Fez pareció á Guillermo el paraíso soñado del Profeta, con todas las maravillas humanas que el espíritu no sabe concebir, y

con la esperanza de poseer su Zajara se creía tan feliz en aquel momento como desdichado era una hora antes.

Cuando volvieron de paseo ya esperaba el moro con el contrato debidamente legalizado y dispuesto á marchar á los dos días.



El marido de Zajara.

OHAMMED Da-ka-ly como la mayoría de los moros tenía noble aspecto, y cierta altiva arrogancia que daba interés á su personalidad; sus labios gruesos, su color cetrino, la barba escasa y rizosa, hacían dudar de su pura estirpe y descendencia directa de los españoles, en lo que fundan su orgullo los verdaderos moros, que son los que monopolizan los altos destinos de la administración marroquí.

No era menos mogigato é hipócrita que sus correligionarios, así que siempre que estaba en público pasaba las cuentas del rosario entre sus dedos más probablemente que recitando versículos del Corán, echándolas del tanto por ciento que le dejaría de beneficio algún negocio. Identificado con las

costumbres de los europeos, ya por el continuo roce con éstos, ya por algunos viajes que había hecho á España, y con la inmunidad que gozaba, con la *protección* de una nación extranjera como agente comercial, libre de la jurisdicción de los tribunales del país, exento de las vejaciones y tributos que pagan todos los súbditos del Sultán, Mohammed disfrutaba de su fortuna sin temor á la rapacidad de las autoridades. Relajadas sus creencias religiosas por el trato con cristianos, menos supersticioso y fanático que sus compañeros, se permitía quebrantar el precepto que dice: « que el moro no bebe vino, ni come tocino. » Apóstata de su religión en cuanto convenía á su egoísmo, no copiaba de los cristianos, sin embargo, el trato respetuoso y la alta estima de que goza la mujer en nuestra sociedad, condenando á Zajara á vivir encerrada en su casa rodeada de tristeza y melancolía, respirando sólo una atmósfera de sensualismo, de que ella instintivamente protestaba.

El consorcio de dos naturalezas tan poco afines tenía que quebrantarse algún día, y con el amor de Guillermo sólo podía retenerla al lado de su odiado marido la ley de la fuerza, contra la que pronto había de sublevarse.



Viaje del moro Mohammed.

CONFORME con lo convenido con Luis, á las siete de la mañana del lunes, día que los moros entre sus muchas supersticiones tienen por de buen agüero para emprender viajes, Guillermo se dirigió hacia la calle donde vivía Zajara para ver marchar á Mohammed. Abdul, que se había anticipado á Guillermo por orden de Luis para asegurarse de su salida, subía precipitadamente la cuesta del *Zoco de Arriba,* cuando se encontró con Guillermo.

— Señor, una mala noticia llevo á mi amo.

— ¿Qué ocurre? — preguntó Guillermo sobresaltado.

— Que Mohammed se lleva á su mujer y á otra que debe ser una esclava que se me

antoja que le gusta á mi Señor. Cuando yo me acerqué como si estuviera por allí por casualidad paseando con otro moro que me encontré en la calle, ví en la puerta de la casa tres mulas, una para Mohammed y dos enjaezadas con las sillas en que montan las mujeres. Esperé para ver lo que sucedía y á pocos momentos bajó *Z*ajara envuelta en un precioso jaique de paño azul, llevando otro blanco debajo, acompañada de la esclava Racjma. Mohammed la ayudó á subir en la mula y los tres partieron, dirigiéndose hacia el fondak.

— ¡ Ira de Dios! — exclamó Guillermo apretando los puños con coraje— esta es la mayor de las contrariedades, es el colmo de la desesperación. Vé corriendo y cuenta á D. Luis lo que sucede, mientras yo voy á mandar ensillar los dos caballos míos. Dile que venga á buscarme á casa; corre, Abdul, vuela.

Verdaderamente el caso era difícil y para acabar con la paciencia de Job. Luis no tardó en presentarse; montaron á ca-

ballo y tomaron el camino de Tetuán, pensando un modo capcioso de parar aquel inesperado golpe.

—No veo manera posible de detener á ese hombre —dijo Luis. — Cuando les alcancemos le preguntaré si su mujer continúa con él; pero te aseguro que no sé en qué



forma hacerlo, porque los moros son suspicaces y maliciosos, y jamás entre ellos se preguntan por sus mujeres.

— ¿Los ves entre aquel claro que dejan los granados? — dijo Guillermo.

— Sí, los veo — contestó Luis.—En breve los alcanzaremos..... Me está ocurriendo un pretexto; le diré que tengo orden del Gobierno de comprar caballos para el ejér-

cito, por lo que quiero que se ocupe de eso en primer lugar, y que por medio del Cónsul me escriba.

Salieron á galope, y á los pocos momentos estaban á su lado.

Los más vulgares rudimentos del arte de andar á caballo prescriben que no se eche un jinete de improviso á *aires* violentos sobre otros caballos, y menos si fuesen montados por señoras; pero tan preocupados iban los dos, que sin tener nada en cuenta se fueron encima. Espantada la mula en que cabalgaba Mohammed, dió tan fuerte huída y tornillazo á la derecha que derribó la de Zajara.

Caer al suelo y levantarla Guillermo no fué ni visto ni oído. El accidente no tuvo consecuencias; momentos después estaba á caballo repuesta del susto, y contenta seguramente de aquella prueba más del cariño de Guillermo.

Si hubo imprevisión en acercarse tan bruscamente, no hubo menos en abandonar Guillermo su caballo cuando echó pie á

tierra para ayudar á levantar á Zajara; pues como era natural, en cuanto se vió suelto emprendió vertiginosa carrera, dejando á pie á su caballero.

—Yo volveré como pueda—dijo Guillermo—no te ocupes de mí. Sigue con Mohammed, y pregúntale lo que quiero saber.

Luis se disculpó con el moro de aquella torpeza y después de explicarle la razón de haber salido á su encuentro, le preguntó como por mera curiosidad, si ellas le acompañaban en su viaje. Astuto y con su natural desconfianza no se dió por notificado de la pregunta, dando la callada por respuesta; pero ella, que sabía mejor el español que su marido, cosa que él ignoraba, dirigió á Luis una expresiva mirada, como queriendo indicarle que la dejaría pronto. No se quedó Luis muy satisfecho, pero la Providencia, que siempre protege al desvalido, quiso venir en ayuda de Guillermo por medio de una circunstancia muy singular. Visto que era ya inútil acompañarlos por más tiempo, Luis volvió grupa sin sacarle

una palabra más á Mohammed, dirigiéndose hacia donde dejó á Guillermo.

Este estaba esperando con verdadera impaciencia la vuelta de Luis.

— ¿Qué te ha dicho? — le preguntó en cuanto le vió llegar.

— Nada. Todas mis tentativas para hacerle hablar han sido inútiles, pero ella me ha dirigido una mirada que me ha parecido quererme significar que no le acompañará al viaje, pero no puedo asegurártelo.

— Y si no es para ir con él, ¿para qué las saca de su casa? ¿Dónde puede dejarlas? — repuso Guillermo.

— Eso digo yo también; pero en fin, ella ha hecho un signo negativo con la cabeza; eso lo he visto claramente.

Guillermo se sentó en un ribazo apoyando la cabeza entre las manos, sin pronunciar palabra. Al cabo de un rato vió Luis á lo lejos un jinete cristiano, trayendo de mano otro caballo; á medida que se fué acercando reconocieron á Baldomero, picador que llevó de Sevilla el ministro de

8

España y el caballo que traía del diestro era el de Guillermo, que á la querencia de su compañero de cuadra, el que montaba Baldomero, había ido hacia él, dejándose coger fácilmente. Luis salió al encuentro del picador y de allí á poco estaban los tres reunidos.

Sin saber nada de lo que se trataba, Baldomero refirió que había visto en una huerta del Scherif apearse dos moras acompañadas por Mohammed, continuando él con otro moro el viaje en dirección á Tetuán.

La explosión de alegría de Guillermo fué inconcebible.

— Ahora comprendo que Zajara te significara que no seguía con Mohammed.

Baldomero, que no tenía antecedentes de nada de lo que oía, se quedó absorto. Luis quiso explicarle aquella salida de tono de Guillermo, que tan original le parecería.

— Y usted — le preguntó Luis — ¿ha hablado con Mohammed?

— « No zeñó — contestó Baldomero ceceando y hablando esa jerga de la gente

de campo, con las exageraciones y el ritmo provincial de Andalucía — pazaron á alguna distancia, yo iba trotando este cabayo que no ze estira er mardito; por esa razón como iba preocupao no le he dicho náa, pero por er camino que yeva va al fondak derecho como una bala. El Emperaor, (así se llamaba el caballo alazan de Guillermo) retosando se vino á la querensia de éste, y en cuanto le llamé me conosió y le eché la mano. La huerta donde ha dejado á las mujeres Mohammed se llama el *Encanto de los claveles*, y está mu cerca de aquí.»

— Llévanos hacia la huerta— dijo Luis.

— Vamo ayá — contestó Baldomero.

Dirigiéronse hacia aquel sitio, y reconocido el terreno estratégicamente se volvieron á Tánger.

A una hora próximamente de Tánger, se hallaba la huerta *Hejer el-krenfel* ó sea *Encanto de los claveles*. Esta extensa propiedad, que pertenecía al patrimonio de un Scherif, tenía la entrada principal por

un gran parque oculto hasta llegar á él por las ramas de seculares acacias y gigantescas adelfas. Al pie de la vivienda de antiquísima construcción crecen lozanos naranjos y frondosos granados que elevan sus ramas hasta una primorosa galería árabe que abarca en ángulo recto dos lados del edificio.

A la derecha de éste, y á no gran distancia, álamos altísimos, palmeras y otras mil variedades de árboles hacen gala de exuberante vegetación, siguiendo el curso de un pequeño arroyo en verano y torrente en invierno, que se llama Río de los judíos.



El renegado.

QUEL mismo día un criado de la fonda anunció á Luis que un renegado pedía permiso para hablarle.

¡Quién podría sospechar que aquel hombre llegaría á ser la Providencia para Guillermo!

El renegado era hombre de 36 años, alto, enjuto, curtido del sol y del aire, hermosa fisonomía y mirada franca; su aire no prevenía contra él, á pesar del estigma de renegado.

—¿Quién es usted, y qué quiere? — le preguntó Luis.

—Yo, señor, soy Jorge Ballester, natural de Barbastro y pretendo que V. S. me proteja para obtener el indulto y poder vol-

ver á España, y si no puede ser esto, que me recomiende para que me envíen como corresponsal con 10 ó 12 reales diarios con la expedición que envía el Sultán al *Sus* para someter aquellas tribus rebeldes. Mi historia es la siguiente:

« El año de 1856 caí soldado, fuí á servir al Rey, destinado al regimiento de la Princesa. Por mi buen comportamiento me hicieron al mes cabo segundo, y primero á la segunda revista. Yo era en mi pueblo el más estudioso de mis compañeros y mi familia quería que fuese escribano.

» En un pueblo de Navarra cerca de Estella me enamoré de una muchacha muy guapa y rica. Si yo la quería como uno, ella me lo pagaba como mil, y así íbamos viviendo contentos y felices, aunque siendo ella navarra y yo aragonés; con caracteres un poco duros, de cuando en cuando teníamos nuestras reyertillas por celos. Un día por cierto muy señalado, el de Nochebuena, me dijo que su madre se oponía á que me quisiera y que estaba decidida á

dejarme por complacerla. Yo la rogué, la supliqué que no lo hiciera de aquel modo tan cruel. Ella, muy buena y obediente á su madre, pero muy obstinada en no comprender mi situación, persistió en su negativa y frialdades. La insté mil veces con las lágrimas en los ojos pidiéndola que nos viéramos y poco á poco fuéramos olvidándonos y cuando seco al parecer su corazón, ó fingiendo no quererme (porque luego me dió pruebas de lo contrario), me dijo que se casaría con otro y que no me quería nada, tiré de la bayoneta y la di un golpe en el costado que la hirió de alguna gravedad. Cuando la vi bañada en su sangre, que era la misma mía, porque vivíamos uno para otro, yo me di otro bayonetazo debajo de la tetilla izquierda,—y esto diciendo se desabrochó el *caftán,* y en efecto, tenía una profunda cicatriz encima del corazón. — Tres meses estuvo ella en cama, y seis yo; al cabo de los cuales me sumariaron, destinándome al presidio de Valladolid; yo pedí venir á Ceuta y me lo

concedieron, porque todos los Jefes se interesaron por mí; pero como cuando á uno le persigue la desgracia, no le deja un momento de tranquilidad, un día que estaba descansando un rato, rendido de la fatiga que produce manejar el pisón, un cabo me dió un palo. Tan injusto proceder me sacó de quicio; me volví contra él, le agarré por el cuello, lo tiré al suelo y lo maltraté á mi gusto. Me enviaron al calabozo, y comprendiendo que me iban á agravar la condena, decidí escaparme, y descolgándome por la muralla y protegido por unos pescadores que me ocultaron unos días, me pasé al moro hace ocho años. He sido artillero del Sultán en Mequinez y después he recorrido muchos puntos de la costa. Ahora que he visto y oído que el Rey es tan bueno, vengo á V. S. á renovarle mi súplica. Deseo sobre todo ver á mi madre, y aunque no sé si lo merece, quiero ver á aquella mujer de Navarra.....

—Usted es hombre listo—díjole Luis—y no debe ignorar que puedo denunciarle y

hacerle volver al presidio; por lo tanto, creo que cuanto me ha dicho es la verdad.

—Señor—le interrumpió el renegado,—tengo la seguridad de que si preguntase por mí al Jefe, le daría buenos informes.

— Le creo á usted. Vuelva mañana, que habré hecho su recomendación al Señor Encargado de Negocios de España.

Como cuanto había dicho resultó ser exacto según aseguró el Cónsul, que le conocía, Luis comenzó sus gestiones para complacerle.

Los renegados en Marruecos son dignos de estudio. El malogrado Murga escribió una interesante monografía de esa familia, que él conoció á fondo por haber vivido entre ella algunos años.

En épocas de despotismo en España hubo renegados de altas clases de la sociedad, que por delitos políticos tuvieron que emigrar, siendo perseguidos allí mismo. Dice Murga, que «el año 1831, la oficialidad sublevada de un batallón de marina en San

Fernando buscó asilo en Berbería. El Gobierno los persiguió hasta allí. Reclamados como criminales fueron presos una noche, maltratados y entregados al Vicecónsul de España, que inhumanamente les hizo poner mordazas. Al llevarlos á embarcar, y pasar por la mezquita que hay en la calle que va del consulado al puerto, tuvo uno de ellos la suerte de poderse librar de aquel suplicio, y con su boca ensangrentada y desgarrada dar á entender que se quería hacer mahometano. La escena cambió en el acto, y aquellos infelices, antes maltratados, fueron puestos en libertad en aquel instante, á pesar de la resistencia del Cónsul. »

Renegados de esta clase hoy no existen; en la actualidad, sólo abjuran de la fe cristiana los fugados de nuestros presidios de África, los que entran, por no se qué costumbre erigida en ley, á ser artilleros del Sultán y destinados á un depósito en Mequinez. Están mandados por un *Emkadem* que sale de sus mismas filas. Aislados, des-

preciados de los cristianos y de los moros, que están convencidos de que son mahometanos de ocasión, y no por sentimiento religioso; desconociendo al principio el idioma, su vida es triste, y hay muchos que mueren de nostalgia. Algunos servicios han prestado al Sultán en momentos difíciles, porque sus especiales circunstancias les obligan á buscarse la protección de alguien, y si esta fuese la del Sultán, entonces consideran asegurada su existencia, su porvenir y su importancia en el país. Los renegados tienen costumbres peculiares que los caracterizan. Todos sin excepción se dedican á la medicina, porque los moros los creen doctores, hayan ó no leído siquiera los elementos de la ciencia de Hipócrates. El fatalismo de los moros y la indiferencia con que miran la muerte no son obstáculo para que tengan fe en ciertos medicamentos. Las cauterizaciones con hierros al rojo cereza, las sangrías, vomitivos y los ungüentos que levantan ampollas y su acción es visible é inmediata, entran en su mane-

ra de apreciar la ciencia. A un dolor de cabeza, una sangría en la nuca; para procurar un sacudimiento de vida hacia el exterior, un hierro ardiendo en la espalda; para una oftalmía, pimienta encarnada. Con estos suaves medicamentos y algo de cirugía por el mismo estilo, se procuran recursos los renegados, ganando para su sustento cuando por alguna razón dejan el servicio del Sultán, y muchos, aún sirviéndole, porque las pagas son insignificantes.

Para abjurar de la religión cristiana, emplean una fórmula que el renegado nos enseñó y que decía así:

« Alabado sea Dios. En la ciudad de..... (que Dios bendiga) en presencia del Kadí X....., cuyo sello va al fin, declara el cristiano..... ante los dos asesores del Kadí en esta acta, que abandona la religión cristiana y adopta la del islam. Declara que no hay otro Dios que *Allah*, y que nuestro señor Mahoma es su profeta. El Kadí le da el nombre de *Abd-Allah.* Habiendo tenido

lugar en presencia del..... en el día de último tercio de la djouma de 2 del año 1287 (primeros de Octubre de 1871) y en presencia del Abder-Ramán ben Achmed (á quien Dios ilumine). »

El renegado Ballester dedicábase como todos á la medicina; rapaba la cabeza á los moros y les daba lecciones de guitarra, en lo que era maestro. Con este *modus vivendi* sacaba seis ú ocho reales diarios, que dadas las escasas necesidades de la gente del país y la sobriedad del individuo, le bastaban para vivir. Cuando Luis se persuadió de que era hombre de confianza, le llamó á su despacho y tuvo con él una conferencia, dándole la importante y reservada misión de ver á Zajara y concertar con ella el modo de que Guillermo la pudiera hablar, único medio posible de salvarle en aquel caso extremo, que disculpaba aquellas confabulaciones y manejos, hasta cierto punto poco honoríficos para Luis.

Ballester, hombre listo y decidido, cumplió como bueno, y con aire de caudillo,

á las veinticuatro horas justas de recibir la comisión se presentó en el cuarto de Luis.

— Está usted servido, Sr. D. Luis; hice su encargo y todo está arreglado.

— Explíquese usted un poco más, esto es demasiado laconismo.

— Si usted lo ordena, le contaré los pormenores de mi comisión. Llegué á la huerta «Encanto de los claveles,» llevaba la guitarra á prevención, empecé á cantar en árabe á la puerta; no pasaron diez minutos, cuando la hebrea, que es amiga mía y una *buena moza,* me conoció y abrió. Hablamos un rato; hacía mucho tiempo que no la veía, y me dijo que las moras que habitan aquella casa son tres mujeres del Scherif de..... y que si guardaba el secreto podría entrar, para lo cual mandarían al pueblo á un negrito que tienen de criado. A poco rato, en efecto, salió el negro en dirección á Tánger, y entré yo. A media voz les canté por lo flamenco, la jota de mi tierra y otras cosillas del país, volviéndose locas de entusiasmo.

Al ver el efecto que las había causado, quedé en volver á condición de poder llevar á ustedes; consintieron en ello, comprendiendo que por Don Guillermo y por usted nada se sabría. Esta noche á las diez, si gustan, les presentaré, y si no, iré yo solo, para anunciarlas que ustedes las verán otro día.

Luis no quiso anticipar á Guillermo las gestiones que Ballester había practicado, por si no salían bien, evitarle una nueva pena; pero como, por el contrario, todo iba á pedir de boca, no dudó un instante y fué á comunicarle la fausta nueva, que, como es de suponer, le causó inefable alegría.

Desde el momento en que Guillermo creyó ver á *Zajara*, los minutos se le hacían siglos; la impaciencia le devoraba. Todo en este mundo llega, y también llegaron las nueve, hora en que no pudiendo dominarse más, salió con Luis y el renegado hacia la huerta de los Claveles.

— Me desconozco, — dijo Guillermo con

pesar, dirigiéndose á Luis. — He perdido mi tiempo; yo creía haber aprendido algo en el mundo, y no sé siquiera dominarme; digo mal: disimular mis impresiones; tiemblo como un niño, pensando sólo que voy á tener á Zajara á mi lado, y no he podido esta noche tener un momento de reposo.

Haciendo mil reflexiones sobre su situación, y la insegura en que Zajara se colocaba si no se decidía á fugarse con él, llegaron cerca de la casa.

— Conviene — dijo el renegado, á quien desde aquel momento se le bautizó con el nombre de Barbastro, su pueblo natal — que yo me adelante para indicar que están ustedes aquí.

— Desde luego; anúncianos, y ven á decirnos si podemos entrar.

Barbastro fué de explorador, y á los pocos minutos estaba de vuelta diciéndoles que podían pasar sin dificultad.

Atravesaron un patio cuadrado con esbeltas columnas, las cuales sostenían una galería. A los lados había macetas como en

Andalucía, y en medio una fuente, y subiendo tres ó cuatro escalones de piedra, se encontraron en un salón, donde estaban tres moras bastante aceptables y muy alegres. Antes que mirar nada ni á nadie, Luis fijó sólo la atención en la cara de nuestro amigo. Cuando se encontraron aquellos dos seres que habían nacido para amarse se inmutaron de tal modo, que cualquiera, extraño al secreto, hubiera adivinado lo que pasaba por sus almas. ¡Qué ojos los de aquella mujer! No se me olvidarán nunca, decía Luis; aquella penetrante mirada decía más que un poema..... Lo que por Guillermo pasaba no necesita explicarse.



Los trajes de las moras eran lujosos y elegantes. En general usan:

Kamiya. — Camisa larga y ancha abierta hasta la cintura, abrochada por muchos botoncitos de seda.

Zugdan. — Mangas anchísimas, unidas á la camisa, de tela muy fina, generalmente de gasa.

Bedaia ó *Sedría.* — Justillo de seda de colores vivos.

Sernal. — Pantalón blanco ó de paño fino encarnado, sujeto al tobillo por una cinta ó galón de oro.

Kaftan. — Túnica de paño ó seda de color.

Defin. — Sobre-túnica del mismo corte que el *Kaftan*, blanco y muy fino para que se pueda lucir el *Kaftan.*

Esta prenda la usan sólo las moras muy elegantes.

Hezan. — Faja de una cuarta de ancho de seda y bordada de oro.

Xerbil. — Babuchas de tafilete encarnado, así como las de los hombres son amarillas.

En la cabeza se colocan un pañuelo blanco á raíz del pelo, después una almohadilla, encima una cinta anchísima que suele tener un ribete plateado y después

de arrollarlo como los hombres hacen con la tela del turbante, vienen las dos puntas de la cinta á caer sobre la frente. Todavía sobre esto se colocan un pañuelo de seda que se le atan debajo de la barba, y como terminación otro pañuelo de rayas de diferentes colores, ó tejido de oro.

Las mujeres pobres y las negras esclavas llevan un pañuelo de seda de vivos colores, sin más armaduras ni cintas, y resulta mucho más artístico tocado.

El jaique, especie de manta, de un género flexible de lana blanca, las cubre todo el cuerpo y la cabeza. La cara menos los ojos se la tapan con un pañuelo.

Las que estaban en el harem del Scherif habían suprimido algunas prendas y dejaban ver sus incitantes brazos adornados por brazaletes de plata, las gargantas con muchos collares de perlas regulares y corales; en los tobillos tenían ajorcas muy grandes de plata igualmente construídas que las pulseras por los moros del *Sus*.

De las tres mujeres del Scherif, una era preciosa, las otras insignificantes.

La más bonita se llamaba Fatima, tenía veinte años, y el tipo puro de Georgiana.

El salón era inmenso y estaba decorado con cierto refinamiento de lujo. El piso estaba cubierto de paño grana orlado de negro, al rededor de él había banquetas forradas de telas bordadas y sobre ellas muchos cojines, colchonetas de diversos colores, también bordadas en oro y plata. Espejos grandísimos europeos y una araña de cristal, también á la europea, etagéres morunos, bandejas de metal dorado, alfombras y porcelanas del país, completaban el mobiliario de la casa. Delante del testero ó estrado tenían cuatro pequeños taburetes morunos, sobre los cuales estaban las teteras preparadas para darnos las tres tazas de té reglamentarias mezclado con hierbabuena y ámbar.

Zajara, aunque vestida con todo el rigor del traje moruno, tenía sin embargo algo que la distinguía de las otras.

El efecto que iba á hacer en Guillermo aquella fiesta ó bacanal era de suponer, áún cuando *Zajara* ni tomara parte en ella, ni aún fuera de su agrado, dados los finísimos sentimientos de su alma.

El espectáculo que se les ofreció tenía mucho color local. Las tres moras que había en la casa tomaron el *aud,* el *darbuca* y el *pandero:* bailaron una especie de zapateado pornográfico y otra danza al modo de habaneras como se bailaban en el antiguo Capellanes, que nada dejaba que desear.

Barbastro hizo primores en la guitarra, que dejarían empequeñecidos al Bautista, Carlos el de Jerez y todos los *tocadores* de aquende el Estrecho. Su voz, sin ser notable, era simpática y tenía lo que dicen en Sevilla «mucho estilo.» Cantó algunas coplas, en las que rebosaba el sentimiento amoroso.

" Jamás podré consolarme,
Isa, de haberte perdido;
El bien y el mal en la tierra
Sin tí me importan lo mismo. "

Siento que la memoria no me ayude á recordar las infinitas que cantó y tradujo al árabe, para que las moras las entendieran, y que Luis me refirió. Como sin vino no hay fiesta, el bueno de Barbastro abrió las botellas de Málaga que en la capucha de su chilaba llevaba, y haciendo algunos remilgos al principio, acabaron al fin por beber las moras, y hubieran tomado aguardiente ó petróleo si se lo hubieran dado. Las buenas disposiciones naturales á la alegría de las musulmanas y los efectos del vino se dieron pronto á conocer. Todos los excesos y desórdenes de una saturnal y de una orgía parecerían pequeños al lado de los de aquella fiesta, que tanto desagradaba á Guillermo y á Zajara.

Comprendiéndolo así Luis, hizo que se diese fin á aquella báquica alegría, para no convertirse ellos en sátiros.

No pocas dificultades opusieron las moras á esta determinación, y á dejarlo á su voluntad, el baile no hubiera terminado sino cuando la fatiga y el sueño se hubie-

ran impuesto. No había que preguntar á Guillermo la impresión que le había causado ver á Zajara entre aquellas moras entregadas á repugnantes vicios de los que no se puede hablar.

— ¿Y que te ha dicho tu Zajara? — le preguntó Luis.

— Que está dispuesta á seguirme al fin del mundo — contestó Guillermo.

— ¿Y qué idea tiene de España y de nuestras costumbres, que oí que llamabas en tu auxilio á Raquel la hebrea para hacerla comprender alguna cosa.

— Muy vaga, pero creo que ha formado bastante exacto concepto de lo que la he dicho, y desde luego puedo asegurar que tiene extraordinaria penetración.

— ¿Y qué piensas entonces?

— Desde luego llevármela, estoy decidido, porque aquí está expuesta á que un día exacerbados los celos de su marido, pague con su vida su infidelidad, y comprenderás que me pondría en el caso de cometer un homicidio; así es que quiero á todo

trance evitar tales peligros. Mañana volveré con Barbastro á la misma hora, salvo que tú quieras que se repita la fiesta de hoy.

— Nada de eso—contestó Luis,—comprendo el mal efecto que te ha causado; no volveremos más que cuando quieras y te convenga.

Así concluyó aquella entrevista de los enamorados y la fiesta de bacantes para Luis y Barbastro.



Sorpresa de los árabes.

Lo mejor es enemigo de lo bueno. No sé si este dicho muy vulgar ha ascendido á la categoría de proverbio ó si se ha quedado en uno de tantos provincialismos; pero sea de esto lo que quiera, es lo cierto que en este caso viene como anillo al dedo. Mientras se encontraba el modo de sacar de Tánger á la mora, asunto un poco más arduo de lo que parece á primera vista, Guillermo seguía haciendo sus excursiones nocturnas á la huerta de los claveles acompañado del renegado Barbastro, y, para no ser conocido por nadie, iba siempre disfrazado de moro.

Una de las varias noches que se dirigían tranquilamente hacia la casa de *Zajara*, observaron que unos árabes les seguían.

El moro, jamás vuelve la cara cuando camina y es una de sus muchas supersticiones creer que el hombre va acompañado de un *genio,* del mal si se vuelve á mirarle. Convenía á su papel en aquel momento hacer creer que eran moros y se detuvieron aparentando encender un cigarro para dejarlos adelantarse. Los árabes pasaron por su lado diciéndoles *saljer* (buenas noches) y nada hacía sospechar de sus aviesas intenciones.

Debo decir aquí cuatro palabras acerca de los árabes, que es otra raza importante y la más numerosa de las que componen los dominios de S. M. Scherifiana.

Los árabes actuales *Ulab el Arab,* descendientes de Ismael, no han cambiado nada en sus costumbres. En el inmenso desierto, desde el mar Rojo hasta el Eúfrates y del Yemen hasta la Siria, errantes y nómadas vagan desde los primeros tiempos de la historia. Para el árabe, la libertad es la suprema felicidad en la tierra. Cada tribu es un mundo para sí. Los árabes son, como sus antepasados, un pue-

blo aristocrático por excelencia. Para el árabe el que traspasa el umbral de su casa goza de inmunidad, aunque sea su enemigo. Las enemistades permanentes de estas tribus les obligan á hacer una vida guerrera y á veces heroica.



Los árabes tienen la cara tostada y hermosa, acerados músculos, pocas carnes, la cabeza asida al tronco por flexibles articulaciones; recios de miembros, ágiles y fuertes, ademán expresivo, mirada penetrante y conversación animada.

Los árabes sobre los que recaen todas las vejaciones y tributos, odian á los moros de las ciudades. Cuando un *Bachá* quiere ponerse en relación con una Kabila, envía un *mejasnía* ó soldado alojado al aduar, y cuenta Murga que para que el huésped pueda quedar complacido de sus patrones deben presentarle las gallinas que se le van á ofrecer en holocausto. Se quita los acicates, se los atá á las patas de las gallinas

y las que tienen fuerza y pueden arrastrarlos son las buenas y las que debe comer; las otras se las llevan también, porque son indignas de presentársele á un soldado.

Sus necesidades son muy limitadas. La casa del árabe se compone de una pieza de lona sujeta con estacas; sus compañeros son la espingarda, el caballo y la mujer. Sus hijos se crían entre el caballo y la camella, la que da la leche para alimentar la familia. El árabe odia al moro, al que cree afeminado y le desprecia: en cambio el moro, prevaliéndose de su posición, castiga al árabe cuando se presenta la menor ocasión.

Ya fuera por odio de raza, ya por robarles, aquella noche, nacieron Guillermo y el renegado. Según iban acercándose á la huerta, oyeron el especialísimo silbido de dos balas, sintiendo al mismo tiempo dos secas detonaciones de espingarda, distinguiendo claramente el sitio de donde habían visto salir los fogonazos.

— ¿Qué es esto? — preguntó Guillermo con la natural sorpresa cuando oyó los tiros: — ¡estamos vendidos!

— No sé qué pueda ser esto — contestó Barbastro. — De allí, señalando un pequeño matorral formado por pitas, he visto salir dos fogonazos, y he oído silbar las balas, estrellándose en la pared de la huerta.

— Esos deben ser los árabes que hemos encontrado en el camino, que nos han supuesto moros, y aquí se creen con completa impunidad para asesinarnos.

Esto diciendo, otras tres balas pasaron rozando sus cuerpos.

— Echémonos en el suelo, para no presentar blanco — dijo Guillermo.

— No, señor, vámonos corriendo agachados á refugiarnos detrás de la casa, y en tanto nos abrirán la puerta.

Los árabes cargaban tan rápidamente las armas, que mientras se retiraban para ampararse detrás de la casa, les volvieron á hacer fuego.

— ¿Vamos á contestar con los revolvers,

— dijo Guillermo, — para que vean que no estamos desprevenidos?

—Nunca, jamás,—contestó el renegado; —porque no tenemos más que seis tiros, y si gastamos alguno inútilmente, se nos echan encima y yo no tengo más que la navaja; eso sí que si me dejan acercar vivo, juro por Dios que les degüello y les coloco con la cara á la Meca, con todas las reglas del Corán.

Zajara, que oyó los tiros y conoció la voz de Guillermo, bajó atropelladamente en su busca, dirigiéndose al lado izquierdo de la casa, donde creía encontrarle. En el momento de dar vuelta á la fachada, los árabes, buenos tiradores, hicieron sobre ella una nueva descarga.

— Guillermo, Guillermo..... ¿Dónde estás? — gritó Zajara.

El renegado y Guillermo, que estaban del lado opuesto de la casa, conocieron su voz, corrieron en su busca, y encontrándose en la puerta los tres, cobijáronse en la huerta, donde al resplandor de una luz vieron una

mancha de sangre en el *caftán* de Zajara, herida por aquellos malvados. Reconocida la lesión resultó ser por fortuna insignificante. El renegado la curó en el acto, haciendo uso de su cartera de cirujano, á cuya profesión se dedicaba, como todos los de su clase.

Aquel acto de arrojo y de amor realizado por Zajara, el bautismo de sangre en defensa de Guillermo, acabó de sacarle de tino, convenciéndose de la urgente necesidad de abandonar los dos aquel país en que visiblemente no podían continuar. Hasta despuntar el alba estuvieron en aquella casa, no encontrando ya á la luz del día huellas de los osados árabes.

Antes de acostarse entró Guillermo á darle cuenta á Luis de aquel inesperado suceso, para que éste diera las quejas é hiciera las reclamaciones debidas al Ministro de Negocios extranjeros del Sultán.

—Mucho más asegurada está la vida y la hacienda de los cristianos aquí que en

Europa;—dijo Luis admirándose del atentado—me llama la atención el caso, y sólo me lo explico por el odio que los árabes tienen á los moros. He aquí el inconveniente de vestirse con tanta propiedad, como tú lo haces. Mañana iré á la Legación, y pediré que pasen una enérgica Nota al Gobierno, para que proceda á la prisión y castigo de esos cobardes asesinos.

Aquel mismo día, atendiendo á la reclamación del Representante de España, el Ministro de Negocios extranjeros, llamó al Bachá, Gobernador de Tánger, viejo simpático, y delante de Luis dió órdenes terminantes, con un tono y acento, más que suave, melífluo, para que los soldados fueran á un aduar, donde sospechaba pudieran albergarse aquellos criminales, los trajesen á Tánger para ser identificadas sus personas, y si no se les encontraba, que otros cuatro árabes de aquel mismo aduar fuesen ahorcados como escarmiento y ejemplaridad para lo sucesivo. El procedimiento era expeditivo y digno de imitarse.

Por este sistema, la administración de justicia nos sobraría en España, y saldría por una friolera el presupuesto enorme que hoy consume.

Luis se opuso á que se castigase á otros que no fueran los culpables; pero el Bachá le pidió como transacción, que le permitieran siquiera dar cien palos á los primeros con quien tropezase, que es una cantidad dosimétrica que, según él, les vendría muy bien para que no se olvidaran del mando de las autoridades.



Los castigos en Marruecos se fundan en la pena del Talión y tienen su escala gradual, desde la prisión por la mera voluntad de cualquier autoridad, amputación de los pies y las manos, arrancar los ojos, azotes, prisión perpetua ó temporal, hasta la pena de muerte.

Esta se aplica á los asesinos. La amputación de la mano derecha y pie izquierdo

ó viceversa, eso sí (á voluntad del sentenciado), se impone á los reincidentes, y si volviesen á cometer el mismo delito se repite con los otros dos (no tengo noticia de que se haya dado este caso). La de azotes



se prodiga mucho y se aplica por cualquiera ligera querella, injuria ó estafa. Las cabezas amputadas de los sentenciados á muerte se colocan á la expectación pública durante algunos días en las puertas de la ciudad.

Los sentimientos humanitarios de Gui-

llermo y Luis se oponían á que se practicase tal vez con inocentes tan bárbaros castigos, y tan pronto como Luis llegó con la noticia de la orden comunicada al Bachá fueron los dos á la Alcazaba para oponerse á que se llevase á cabo semejante acto. Afortunadamente no aparecieron los culpables por aquellos días y así pudo evitarse el espectáculo que iba á ofrecerse.



Llegada de un Lord inglés con sus hijas. — Tánger. — Diversiones públicas de los moros. — Sus bodas. — Comida á bordo de un Yacth. — Un amante misterioso.

YA iba cayendo en la monotonía acostumbrada la vida en Tánger, cuando vino á romperla la llegada de Mr. Percival, uno de los más aristocráticos y linajudos Lores de Inglaterra, antiguo amigo de Guillermo. Este Lord, por todos conceptos respetable, cuya renta constituiría el presupuesto de gastos de alguna nación de segundo orden, llevaba consigo sus dos hijas que eran un dechado de belleza y un modelo de educación; Cristina é Isabel eran sus nombres. La una como la otra eran altas y flexibles como las palmeras, fuertes y robustas como las inglesas.

Cristina tenía cabellos de oro, ojos azules y dientes como perlas.

Isabel ligeramente morena, con ojos negros expresivos y animados, unas veces; melancólicos é insinuantes otras; no cedía á su hermana en hermosura é interés. A la belleza del cuerpo reunían las condiciones de agradable carácter y de vasta instrucción, que las hacía más estimables á medida que más las trataba.

Para las Ladyes, que no viajaban por ser vistas como las francesas, sino por ver, el viaje era una escuela de costumbres del que sacaban todo el provecho posible; así es que desde su desembarco empezaron á comprender que la homogeneidad de las costumbres de Europa, desde la populosa Londres hasta la poética Venecia, no tenían la variedad que esperaban con razón encontrar en las costumbres marroquíes; en el contraste de dos civilizaciones tan opuestas.

Si la compañía de las inglesas fué agradable para todos nosotros, resultó aún más beneficiosa para Guillermo, obligándole á

salir del ostracismo voluntario que se había impuesto.

Desde el momento en que las inglesas pusieron pie en tierra, todo fué para ellas objeto de curiosidad, como sucede á todo extranjero en Marruecos, aún cuando lleve preparado su ánimo con las descripciones del país hechas por Bonelli, Amicis, Urrestazu y tantos otros como de esto se han ocupado.

Tánger está, como todas las poblaciones morunas, construída en anfiteatro, conservando pocos vestigios de la dominación romana y menos aun de la de los portugueses é ingleses que después la conquistaron y abandonaron. Tres puertas dan entrada á la ciudad rodeada por antigua fortificación, ruinosa por muchos sitios. En el baluarte que da frente al mar existe hoy una batería de cañones, vendidos por Inglaterra, que son superiores á los de muchas Naciones europeas, incluso España. La arquitectura árabe en construcciones urbanas es más que sencilla pobre y ajus-

tada á un mismo patrón; las casas son pequeñas é insignificantes, de un solo piso y con patio á la andaluza, sin que entre ellos, con ligeras excepciones, se encuentre ninguno que pueda competir con los de nuestras casas de Córdoba ó Sevilla.

El enjambre de moros envueltos en sus blancas chilavas, marchando con aire majestuoso; los riffeños con sus caras tostadas, su rapada cabeza y un mechón de pelo generalmente rubio; las berberiscas del campo con sombreros de paja de descomunales alas; los negros, árabes, judíos, con sus hopalandas negras y un pañuelo á la cabeza en la forma en que le usan las mujeres de España en el campo, forman un abigarrado conjunto que tiene marcadísimo sello de originalidad.

En la calle principal encuéntrase reconcentrada toda la vida de Tánger. Al lado de la Legación de España hay una plaza rectangular, llamada *Zoco de abajo*, donde se expenden los artículos de primera necesi-

dad; y en toda la calle se hallan tenduchos de moros, donde venden objetos del país; bandejas de cobre, telas bordadas, armas, etc. Los bazares de alguna importancia son el de Vidal (español), y el del moro Abarody, los cuales sirven de centro de reunión de todos los extranjeros allí residentes. A la conclusión de la calle, está el *Zoco* de arriba en la vertiente de una colina, en el que tienen lugar dos veces á la semana los mercados, y todos los días los de carne, para el consumo de moros y hebreos.



En el *Zoco*, los días de mercado, todo es vida y animación, extremada riqueza de colorido, que trasladó al lienzo Fortuny con

arte mágica. Luz espléndida inunda aquel bello panorama; aquel encantador paisaje satura el ambiente de alegría. Las jóvenes inglesas, admiradas, querían verlo todo, hasta el menor detalle. Lo primero que excitó su curiosidad, al entrar en la planicie fué un moro (del *Sus)* accionando como un consumado actor, rodeado por una infinidad de gente del pueblo, que lo escuchaba con religiosa atención. Algunas veces decía con mucha expresión trozos de poesía narrativa, otras contaba hechos fabulosos y heroicos de personajes históricos ó fantásticos, que un judío que estaba á nuestro lado se encargaba de traducirnos. En otro corro lucían su destreza los árabes, arrojando al aire sus espingardas, que recogían antes de tocar en el suelo, haciendo con ellas molinete como si fueran de pluma. Ejercicios



de fuerza y agilidad ejecutaban algunos riffeños. La música característica marroquí, los tamboriles, las dulzainas ó clarinetes, se dejaban oir por mil partes á un tiempo. El continuo tiroteo, el relincho de los caballos, el balido de las ovejas, el ruido especial que hacen los camellos para comer, el continuo gritar de los moros que iban y venían pregonando los objetos que vendían en subasta y el precio que por ellos daban los compradores, formaban un conjunto ruidoso y animado, que hizo las delicias de las simpáticas Cristina é Isabel.



En el *Zoco* vieron el tan original como espeluznante espectáculo de las serpientes.

Los moros que pertenecen á los *aisaguas,* secta fundada por Sidi Ben Isa, creen ser

los únicos que tienen el privilegio de no intoxicarse con el veneno de las culebras *teffa*. Estos reptiles tienen cuatro ó cinco pies de largo. Los que las enseñan al público llevan un pandero que empiezan á golpear, y bailando y dando mil vueltas alrededor de la cesta en que están las culebras, éstas van perezosamente asomando la cabeza y el cuerpo, hasta que salen completamente fuera. Entonces el espectáculo es horrible. El *aisagua* las ataca, y ellas se defienden dando grandes saltos y procurando morderle, siguiéndole por todas partes donde va. Después de esto las cogen, se la ponen alrededor de la garganta y las hacen que le piquen en la lengua, hasta derramar abundante sangre, para demostrar que por pertenecer á esa cofradía están libres del veneno.

Tan repugnante es el espectáculo, que algunas personas no pueden verlo sin experimentar escalofríos y yo he presenciado el siguiente caso:

Un día que llegó un barco de guerra á

Tánger, su comandante, vino á hacerme la visita de cortesía, como Representante que era entonces de España. A él, como á los oficiales del barco, les invité á almorzar y á la terminación llegó el *aisagua* con sus culebras. Hizo todos sus ejercicios antes descritos. Yo observé que el capellán, que con sus compañeros había asistido al almuerzo, se ponía pálido por momentos, pregunté qué le sucedía y me confesó que era tal la repugnancia que le producía aquella diversión que, de continuar viéndola, acabaría por perder el sentido. Por si mis lectores creen que se trata de un hombre pusilánime ó un capellán de monjas, consignaré que el tal sacerdote, cumpliendo con su alto ministerio con valor acreditado, ha hecho la campaña del Pacífico, la de Joló y Cuba, y se ha encontrado en todos los hechos de armas en que nuestra marina de 30 años á esta fecha ha tomado parte, demostrando un corazón á toda prueba.

Después de recorrer la población por

segunda vez y dar un paseo por la playa, punto de reunión y esparcimiento por las tardes de europeos y moros, cuando bajábamos por la cuesta que conduce al muelle para tomar el bote que había de conducirnos al *yacth*, una fatal coincidencia nos denunció una secreta intriga amorosa de alguna de las jóvenes Ladyes del modo que se verá.

Un grupo de seis ú ocho viajeros, precedido por otros tantos moros cargados de equipajes, subía en dirección contraria á la nuestra.

Cuando nos encontrábamos á veintitantos pasos de aquellos viajeros uno de ellos se separó del grupo, volviéndose hacia el muelle apresuradamente.

— ¿Qué se le habrá perdido á ese viajero — preguntó uno de nuestros amigos, — que tan á escape va hacia el muelle?

— Se habrá dejado la cartera — ontestó otro.

— O cualquier otra cosa — repuso maliciosamente un tercero.

Cristina, que había observado antes que nosotros aquella brusca vuelta, palideció, coloreándose de repente sus mejillas de un rojo encendido.

Isabel, que debía estar en el secreto, la dirigió una expresiva mirada.

Todos supusimos que aquel acto que parecía tan sencillo tenía su parte oculta, y una vez apercibidos nadie se atrevió á pronunciar palabra, sin embargo de habernos excitado á todos la curiosidad, y más que la curiosidad, acaso la envidia hacia aquel afortunado mortal.

Nos embarcamos en el bote, procurando hablar de todo menos de aquel suceso, y á los cinco minutos nos encontrábamos en el *yacth.*

El yacth — merece describirse — se llamaba Mary Rose y había sido construído en el Clyde. Tenía cuarenta y tantos metros de largo, su casco era todo de acero, cubierto exteriormente de un ligero forro de madera para disminuir los efectos de las temperaturas extremas. Su construc-

ción era de sistema celular. La máquina de triple expansión y calderas inexplosibles; fuerza de 500 caballos, y velocidad de 14 millas.

Una pequeña máquina auxiliar ponía en movimiento el cabrestante para levar anclas, que podía concertarse fácilmente con la rueda del timón, cuando las señoritas querían manejarlo por sí mismas sirviendo á la vez para la luz eléctrica, que alimentaba ordinariamente las de los camarotes, comedor y alojamientos de proa.

El interior estaba dividido en tres secciones; dos departamentos estaban destinados á baño, todos con lámpara eléctrica, cuya corriente podía interrumpirse á voluntad. Sobre el baño y sobre cada uno de los lavabos se abrían grifos de agua dulce procedente de los aljibes y de agua caliente de las calderas de la máquina. El baño estaba dotado además de un tercer grifo en el costado, que permitía llenarlo de agua del mar y otro en el techo en forma de regadera para ducha.

El comedor, que era la pieza en que se hacía la vida de familia y desde el cual podía salirse á un pequeño balcón adornado con tiestos de flores naturales y jaulas con canarios y pájaros raros del Brasil, rodeaba la popa y permitía á las señoritas dedicarse cómodamente, sin salir á cubierta, á los placeres de la pesca con anzuelo ó á la caza de gaviotas y otras aves acuáticas. Este departamento estaba provisto de piano de doble sistema con teclado y manubrio, mesas de tresillo, ajedrez y otros pasatiempos de los que no requieren gran espacio, ni equilibrio constante y una pequeña biblioteca de obras escogidas, de viajes, geografía, historia, astronomía y náutica. Desde el comedor partía una red de hilos telefónicos y tubos acústicos que permitían comunicar con todas las dependencias del buque.

Tenía además un pequeño taller fotográfico, dotado con máquina instantánea, con la cual iban formando interesante colección de vistas de edificios, buques y otras

curiosidades, que recordaban constantemente sus pasadas expediciones.

Los alojamientos estaban rodeados de tubería invisible, oculta por las molduras de maderas finas que adornaban los techos y mamparos, y por la cual se hacían circular en invierno corrientes de vapor ó de agua caliente de la máquina, y en verano se comunicaba con grandes mangueras de cobre abiertas al exterior en dirección al viento reinante, que hacían funciones de ventiladores mecánicos, y mantenían constantemente una temperatura agradable.

Colgados en pescantes por ganchos automáticos, para arriarlos en la mar, llevaba cuatro botes, uno de ellos de acero, con máquina de vapor, que podía reemplazarse por máquina eléctrica, aunque de ésta sólo se servían para expediciones de recreo ó en los ríos navegables. El segundo era un salvavidas; el tercero, un bote ordinario de vela y remos, y el cuarto, una ligera canoa de tingladillo y remos cor-

tos, para cuando las señoritas querían ejercitarse en la boga.

Luego que concluímos de visitar el Yath, notable por todos conceptos, un criado nos anunció: *The dinner is served;* ó sea: la comida está servida.

Guillermo y yo dimos el brazo á Cristina é Isabel, y nos dirigimos al comedor. La cámara del barco destinada á este uso era primorosa. Las paredes estaban cubiertas de tapices de Bayeux auténticos, haciéndoles el marco maderas de roble talladas. Un aparador de la misma madera, que ocupaba todo el mamparo del frente de la puerta de entrada, contenía el servicio de mesa, la cristalería veneciana, la vajilla de oro y plata, sujeta por cadenitas de este metal para evitar la caída en algún balance del barco. Sobre el blanco mantel, veíase un pequeño paño *cuadrado* color grana, y en el centro de la mesa, había un artístico centro de cristal y plata, dentro del que plantas de Muguet des Bois y flores, colocadas con sin igual coquetería, exha-

laban delicioso aroma. Los menores perfiles revelaban la elegancia del *gentleman* moderno. El menú era elegante: un monograma con una corona de Conde encabezaba la corta lista de manjares, dignos de la mesa de un Príncipe. Como hasta en los actos más sencillos de la vida los ingleses quieren conservar su autonomía, respondiendo á un sentimiento patriótico, el *menú* estaba escrito en inglés y traducido á ese idioma, el tecnicismo universal, con que conocemos la cocina francesa en todo el mundo.

El sibaritismo más refinado no hubiera ideado amalgama más deliciosa que la de los placeres de la mesa mezclados con la plácida comunicación con las discretas é instruídas Ladyes que con la misma ilustración hablaban de literatura, historia ó artes que de geografía ó Sport.

—¿Quieren ustedes que vayamos sobre cubierta para tomar el café?— nos preguntó el anfitrión.

—Con mucho gusto—respondimos todos, é inmediatamente allí nos trasladamos.

El espectáculo que se nos ofreció desde la cubierta del barco, es indescriptible. Cinco focos de luz eléctrica del *Yacth* de repente iluminaron la mar. El astro refulgente de la noche, compitiendo con la luz creada por la ciencia, el cielo de un purísimo azul, las variaciones de la luz, que las bengalas producían sobre las olas, las brillantes chispas de colores de los cohetes, hendiendo el aire con estridente ruido, los barcos que en el horizonte se dibujaban con toda claridad, las blancas casas del pueblo con sus azoteas y los minaretes de las mezquitas, haciendo esa filigrana de arquitectura árabe, presentaban á nuestros ojos la más bella perspectiva que puede imaginarse.

Isabel, que era tan notable por su belleza como por su inteligencia, y que lo mismo manejaba el lápiz ó el pincel, bogaba en la mar, guiaba un *four in hand* ó tocaba el piano, ejecutó con la agilidad y pulsación de Rubinstein, su maestro, unas obras descriptivas de San Saens, que nos arrebataron de entusiasmo.

Cristina, alegre de carácter, amante de la música ligera, tocó después walses de Straus, Wantteuffel, con la maestría de una alemana. ¡Qué bien decía Balzac, que la música es una lengua mil veces más armoniosa que la de las palabras, y que es el solo arte que habla al pensamiento sin el auxilio de éstas, ni de la forma ni de los colores!

Con verdadero pesar á las doce abandonamos aquella flotante mansión en que tan deleitosamente habíamos pasado cinco horas, que siempre recordaremos con placer.

La lancha de vapor del *Yacth* nos condujo al muelle, alumbrando nuestro camino el foco de las luces eléctricas de á bordo.



El juego de la pólvora.

La amabilidad de Lord Percival y sus hijas nos obligaban á devolverles sus atenciones, y al siguiente día les enviábamos nuestros caballos, para que vinieran á la playa, donde teníamos preparado en su honor la fantasía ó juego de la pólvora.

Eran las seis de una tarde de Junio, espléndida de luz y deliciosa por la temperatura, cuando empezaron á reunirse los moros más principales en la playa de Tánger, para la fantasía ó juego de la pólvora. Su elegante traje, los blancos jaiques y albornoces despedidos por el aire, los turbantes blancos y rojos, los caftanes de pa-

ño de vivos colores, las botas de cuero amarillo, les daban una elegancia varonil que ridiculizaba más nuestras ajustadas ropas europeas.



Veinticuatro jinetes en caballos del Átlas, en aterciopeladas sillas carmesí, menos la del Jefe, que era verde, por el privilegio que disfrutaba por pertenecer á la familia del Sultán, se reunieron en pocos momentos.

El hijo del Baschá, joven de treinta años, de estatura colosal, membrudo y ágil, de morena tez y fina barba, capitaneaba las dos seciones de á doce en que se dividie-

ron los moros. Cargadas las espingardas, á una voz del Jefe, partieron á la carrera con toda la velocidad de los caballos. El relampaguear de las armas con el reflejo



del sol, el vocerío salvaje, los rugidos más bien de aquella gente de tan hermosa como imponente cara, la gallardía, gentileza y noble apostura de todos, la agilidad de algunos, que haciendo gala de su soltura y ligereza, lo mismo se tendían sobre el cue-

llo del caballo que se ponían en pie sobre los estribos ó se bajaban hasta el suelo para recoger algún objeto, eran de un efecto sorprendente, sobre todo para los que veían por primera vez tan fantástico espectáculo. Cuando llegaron frente á nosotros dispararon á un tiempo las espingardas, parando los caballos en firme y volviéndose otra vez al paso al punto de salida.

Tan pronto como llegaron los primeros, la segunda sección salió corriendo al modo que lo hicieron los que les habían precedido, repitiendo en igual forma tan guerrero y varonil ejercicio. Esta segunda sección la mandaba un árabe de leyenda, fino, pálido, con una boca y unas manos que parecían de una señorita, la barba negra y sedosa.

Varias veces, á petición de las Ladyes, dieron estas cargas simuladas, que al cabo de cinco ó seis, entre el denso humo de la pólvora, el polvillo de la arena, los ensangrentados ijares de los caballos ya

cubiertos de blanca espuma, semejaban una verdadera batalla.

En medio de aquel sublime espectáculo, mi alma sufría en secreto un tormento, pensando que bajo aquella verde alfombra matizada de rojas amapolas, sobre la que corrían los caballos agarenos, quizás á poca distancia de nosotros se encontrasen sepultados algunos héroes anónimos de nuestro valiente ejército, que dejaron allí la vida en defensa de nuestra honra nacional.

Los arreos de los caballos berberiscos difieren completamente de los de los españoles, por más que algunos crean encontrarlos muy semejantes. Las sillas morunas se forman con varios fieltros sueltos. Los bastos de las nuestras van cosidos y unidos á la caja de la montura.

El bocado español es largo de camas y desveno bajo. El moruno es corto de piernas y desveno altísimo, haciendo de barbada un aro de hierro.

El español ajusta las cinchas.

El moro las coloca flojas.

El español usa estribos ligeros.

El moro pesados, y colocadas las aciones detrás de las cinchas.

El español pone pretal y baticola.

El moro no pone jamás baticola.

El español lleva las espuelas altas.

El moro arrastra los acicates.

El español monta por la izquierda.

El moro por la derecha.

El español pone solamente la herradura de boca de cántaro á los caballos que tienen *cuartos;* el moro se la pone á todos. Y muchas más que omito, por no cansar á los lectores.

Fuera de estas pequeñas diferencias en que se verifica aquello de que, media vuelta á la izquierda es enteramente lo mismo que, media vuelta á la derecha; sólo que es enteramente lo contrario, en otras cosas no dudo que tenemos mucha semejanza con los moros con quien hemos estado en convivencia muchos siglos.

Como Cristina é Isabel no hablaban español, Luis en su nombre dió las gracias

á aquellos moros, y por la noche Mr. Percival les hizo un regalo á cada uno de objetos del país.

Mientras los moros ejecutaron la fantasía, observamos que un extranjero de buen porte paseaba á alguna distancia sin perdernos de vista.

Casual ó intencionalmente Cristina volvió diferentes veces la cabeza hacia aquel caballero.

— Hay moros en la costa — dijo Luis en voz baja á Guillermo.

— Sospecho — contestó éste — que los moros de levita son más temibles que estos infelices que con sus aullidos salvajes nos están divirtiendo, aludiendo á los que corrían la pólvora.

— ¿Recuerdas bien si ese forastero es el de ayer?

— Debe ser seguramente, y entonces este es plan convenido entre los dos.

— Vamos á fijarnos bien — dijo Guillermo.

— Observemos — contestó Luis.

Cristina continuaba mirando hacia el desconocido con cierto disimulado interés.

— Esto es hecho — dijo Luis, — ese es el novio. Voy antes de separarnos á decirla algo sobre el particular.

—Cállate, Luis, no es ese el modo de averiguarlo, y puedes molestarla; ella nos lo dirá si quiere.

Terminada aquella fiesta tan divertida al anochecer preguntó Luis á las señoras:

— ¿Quieren ustedes que vayamos á un café moro para acabar el día?

— Hasta la mezquita — contestaron las Ladyes — si ustedes nos llevan. — Tan contentas estaban entre nosotros.

— Eso no es ccsa fácil para los cristianos, y á propósito — dijo un amigo — contaré á ustedes el famoso cuento del relojero genovés, muy conocido en Tánger.

— ¿El cuento ó el relojero? — dijo uno de los amigos algo guasón.

— Los dos — repuso el aludido.

En una ocasión se descompuso el reloj de la mezquita, y como ningun moro sabía

arreglarlo entraron en discusión los *Talebs*, sobre si podría entrar ó no un cristiano á hacer las reparaciones necesarias, so pena de que el reloj no rigiera.

Algunos opinaron que el infiel podría entrar descalzándose; pero éste no quiso pasar por tal humillación, y al verle tan decidido determinaron que podía entrar, puesto que los burros cargados de material habían entrado también cuando se construyó el edificio, sin que por eso se les hubieran arrancado los cascos, con tal que luego se purificase el templo blanqueando los sitios por donde hubiera pisado.

Mucha gracia hizo á las inglesas el cuento famoso del relojero, y se convencieron de que era inútil toda pretensión de ver las mezquitas por dentro.

Dirigímonos entonces al café acompañados de los moros que habían corrido la pólvora. Los cafés *Kahenadehis* son tan sencillos que por no tener nada, ni aun mesas tienen. No hay en ellos más que unas esteras y un banco cubierto con alguna alfom-

bra vieja. En un rincón hay una hornilla y los útiles para el servicio, tazas, cafeteras y un cubo de agua en que lavan (alguna rara vez) las tazas que han servido. El café en polvo lo echan en agua hirviendo en el momento de servirlo, y resulta una especie de barro bastante desagradable. En estos establecimientos se reunen los moros, y sentados en el suelo con las piernas cruzadas, la taza de café delante y la pipa *sepsi* en la boca fumando el *Kuif* ó *tabaco* muy malo, se pasan dormitando ó charlando un par de horas. El *Kuif* es una hoja del cáñamo que produce el aletargamiento y es tan letal como la cicuta.

No fué muy del agrado de las señoras esta diversión; pero aún nos quedaba otra que había de producirles más entretenimiento, que era la boda de una joven, hija de un moro rico, que debían ver al siguiente día.



La boda de una mora.

Si entre los pueblos cristianos una boda es un acontecimiento que se solemniza, entre los musulmanes todavía se celebra con más pompa, habiéndose hecho popular en Marruecos el refrán que dice «que los cristianos en pleitos, los moros en bodas, y los judíos en pascuas gastan su fortuna», y tan exacto es este proverbio, que D. Diego de Torres consignaba en sus escritos, como la comparación que el Sr. Ovilo hace, cuando dice en su libro *La mujer marroquí* «que más parecen estas fiestas dedicadas á la Locura que al dulce y pacífico Himeneo.»

Hasta los diez ú once años las hijas no

tienen importancia alguna en la familia musulmana, y son consideradas como niñas. A esta edad empiezan á ocultarlas á las miradas de los hombres y se piensa en casarlas. Los pretendientes á su mano conciertan con los padres el enlace mediante una dote que consiste en dinero, alhajas ó ganados, que sirven de garantía para la subsistencia de la mujer en caso de divorcio.

El hombre no llega á los veinticinco años sin haber realizado este tan importante acto en la vida de los cristianos como insignificante entre los moros, que pasan con sin igual facilidad de casados á solteros, siendo en nuestra sociedad civil imposible este cambio, que sólo en una genialidad se permitió un guasón escribir en el Censo municipal: *Estado* casado; *Oficio* soltero.

Las moras no deben dejarse ver, pero, como todas las mujeres, tienen su coquetería; cuando son guapas procuran al descuido, al ir al baño ó á los cementerios, descubrirse un poquito la cara para que

las vea el novio y de este modo pueda juzgar si es ó no exacta la pintura que de ella le ha hecho su madre; porque de seguro, allí como aquí, pasará aquello de «¿quién alaba á la novia?»

Las fiestas que se celebran durante las bodas son muy originales.

El primer día, que denominan *Jamam*, visten á la novia de blanco, color simbólico de la pureza, llevándola al baño, donde la lavan y quitan el bello de su cuerpo, en cumplimiento de un precepto religioso.

El segundo día *Jochba* una negra pasea por la casa sobre sus espaldas á la novia, tiñéndola las uñas de los pies y las manos con *alheña*. Acompáñanla sus amigas en este paseo, festejándola con gritos de alegría hasta el día siguiente, que es el tercero, llamado, según creo, *Hoji*.

Uno de los más solemnes es el cuarto: concurren á casa de la joven amigos y conocidos, vuelve la negra *negafa* á dar su paseo llevando á la espalda su preciosa carga llena de alhajas, cubierta con am-

plio jaique que la oculta á la concurrencia. En el suelo, en la habitación principal, colocan una bandeja, donde se acostumbra depositar algún metálico que á veces asciende á una respetable suma.



El quinto, que es el último, toma el nombre de *ambaria,* por la especie de cajón de madera adornado de cintas, en que conducen á la novia á casa de su prometido.

Este es el primer día del matrimonio.

Los amigos del novio van á buscarle á su casa, con dulzainas y tamboriles haciendo innumerables disparos de espingarda. Organízase en casa de éste la comitiva que ha de ir á buscar á la prometida, llevando hachas encendidas. El novio se cubre con una capa larga *sulham,* cabalgando sobre el mejor caballo que haya podido procurarse, y lleva á su derecha una mula, sobre la que va la *ambaria* que ha de ocupar la esposa al ir á la casa de su marido.

Llegados á la mansión conyugal, se coloca el marido á la puerta del cuarto donde está el lecho, y espera á la mujer, que es conducida por la negra. Bájase de la *ambaria*, y al traspasar el umbral delante de *su señor*, alza éste el brazo, bajo el cual tiene que pasar, inclinando la cabeza en señal de sumisión.

Las fiestas, que duran siete días más, se reducen á recibir visitas de los parientes y amigas, ostentando éstas cuantas joyas poseen.

La novia recibe en el lecho las visitas, y al final del séptimo día un niño de la familia vuelve á ceñirla la faja de que se despojó el día de las nupcias.

Desde este momento, la mujer abandona el lecho y empieza la vida normal de la familia.

Así se celebran las fiestas de los casamientos en Marruecos.

Cuando son ricos los contrayentes, ó pertenecen á la alta clase de la sociedad, duran las diversiones un mes, en cuyos

últimos días echan la casa por la ventana, dando de comer á amigos y conocidos, permitiendo la entrada en la casa á todo el que se presenta, pero siempre con la precisa separación de sexos.

El Corán, que autoriza el divorcio y consiente que los hombres puedan casarse con tres mujeres, no deja á éstas, sin embargo, sin protección, aun cuando las declare inferiores al hombre, obligándolas al respeto y ciega obediencia á su marido.

El divorcio puede pedirse por la mujer cuando el marido olvida los deberes del matrimonio.

Cuando sin motivo la maltrata de palabra ú obra, delante de testigos.

Cuando no atiende á las necesidades de su casa, y por fin, cuando no teniendo noticias del marido después de algún viaje, haya pasado dos años de viudez sin contar con medios de subsistencia.

No me parece oportuno citar otros versículos del Corán á propósito de los divorcios, por no excitar la envidia de algunos

maridos cristianos, que por tres *onzas* marroquíes (sobre dos reales) y un gallo, que es la fórmula legal entre los moros, podrían deshacerse de su cara mitad.

Luego que terminó la fiesta de la boda, que dió mucho margen para bromas y agudezas de nuestras amigas las inglesas, nos separamos para reunirnos al día siguiente y comenzar una correría, que no fué escasa en aventuras dignas de ser referidas.



Viaje á Tetuán.

 las ocho de la mañana del siguiente día, con exactitud cronométrica, desembarcaban las simpáticas Cristina é Isabel vestidas de amazonas y con sombreros hongos de anchísimas alas, de lo más flamenco posible que habían comprado en Málaga, y que sólo su belleza hubiera podido resistir. Tan caprichosa y extravagante idea fué celebrada por los españoles, más que por razones de estética, por consideraciones patrióticas. Preparados los caballos de Guillermo, aunque él se excusó de ir pretextando estar enfermo aquel día, los de Luis, los del que esta crónica escribe y los del país que se alquilaron para

la expedición, montamos á caballo momentos despues, poniéndonos en marcha en dirección al *Fondack.*

Mr. Percival, en quien residía la vida en el estómago, como generalmente acontece á todos sus compatriotas, nos pidió el día antes autorización para llevar vino de sus bodegas, que estaba embarcado hacía cinco años, y que sin este requisito que tanto realzaba su mérito era excelente. Luis se le otorgó sin dificultad (le había herido la fibra sensible). Cinco cajas de botellas de Burdeos, Borgoña y Rhin, se acomodaron en los serones que llevaban los burrillos, reconocidos previa y escrupulosamente por Luis como si se hubiese tratado de elegir un semental de pura sangre, pues se quería asegurar de que no se caerían en el camino y se romperían las botellas.



—¿Es usted de la sociedad protectora de

los animales ó comisario de carreras? — preguntó con cierta ironía Mr. Percival, cuando le vió reconocer los animalillos con tanta minuciosidad.

— No, señor, soy de la vinícola; — contestó Luis con la misma burlona sonrisa.

Isabel y Cristina á caballo eran verdaderamente dos tipos ideales. A sus figuras de correctas líneas reunían el aplomo, la seguridad, la gracia y la elegancia. Acos-



tumbradas á montar en su país esos caballos medio domados, que conservan todas las *resistencias* en el cuello y en la grupa, y que sólo se manejan á tirones, se maravillaron de la sensibilidad y finura con que los de Guillermo respondían á las más insignificantes *ayudas*, siendo lo notable que

estos caballos eran también *hunter,* es decir, caballos de caza, de mucho hueso y fuerte musculatura. El cadencioso galope á la mano que se les pedía, las cambiadas, hechas con precisión automática, los manejos más difíciles de picadero, los hacían como una máquina perfecta, puesta al servicio y agrado de su jinete.



Cinco horas y media empleamos en llegar al Fondack, que hubieran sido de fatiga para cualquier morbal, porque el sol aquel día de Junio calentaba más de lo tue acostumbra en esa estación.

Los Fondacks son en Marruecos lo que los antiguos paradores eran en España. Compónense de un patio muy grande cercado, cuya entrada se cierra por dos barrotes para que las caballerías no se salgan, porque allí andan sueltas ó mal trabadas, y

sujetas á una cuerda que corre por el suelo, y se unen las puntas á dos estacas. Alrededor del patio hay cuartos destinados á los moros viajeros. A la entrada de todos ellos hay dos nichos en la pared, uno enfrente de otro: uno sirve para el moro guarda, y el otro sirve de punto de reunión á modo de café.

El Fondack de Tetuán es relativamente limpio; pero así y todo Luis tuvo la buena idea de enviar unas tiendas de campaña, y en ellas pudimos pasar algunas aunque pocas horas de descanso; porque las Ladyes, para las que era lo mismo hacer sesenta kilometros á caballo que dar un paseo por la Castellana, dispusieron que después del almuerzo continuáramos en los caballos del país, que en previsión de este caso habíamos enviado la víspera. Aun cuando muy malos, unos ratos trotando y otros corriendo, en otras cinco horas llegamos á Tetuán, alojándonos en casa de un judío á quien íbamos recomendados por un Cónsul de España, famoso por mu-

chas cosas, y entre otras por su amabilidad y deseo de complacer á todos sus amigos.

¡Qué fatigadas llegarían esas señoras á Tetuán! se les ocurrirá á todos los que tengan la paciencia de seguir leyendo esta mal pergeñada relación. Pues nada de eso: así que dejamos los caballos fuimos á dar un paseo por la población, que es fea, estrecha, poco aseada, pero llena de tiendas atestadas de géneros indígenas. La casualidad nos hizo tropezar con la casa en que precisamente vivía un moro muy rico, y persona allí de viso, á quien debíamos visitar. No titubeamos mucho sobre si debíamos ó no presentarnos. Tocamos en la puerta, abrieron y se presentó Ab-de-rhamán Bisa ó Brichia, no recuerdo bien su apellido, á recibirnos. Franco, hospita-



lario, bondadoso en apariencia, nos hizo entrar y después de corta visita nos enseñó la casa, que, como todas, era exteriormente fea. El moro es egoísta y guarda para su regalo exclusivo las comodidades y el lujo, y no quiere ni aún agradar á su costa la vista de los demás, según dice el ilustrado coronel y publicista Pepe Navarrete.



La casa se componía de las piezas siguientes: El *bal-el-barrani*, ó puerta de la calle, que daba acceso á un pasillo *bain el biban*, en el cual había otra puerta interior. El *bad-ed-dajeli* ó pasillo que se comunicaba con el patio *rest-ed-dar*. Las habitaciones estaban alrededor del patio, del que recibía la luz. La sala de recibo, el *bit-el-quebir*, la tenía puesta con cierto lujo, abundando en ella sillas y butacas europeas que desdecían algo del resto de los

muebles morunos; paños de colores en las paredes y arañas de madera, pintados los aros que la formaban de vivos colores, completaban el ornato de la habitación. El pavimento y las columnas estaban revestidas de azulejos. Cuatro habitaciones pequeñas había alrededor de ésta, y en una de ellas sirvieron el té *atzai* con la hierbabuena y una bolita de ámbar. En otra pieza estaba la alcoba con magnífica cama europea, muy alta, y otra colchoneta donde debía acostarse la mujer, que no vimos, del moro. El comedor *bastal*, ó recibimiento indistintamente, tenía aparadores como los europeos. Según dijo Ab-de-rhamán había comprado aquellos muebles en uno de sus viajes á Gibraltar; Ab-de-rhamán era hombre que había viajado algo por España, y conocía muy bien Madrid y Andalucía. Después de la planta baja, la más importante de la casa, nos enseñaron otras piezas secundarias, el baño *liaman* y la escalera para la azotea, de que no carece ninguna casa. Luis, que conocía bien

á la morisma, ofreció un regalo á Brisa, y éste se desvivió por estar amable con los ingleses.

— Sidi Ab-de-rhamán, — díjole Luis — estos señores desearían probar el famoso cuzcuz; y como yo sé lo amables que sois los moros, espero que tú les procurarás ese gusto.

— Ya lo creo, con *plaser grande* — contestó bondadosamente Brichia: — mañana mismo venir por la tarde.

— Todos le dimos las gracias, conviniendo en estar á las dos en su casa.

— ¿A las dos? Os espero—dijo Brichia.

— Pues á esa hora estaremos; y como ya es tarde te dejamos.

— ¡ Adiós!

— ¡Alah sea con vosotros!

Despedímonos, dirigiéndonos hacia nuestro alojamiento.

— Se nos presenta un buen porvenir para mañana, Miss Isabel, — dijo Mr. Alfred, que era uno de los que fueron en la

expedición, el belga más alegre que ha salido de Bruselas.

— Eso espero, y aseguro á usted que en tanto viaje como hemos hecho no nos hemos divertido tanto como en el que comenzó el día de nuestro desembarco en Tánger. Son ustedes muy amables; y con acogidas como la que hemos tenido, el agrado resultaría siempre, aun careciendo del atractivo que el país por sí mismo ofrece.

— Me lisonjea mucho, como á todos los amigos, oir á ustedes que están contentas á nuestro lado, y en nombre de todos y en el mío las doy las gracias.



Una noche toledana y un personaje misterioso.

A la llegada á Tetuán, los expedicionarios fuimos alojándonos como pudimos en las diferentes casas de hebreos que nos recomendaron.



Luis y Mr. Alfred, por su buena suerte, fueron á parar á la misma casa que las inglesas, y cuando menos les cabía el consuelo de estar cobijados bajo el mismo techo.

A primera vista y aun á segunda no revelaban gran aseo aquellas modestas viviendas y, sobre todo, aquellas camas que nos prepararon; pero nos pasó lo que al del cuento, que estaba comiendo en una posada cuando llegó otro viajero, y no quedándole más que los huesos del pollo y un huevo, le dijo:

— ¿Usted gusta? Elija usted.

— Pero, hombre, ¿entre qué he de elegir si no hay más que un huevo?

— Pues entre comerle ó dejarle.

Bueno; pues como no había entre qué elegir, nos conformamos con nuestra desgracia, y provistos de ácido fénico, con que rociamos las ropas de la cama, nos resignamos á pasar una mala noche, dándosela peor á los insectos que nos quisieran acompañar.

Mr. Alfred, que se conoce que tenía el cutis más fino que Luis ó menos sueño, tuvo á las dos que abandonar el no mullido lecho, y salir á la ventana á contemplar la *belle etoile*.

Encontrábase asomado al ajimez de su

habitación, respirando un aire muy oxigenado, pero algo más fresco del que deseaba, cuando sintió pasos en la calle.

— ¿Será éste otro desgraciado de nuestros compañeros, víctima de los..... y los mosquitos? — se decía á sí mismo.

El cristiano que vagaba, al ver gente en la ventana, se detuvo. Alfred se retiró dentro. Al poco rato dejáronse oir nuevas pisadas.

— Alguien ronda esta casa; y ¡qué serenos tan finos gasta Tetuán!

— No puedo más, esto es imposible, me comen, — gritó desaforadamente Luis, tirándose de la cama y llamando en la puerta del cuarto de Mr. Alfred.

— ¿Está usted despierto?

— Sí, hombre, lo que ha de preguntar usted es si habrá alguien dormido en esta casa maldecida. Vístase y venga en seguida, que el mal humor que tenemos se nos va á quitar. No encienda usted la bujía para que no nos vean desde la calle.

— ¿Pero qué ocurre? — preguntó Luis,

entrando en el cuarto y acercándose á la ventana.

— Nada, nada; asómese usted con cuidado: en aquella esquina, á la derecha, está hace rato un individuo que debe ser el viajero que llegó anteayer, y que sospechamos ha de ser el novio de Cristina.

— Seguramente será él, porque aun cuando nuestros compañeros estarán como nosotros, abrasados por los bichos, no es probable que se hayan echado á la calle; y si así fuese, al pasar por aquí y vernos en este balconcillo de Pilatos nos hubieran reconocido.

— ¿Vamos á darle una guasa?

—Me parece algo expuesto, amigo Luis, porque ese hombre debe tener malas pulgas.

— Pues por gordas que sean, no lo serán tanto como las que dejo en mi cama. Así, pues, ánimo y salga lo que saliere: voy á cubrirme con una sábana como si fuera una mora, y vamos á ver si se acerca, y le damos el *timo* que llamaremos de la mora.

— Pues por mí no quedará; adelante — contestó el belga, — es posible que le tome á usted por Cristina y se acerque.

— Que me tome por quien quiera, manos á la obra y sábana á la cabeza. Dicho y hecho: así que el individuo vió un bulto en la ventana, fué acercándose haciendo el menor ruido posible. Al encontrarse con una mora, no se atrevió á dirigirla la palabra; mil y mil veces pasó mirando á la ventana; pero, ó sospechó lo que era la verdad y no cayó en el anzuelo, ó esperó que la mora diera el avance y no lo dió, lo cierto es que la diversión no pasó de estos preliminares, que, con otro menos corrido que el individuo, y con el carácter jaleador de Luis y el belga, que era también hombre de buen humor, hubiera sido motivo de gran diversión. De todos modos, el *caballero* estuvo hasta las cinco de la mañana haciendo sus estudios astronómicos.

Divididos en grupos los amigos expedicionarios, íbamos la mañana siguiente por diferentes sitios recorriendo la población,

y parándonos en cada una de las innumerables tiendecillas de armas, babuchas, bandejas de cobre, toallas y telas tejidas, cuando de repente apareció el extranjero en cuestión, que no era otro que el que sospechábamos y el mismo que jugaba al billar en el hotel la noche de la fiesta de la pólvora, cuando con él hicieron conocimiento dos de nuestros amigos.

El hombre, que era osado, en cuanto vió á dos de nuestos compañeros se dirigió á ellos para saludarlos.

— ¿Por fin encontró usted medio de venir á Tetuán ayer? — le preguntaron.

— Sí, señor, encontré un caballejo del país, duro como él solo, que me ha traído muy bien en nueve horas. No me he detenido en el Fondack más que para descansar dos horas.

— ¿Y piensa usted permanecer aquí algunos días?

— No, señor; probablemente volveré á Tánger dentro de tres días.

Con estas preguntas que le hicieron por

decirle algo, pensaban despedirse; pero él á su vez les interrogó, y cuando le contestaron que iban á dar una vuelta, y á casa de un Cónsul conocido, se fué con ellos.

— Aquí es la casa del Cónsul — dijo uno.

Disponíanse á entrar, pero viendo que aquel hombre estaba decidido á no dejarlos, le invitaron á pasar. Cuando estaban en la puerta se acercó á J. L. y le dijo en voz baja:

— Soy el Conde de Konatiki, le digo á usted mi nombre para que tenga la bondad de presentarme al señor Cónsul.

Tomaron asiento en la cancillería esperando que éste saliera, y uno de los amigos cogió de la mesa *La Crónica de Gibraltar* y comenzó á leerla.

— ¡Diablo! — exclamó el lector — aquí hay una noticia que le agradará saber al Cónsul; oigan ustedes:

« Ha sido detenido en Málaga por un Agente de la policía inglesa un individuo cuya nacionalidad no ha sido aún comprobada, complicado en la falsificación de bi-

lletes de varios Bancos. De sus declaraciones resultan muchas personas complicadas en este delito, llamado á fijar la atención pública, por los curiosos é interesantes pormenores con que se llevó á cabo.»

Al oir esta noticia el Conde se quedó lívido como la muerte, sus ojos se dilataron, su fisonomía sufrió una alteración marcadísima.

Dominando como pudo su impresión, que no fué poca la que hizo en nuestros amigos, exclamó fingiendo cierto contento:

— ¡Me alegro mucho haber oído esa noticia! ¡Buen dinero me costó á mí una falsificación en Amsterdan!

— ¿Será esta misma? — dijo M. C.

— Cuéntenos entonces — le dijeron — cómo fué esa sustracción ó más bien falsificación que suponen tan bien ejecutada.

— No puedo contar pormenores, pero á mí me cogió algunos miles de duros.

Aun después de esta aclaración no se justificaba la intranquilidad manifiesta del

Conde; pero en esto salió el Cónsul, se habló un rato de diferentes cosas, y todos salieron juntos, no queriendo sin duda el extranjero que hablaran de él si les dejaba solos.

Si raro era este incidente, otro no menos extraordinario estaba pasando entre Cristina y Luis.

Aquella misma mañana, al asomarse Luis á la pequeña ventana de su cuarto, se encontró con un papel en forma de carta sin el nombre de la persona á quien iba dirigida. Luis la abrió, y decía en inglés lo siguiente:

« Hace dos meses que espero inútilmen-
» te respuesta á mis dos últimas cartas. En
» Málaga, que vivía en tierra, tuvo usted
» mil ocasiones de hacerlas llegar hasta mí.

» Cuando vuelva usted á Tánger, mi
» criado estará en el muelle esperándola
» al anochecer.

« Si no pudiera darle la respuesta, pro-
» cure una noche quedarse en el hotel, y
» yo mismo la recogeré.

y parándonos en cada una de las innumerables tiendecillas de armas, babuchas, bandejas de cobre, toallas y telas tejidas, cuando de repente apareció el extranjero en cuestión, que no era otro que el que sospechábamos y el mismo que jugaba al billar en el hotel la noche de la fiesta de la pólvora, cuando con él hicieron conocimiento dos de nuestros amigos.

El hombre, que era osado, en cuanto vió á dos de nuestos compañeros se dirigió á ellos para saludarlos.

— ¿Por fin encontró usted medio de venir á Tetuán ayer? — le preguntaron.

— Sí, señor, encontré un caballejo del país, duro como él solo, que me ha traído muy bien en nueve horas. No me he detenido en el Fondack más que para descansar dos horas.

— ¿Y piensa usted permanecer aquí algunos días?

— No, señor; probablemente volveré á Tánger dentro de tres días.

Con estas preguntas que le hicieron por

La bondad de Cristina corría pareja con su entendimiento, y Luis, que en medio de sus ligerezas de carácter tenía también un alma hermosa, en uno de sus naturales impulsos, sobreponiéndose la sencillez de su corazón á todo otro orden de conveniencias, rompió el silencio que le tenía á punto de estallar.

— Cristina: usted, que es mujer de consejo, y discreta, me va á decir en el mayor secreto, y confío en que ni á su hermana le hablará de esto, qué es lo que haría si se encontrara en mi caso, y la contó sin ambages ni rodeos lo que el lector habrá visto.

Cristina, que al pronto no cayó en la cuenta, contestó ingenuamente; yo daría la carta á la interesada sin que ella se enterase, porque la habría de molestar seguramente saber que, cualqüiera que fuese, estaba al tanto de su vida íntima.

De repente, y como quien estando en las tinieblas saliera á la luz del sol, llevándose las manos á la frente exclamó:

— No siga usted. ¿Esa carta para quién

lletes de varios Bancos. De sus declaraciones resultan muchas personas complicadas en este delito, llamado á fijar la atención pública, por los curiosos é interesantes pormenores con que se llevó á cabo.»

Al oir esta noticia el Conde se quedó lívido como la muerte, sus ojos se dilataron, su fisonomía sufrió una alteración marcadísima.

Dominando como pudo su impresión, que no fué poca la que hizo en nuestros amigos, exclamó fingiendo cierto contento:

— ¡Me alegro mucho haber oído esa noticia! ¡Buen dinero me costó á mí una falsificación en Amsterdan!

— ¿Será esta misma? — dijo M. C.

— Cuéntenos entonces — le dijeron — cómo fué esa sustracción ó más bien falsificación que suponen tan bien ejecutada.

— No puedo contar pormenores, pero á mí me cogió algunos miles de duros.

Aun después de esta aclaración no se justificaba la intranquilidad manifiesta del

Conde; pero en esto salió el Cónsul, se habló un rato de diferentes cosas, y todos salieron juntos, no queriendo sin duda el extranjero que hablaran de él si les dejaba solos.

Si raro era este incidente, otro no menos extraordinario estaba pasando entre Cristina y Luis.

Aquella misma mañana, al asomarse Luis á la pequeña ventana de su cuarto, se encontró con un papel en forma de carta sin el nombre de la persona á quien iba dirigida. Luis la abrió, y decía en inglés lo siguiente:

« Hace dos meses que espero inútilmen-
» te respuesta á mis dos últimas cartas. En
» Málaga, que vivía en tierra, tuvo usted
» mil ocasiones de hacerlas llegar hasta mí.

» Cuando vuelva usted á Tánger, mi
» criado estará en el muelle esperándola
» al anochecer.

« Si no pudiera darle la respuesta, pro-
» cure una noche quedarse en el hotel, y
» yo mismo la recogeré.

Roja como la amapola volvió á poco, colocándose al lado de Luis.

— He leído la carta; ese hombre es un canalla. Hablaré con usted despacio, pero cuidado con hacer demostración alguna contra él; todo eso podría crearme dificultades y disgustos á mi padre.

Cuando consiguieron separarse otro rato, Cristina rompiendo en menudos pedazos la malhadada carta, y anegada en lágrimas, exclamó con el acento del verdadero dolor:

— Soy verdaderamente desgraciada, usted me lisonjea mi amor propio llamándodome discreta; otros envidian mi posición y mi fortuna; y ni tengo discreción, ni mis riquezas me sirven más que para hacerme desgraciada.

Cualquier mujer puede inspirar una pasión, yo sólo puedo excitar la codicia de los que buscan una posición que la suerte, la herencia ó el trabajo no les ha concedido.

Esta es la compensación de la vida. Pero pasemos á hablar de ese villano.

Hace un año próximamente conocí en Londres á ese hombre. Cuando ya estaba espirando el año del luto por mi madre; mis paseos se reducían á ir Hide Park á caballo por las mañanas acompañada del jefe de mi caballeriza; mi hermana prefería dibujar á montar á caballo, y se quedaba en casa. Ese hombre, que tiene un tipo meridional tan opuesto al inglés, me miraba del modo que lo hacen los que aman, me hablaba dulcemente al corazón, y yo me complacía en verlo; al dispertarme mi primera idea era pensar en montar á caballo para ir á verle. Recuerdo un día de una densa niebla, de esas que sólo se conocen en Londres, que para verme se colocó tan cerca, que materialmente le atropellé.

Ese mismo día, tirándome de la amazona me enseñó una carta que impensadamente cogí en un momento de alucinación.

Ya supondrá usted lo que diría una carta de amor. Más sensible mi corazón á los



afectos tiernos por la reciente pena que me causó la pérdida de mi madre, la figura interesante del individuo, su constante persecución, me decidieron á contestarle en términos, si no tan vehementes como los suyos, al menos lo bastante afectuosos para alimentar una naciente pasión.

Así seguimos en esa inteligencia recíproca algunos meses, cambiándonos cartas cuando podíamos sin ser observados por nadie. Pasados algunos meses le escribí, diciéndole que era impropio de nosotros continuar en aquella forma nuestros amores, y que se hiciera presentar en casa por algún amigo. Su respuesta fué delicada: me decía que no teniendo una posición análoga á la mía, pues su familia, aunque noble, tenía una escasa fortuna comparada con la de mi padre, sería probablemente recibido con frialdad por éste.

En mi ofuscación, vi en su respuesta un rasgo de exquisita susceptibilidad. ¡Qué ilusión!

Mi hermana, inspirada en su buen juicio

é instinto, me reconvino por mi ligereza, aconsejándome cortara de raíz toda relación con aquel desconocido.

Entonces me fué imposible hacerlo; hubiera firmado yo misma mi sentencia de muerte, y faltándome el valor para tomar aquella resolución, seguí como antes.

Un día, que la razón triunfó del amor, decidí escribirle que, ó entraba en casa siendo antes presentado á mi padre, ó todo se acababa entre nosotros; y aquel día fué el primero de mi desengaño.

Haciéndome protestas de cariño y jurándome amor eterno, me dijo que deseaba hablarme; y en efecto, acompañada de un antiguo criado, salí una noche para verle sola por la primera vez.

Cariñoso, expresivo, apasionado, me hizo mil declaraciones, confesándome en la mayor reserva que la causa de rehusar presentarse en mi casa era que estaba afiliado á los partidos extremos y tildado de nihilista, aunque no lo era, y como mi padre habría de enterarse algún día, no que-

ría exponerse á ser despedido de mi casa, sufriendo después los comentarios poco benévolos de la gente.

Su confesión me hizo daño, pero aun le perdonaba y quería creerla inverosímil.

Al poco rato de estar en su compañía empecé á notar algo en mí que no acertaba á explicarme. Sentía mareos y creí desfallecer..... por mí pasaba algo extraordinario. El me invitó á subir á su casa que estaba próxima, cuyo ofrecimiento rechacé. Hubo momentos en que no sabía dónde estaba. Por fortuna este malestar se pasó pronto, atribuyendo aquel desvanecimiento á la emoción que me produjo hablar con aquel hombre y el temor de ser vista por alguien.

Mi leal criado John, que me seguía á cierta distancia, cuando vió detenerme y andar con paso incierto, supuso que algo me sucedía; se acercó á mí, y asiendome á su brazo, fuí hasta encontrar mi coche, que había dejado algo distante, despidiéndome friamente de aquel hombre.

El desasosiego más grande, la pesadilla más atroz de mi vida se apoderó de mí aquella noche, no dejándome ni dormir ni estar despierta: yo deliraba despierta; mi hermana creyó que estaba enferma ó loca.

— ¿Sería un narcótiço lo que la dió á usted? ¿Estaría usted cloroformizada? — preguntó Luis asombrado.

— No sé cuándo pude aspirar el narcótico, ni si lo aspiré, ni si aquel estado fué hijo de un pavor que aquel hombre me inspiraba; su mirada ejercía en mí una fascinación como la de la culebra; el hecho fué tal como lo relato.

— Entonces está comprendida la intención del malvado — dijo Luis; — ese infame quería robarla á usted, haciéndola pasar la noche con él fuera de su casa, casándose luego.

— Yo no sé cuáles eran sus propósitos; lo cierto es lo que le he contado.

Mi hermana, á quien le referí el caso, me pidió, llorando, olvidara todo pensamiento respecto á ese hombre, y aunque

con pena, porque yo confieso que estaba enamorada, así lo hice.

Yo misma indiqué á mi padre al siguiente día la idea de hacer un viaje, que son su mayor recreo.

Tan pronto como le enuncié mi deseo le acogió con gusto, y quince días después salimos para Escocia, en cuyo tiempo permanecí en casa para no encontrarme con él en parte alguna.

Después fuimos á Alejandría, el Cairo y el Japón.

Vivía tranquila y olvidada de aquella página de mi vida, cuando un día apareció como un fantasma en Yeddo.

Lo que pasó por mí cuando le ví es inexplicable, sentí helárseme la sangre, mi corazón palpitaba sin cesar. Después tuve una alegría, un contento que me hacía dichosa, en fin, no sé explicar lo que por mí pasó.

En Yeddo me encontró sola una mañana. Me juró que sería de él ó de nadie; sus ojos eran los de un loco..... me estre-

mecí..... por miedo le dí palabra de verle y escribirle, y así lo hice, aunque fría y secamente.

Del Japón pasamos á Italia, y en Roma volví á verle; yo jamás le dije dónde íbamos, pero él lo averiguaba. De Roma á Marsella, de Marsella á Málaga, y de Málaga á Cádiz, y hasta aquí nos ha seguido.

— La extraordinaria confianza que usted ha depositado en mí me obliga á hablarla sin reserva alguna — dijo Luis. — Puede ese hombre estar enamorado de usted como lo estará cualquiera que la trate; pero todos los síntomas, y el modo de proceder desde el primer momento hasta el presente es el de un grandísimo infame.

Tan interesante diálogo vino á interrumpirle Isabel, haciéndoles guardar silencio para oir la voz del almuédano que cantando una especie de salmodia melodiosa llamaba desde el minarete á los fieles para rezar la oración de la tarde.

— La trompeta y la voz del almuédano convoca á los fieles á la oración y la de

John nos llama á casa— dijo Isabel;—creo que estos bazares que hemos recorrido y estas sucias calles deben bastar por hoy á satisfacer nuestra curiosidad. Vámonos á casa para ir á la comida de Brissa.

Entre los desharrapados moros que transitaban por la calle, se llegó uno á pedir limosna que les produjo cruel impresión.

Escuálido como un espectro, amarillo como la cera, cubierto con una chilaba que á fuerza de remiendos había desaparecido su primitivo tejido, aquel desgraciado era un preso á quien habían puesto en libertad aquel día después de haber estado en la cárcel quince meses, habiéndole atravesado con un hierro ardiendo una pierna para indicar que había estado en prisión.



Cuando Isabel y Cristina vieron á aquel

desdichado, un grito de horror y de indignación se escapó de sus labios.

En medio de su desgracia, no fué poca suerte la de encontrarse con una limosna de todos y en particular la de Mr. Percival, de algunos miles de reales, que el infeliz no sabía ni el valor que tenían. Cuando se enteró de lo que era, les rogó que le llevaran á España para disfrutarlos, porque en Marruecos se los robarían y le volverían á encarcelar.

Día fecundo en sucesos y emociones fué éste, y todavía faltaba la bomba final.

Cuando llegaron á la casa, los amigos que se encontraron con el polaco en la del Cónsul contaron á Luis la legítima y fundada sorpresa que les causó la intranquilidad del desconocido, cuando oyó leer la noticia referida por *La Crónica de Gibraltar.*

— ¡Pero, señores! ¡Es posible lo que ustedes me cuentan! — exclamó Luis saltando de alegría como un niño.

— Tan exacto es, que M. Dubois como

yo, — contestó otro — hemos empezado á sospechar de ese individuo.

— No hablemos más de esto delante de las inglesas, por si á Cristina le interesa, como creemos, pero pongámonos en la pista y tengámosle á distancia.

— Con el cansancio del paseo han olvidado ustedes que es la hora de ir á casa de Brissa — dijo Mr. Dubois.

— No hay tiempo que perder — contestamos todos, — y nos encaminamos á la casa de nuestro anfitrión.



Comida de moros.

Las Ladyes, que habían asistido en varias Cortes á grandes comidas, declaraban no haberlas ilusionado ninguna tanto como la ofrecida por el moro Brissa.

La comida, que empezó á las dos, duró hasta las cuatro y media, y eso que á petición de las señoras se acortó bastante, no pudiendo resistir ya más tiempo la cocina perfumada, el aceite de argán, la manteca rancia, nuez moscada, jenjibre, y toda esa mezcla infecta de cosas con que los moros condimentan y sazonan sus platos.

La gallina de diferentes maneras guisada, las albondiguillas de vaca, el carnero

asado ó recocido nadando en un estanque de salsa, el pescado frito y los huevos duros como piedras, eran la base de la comida. El *cuzcuz*, plato nacional objeto de la curiosidad de las inglesas, se sirvió en una fuente, á modo de cono, viéndose en su



vértice los garbanzos, pasas, carne, gallina y verduras. El *cuzcuz* es una masa de harina de trigo y manteca de vaca cocida al baño maría, al que se añaden los comestibles antes referidos.

Para dar más carácter local á la comida, Ab-de-rha-mán convidó á tres de sus amigos, á los cuales trajeron sus criados un jarro y una aljofaina para que se lavasen la mano derecha. Aquellos individuos no se sentaron con nosotros á la mesa afortunadamente, sino en una alfombra que había en el suelo; y para hacerlo todo á usanza del país, destrozaban con la mano las gallinas y la carne, y la comían sin más ceremonia, lo mismo que el *cuzcuz*, con el que hacían una

bola antes de llevársela á la boca. El libro del arte cisoria de D. Enrique de Villena les sería de gran utilidad para aprender á trinchar. El agua se la servían en un cuenco, en el que bebían todos.

El desencanto de las señoras fué completo, y á no haber tenido Luis á sus criados moros acostumbrados á los usos de Europa, que mudaban los platos y cubiertos cuando era menester, hubieran seguramente pretextado una indisposición repentina para levantarse de la mesa, satisfecha su curiosidad y más que hartas de la comida.

A los postres, un negrito que tenía la cara como un puño de bastón, presentóse con un plato montado ó ramillete, regalo de un moro á Brissa. Aquello era una golosina propia para un perro de guarda de monte. La base del templete era de una especie de bizcocho ó galleta á prueba de martillo. Las columnas, hay quien asegura eran de azúcar, pero yo no lo afirmaría. El primer cuerpo de arquitectura oji-

val ó Renacimiento era de almidón; del segundo pendían unos derrames de fideos amarillos y blancos que tenían que ver.

Este detalle dió al traste con nuestra paciencia, y la explosión de risa fué unánime. Sin probar bocado de aquella tan poco incitante muestra de la repostería marroquí, nos pusimos en pie para despedirnos.

Deseoso Brissa de sernos agradable, nos invitó para ver aquella misma noche una boda de la hija de un moro su amigo.

Las señoras se excusaron como pudieron, asistiendo en cambio á la boda de una hebrea que para ellas tenía el atractivo de la novedad.



Los hebreos en Marruecos. — Sus costumbres. — Bodas. — Entierros.

Los judíos en Marruecos viven en el mayor desprecio de los musulmanes, y proceden en su mayor parte de los expulsados de España. Los moros los consideran como malditos de Dios y destinados al *Dchak-enna* (infierno) porque dieron muerte á *Sidna Isa* (Jesús).

Los judíos en los pueblos de la costa, como los de Tetuán, viven en el *Melaj* (sitio salado). Sus casas son peores que las de los moros, pero como en todas partes es muy verdadero el proverbio que dice que « Dios es omnipotente y el dinero su teniente », los que han llegado á adquirir una

protección y alguna riqueza, no visten ya la negra hopalanda, y el pequeño casquete, que constituye el traje usual de los menos acomodados.

Como la mujer en Marruecos está fuera de la sociedad, las hebreas son más apreciadas de lo que merecen, y gozan de cierta influencia entre los europeos.

La hebrea en general es de mediana estatura, tez blanca, facciones correctas, ojos negros y grandes, pero de poca expresión. Antes de los quince años suelen casarlas; y ya sea por esta causa, ya por el excesivo uso que hacen de los afeites, su belleza se marchita pronto. Los sábados, que es el día de fiesta entre los israelitas, salen del Melaj vestidas á la berberisca á visitar á las amigas ó á cantar y llorar sobre las sepulturas de sus difuntos. Los sábados no pueden encender fuego, y envían á los hornos de los moros sus pucheros para que les cuezan la *dafina*, que es como entre nosotros la *olla podrida;* compónese ésta de trigo, arroz, garbanzos, habas, ajos, gallina, huevos

con cáscara, pimentón, sal, aceite y mil cosas más, resultando un vomitivo que no he tenido el valor de probar.

Sus costumbres son muy curiosas.

Las ceromonias para los entierros se asemejan mucho á las de los moros, lavan como éstos los cadáveres, enterrándoles el mismo día del fallecimiento. Las hebreas reúnense en el patio de la casa y con quejidos lastimeros y muchos chillidos, fingiendo gran dolor, dicen al oído del difunto mil lindezas, tales como *¿por qué nos dejaste, tesoro, encanto mío? ¿no te tratábamos bien, diamante?* etc., etc. Las parientas más proximas del cadáver se arañan y abofetean, pero acompasadamente, é imitando, como dice Murga, el ladrido del perro que pide á las altas horas de la noche que le abran la puerta de la casa de su amo.

Los hebreos celebran sus bodas de modo parecido á las de los mahometanos.

Concertado entre los padres de los novios ó las familias el matrimonio, que generalmente se funda en la mutua conve-

niencia é interés y no en el amor, comienzan las fiestas que duran una semana.

En una ocasión fuí padrino de boda de una joven muy bonita, hija de un comerciante de Tánger, y pude ver de cerca todas las ceremonias, que revisten un carácter deslumbrador. Durante unas cuantas noches, en casa de la novia se reunen las amigas y la familia. Los padrinos presentan á la concurrencia la prometida, la cual debe permanecer con los ojos cerrados en un tálamo que al efecto se levanta sobre una gradería. Aun cuando las hebreas de Tánger visten á diario el traje de las cristianas, para estas solemnidades es de rigor el berberisco, mucho más vistoso.

Iluminada la sala con profusión de bujías y cuantos quinqués pueden proporcionarse, llena ésta de bonitas mujeres, algo provocativas, ataviadas vistosamente y cargadas de alhajas, resulta un conjunto de efecto verdaderamente deslumbrador.

La noche que precede al día de la boda los amigos van á buscar á la novia con fa-

roles y una litera. La madre y la madrina la acompañan con todos los amigos hasta la casa del novio, donde duerme aquella noche al cuidado de dos personas de las más allegadas al marido. Al siguiente, el rabino los casa con arreglo á su rito, rezando algunos salmos. Una de las ceremonias, cuando al marido le entregan la mujer, consiste en arrojar á sus pies un vaso lleno de agua, que en su superstición, creen que mientras más pedazos se haga, más años de felicidad les esperan. La concurrencia alborota y grita en señal de alegría y se reparte entre los convidados dulces, dátiles y almendras.

El divorcio entre los hebreos también es fácil, aunque algo menos que entre los musulmanes. Roto el matrimonio, el hombre puede casarse con otra mujer inmediatamente; pero la esposa no puede hacerlo sin el consentimiento del marido. Las judías casadas se tapan los cabellos con un postizo hecho de seda negra ó pelo que les cae sobre las sienes; llevan también una especie de diadema de seda negra bor-

dada de oro y perlas. Una cinta tejida de seda y oro, se colocan en la parte alta de la cabeza hasta la posterior, donde se juntan sus extremos, llevando encima además un pañuelo de vivos colores. En vez de mantilla usan albornoz blanco con rayas negras.

Tres prendas principales componen su traje. La falda ó vestido de terciopelo lleno de bordados. Chaqueta entallada á modo de zuava que acaba en la cintura, cuyas mangas son cortas para lucir los brazos, y por último, una especie de mantelo que fué moda en otros tiempos entre las señoras. Un cinturón, también bordado, sujeta el talle generalmente poco esbelto.

Dispuestos como estábamos á verlo todo, aquella misma noche después de la boda de la joven hebrea llamada Estrella, de extraordinaria belleza, y que fué flor de un día, porque seis meses después supe que había fallecido, dirigimos nuestros pasos á la casa de baños árabes, que aunque menos lujosas que en el Cairo tienen un marcado

sello oriental. Nuestro trabajo y nuestro dinero nos costó obtener del dueño que nos la enseñara, pero el argentino sonido de unas cuantas piezas de cinco pesetas fueron para él una *armonía celeste* que le ablandaron el corazón, y nos permitió la entrada.



Baños árabes.

AS casas de baños llamadas *Jhammams* son por lo general unas construcciones de fea apariencia en el exterior, distribuídas interiormente en pequeñas habitaciones que se comunican entre sí por medio de puertas muy bajas, formando todo un conjunto triste y poco agradable.

Se entra en la primera habitación, que es donde está sentado el dueño, al que el bañista le entrega las alhajas, dinero y ropas para que se las guarde. De esta habitación se pasa á otra con tarimas ó camastros, sobre los que hay alfombras ó colchonetas. Una vez desnudo el desgraciado que va al baño, le conduce un negro

por oscuros pasillos, hasta la primera pieza contigua al baño. Y es tan necesario el bañero, que habría pocos que no se cayeran andando sobre una superficie resbaladiza á causa del jabón. Muchos calzan una especie de zapatillas con suelas de madera, para poder resistir el excesivo calor del suelo. La elevadísima temperatura de este horno produce la sofocación y por consiguiente una transpiración copiosa. En este estado la víctima, la empiezan á dar un *massage*, ó paliza más bien, por todo el cuerpo, acompañada de un canto lastimero.

Pródigos en demasía con el agua caliente, no cesan los chapuzones, terminando tan prolija operación con la última mano de jabón, y unos cuantos cubos de agua caliente que le echan por la cabeza. Después le llevan á otra pieza de más baja temperatura envuelto en un *jhaic*, pasándole después á la sala de descanso, donde se viste.

Esta clase de baños, á pesar de las mo-

lestias que causan, producen después gran bienestar.

Hombres y mujeres los toman, al menos uno cada semana, y las horas establecidas son hasta la una para los hombres, y por la noche para las segundas. Allí gozan éstas de completa libertad, y reunidas con sus amigas, murmuran unas de otras, como acontece en todas partes, protestando, haciendo cálculos y formando mil proyectos ofensivos y defensivos contra la tiranía de sus maridos.



Las Zauyas, Kobbas, Santos y locos, Aisaguas y Jamachas.

AL siguiente día, y conste que sacrifico al orden cronológico de los sucesos el método que debería seguir, cuando volvíamos de un paseo por la encantadora vega de Tetuán, de exuberante vegetación, poblada de naranjos, entre multitud de variados árboles, oímos al pasar por una medio ruinosa casa un ruido atronador de panderos y tambores, que servía de acompañamiento á esa monótona é invariable cadencia que se observa siempre en el canto árabe tan parecido al gitano.

Nos acercamos llenos de curiosidad á la puerta que estaba medio abierta, y vimos

gran número de mujeres y moros sentados á los lados del patio, y otros en el centro bailando de un modo tan original y haciendo tan desenfrenadas contorsiones, que aquello parecía la antesala de San Baudilio.

Alguna de aquellas mujeres observó que unos cristianos las miraban, y debió decir algo á los que allí estaban congregados que no les hizo gracia, y dando voces estentóreas, se asomó un moro apostrofándonos, á juzgar por sus ademanes y por la energía y viveza con que hablaba,

Como en honor de la verdad, los compañeros que iban delante de nosotros, es probable entreabrieran la puerta excitados por la curiosidad, y cometieran esa falta, que allí, como en todas partes, es de poco respeto, todos oímos su peroración al moro encogiéndonos de hombros. Por fortuna, no hizoacto alguno de hostilidad que hubiera hecho cambiar de aspecto la cuestión, y por casualidad acertó á pasar un soldado de un Cónsul, poniendo fin al conflicto, obligando á retirarse al moro á su casa inmediata-

mente y significándonos con muy finas maneras, que les dejáramos tranquilos á los aisaguas en sus ceremonias religiosas en aquella *Zauya*.

La *Zauya* es un establecimiento religioso, escuela y hospedería.

Los creyentes acuden á aquel sitio á pedir la gracia de Dios, como el cristiano va al templo. La *Zauya* está levantada sobre la tumba de algún santo y compuesta de una *Kobba*, que es una bóveda que cubre el sepulcro del santo; de una pequeña mezquita y de diferentes cuartos, que se destinan ya para reunirse á leer el Corán, ó para hospedar durante tres días á los musulmanes que piden albergue.

Tengo entendido que las *Zauyas* se sostienen con las limosnas de las personas piadosas que desean ser enterradas en aquel sitio.

En todos los alrededores de las ciudades se ven aisladas pequeñas construcciones terminadas en media naranja, que encierran los restos de algún santo y se llaman

Kobbas. El exterior está blanqueado como todas las casas, y en el interior suelen los devotos del santo colgar alfombras ú otros objetos. Tanto en las *Zauyas* como en las mezquitas y en estas *Kobbas*, los musulmanes acogidos gozan de completa inmunidad y del derecho de asilo. El número de *Kobbas* es grandísimo, porque en Marruecos los santos son numerosos.

Estos proceden de la nobleza fundada por Mahoma. Empieza la santidad por ser Scherif descendiente de Fátima.

La nobleza religiosa la forman *enrabets*, hombres que se dedican á la enseñanza del Corán y predican con el ejemplo al menos en la apariencia. Estos intermediarios entre Dios y los hombres gozan de gran prestigio y son objeto de veneración, y por último, los locos y los idiotas, que son tenidos por santos suponiendo que Dios conserva su espíritu, dejándoles vivir entre los hombres tan sólo con el cuerpo, y que cuanto dicen es la palabra divina. Estos seres gozan del privilegio de hacer y decir

cuanto se les antoja, viven sin trabajar, se sientan á comer en la mesa del que les acomoda y son venerados por todos. Como las ventajas de su situación son incalculables, algunos individuos que han caído en la cuenta fingen padecer de alienación, y con esa impostura gozan de las ventajas que les concede su carácter de santidad.

Más de una vez ha acontecido que un loco de los verdaderos ó fingidos ha atropellado á un cristiano, y ha puesto en gran apuro al Gobierno marroquí, no sabiendo qué hacer para reparar la falta, y no atreviéndose al mismo tiempo á castigar al delincuente.

Los aisaguas y jamachas el primer día de la Pascua del *Mulud* celebran una fiesta originalísima. Reúnense en Mequinez, donde se encuentra el santo Protector, quince ó veinte mil individuos para solemnizar el nacimiento del Profeta, y unidos por los brazos en largas filas recorren la población dando saltos enormes, con las faccio-

nes descompuestas, lanzando feroces gritos, con los ademanes más grotescos y salvajes, introduciéndose en la boca ascuas é hiriéndose la cara hasta verter mucha sangre,

El día de la entrada de los aisaguas en Tánger, donde residen muchos europeos, y el Cuerpo diplomático, las autoridades marroquíes suplican á los extranjeros no salgan de sus casas durante la entrada de esa especie de fieras, para evitar algún desmán.

El espectáculo que ofrece el pueblo ese día es originalísimo, y las azoteas están cuajadas de curiosos. En una ocasión la Secretaria de la Legación de Francia, Condesa de Rochefaucould, tuvo el capricho de echarles desde la azotea, en que estaba viéndolo, un carnero, y no le dejaron ni llegar á caer en el suelo, cuando le habían despedazado y se lo habían comido.

Aunque muy divertidas las inglesas con los espectáculos que el viaje por Marruecos les ofrecía, y con las narraciones que como

las de Jamachas y Aisaguas se las hacían por su gusto hubieran permanecido en Tetuán más tiempo, Mr. Percival tenía ya deseo de volver á su Yacth, y dispuso para el día siguiente el regreso á Tánger, que resultó un pasillo-cómico-lírico-burlesco.



Regreso de los expedicionarios al Fondack.

Cuando salimos de la casa (y doy fe de la veracidad del relato) se nos ofreció el siguiente cuadro:

Un moro estaba peleando á bocados y patadas con un caballo.

—Pero, hombre, ¿qué haces? — le pregunté yo.

—*Caballo tirar á mí* — contestó, — *y volver arriba, y tirar á mí dos veses.*

Esto me trajo á la memoria la respuesta del artillero, que estaba tirándole patadas á un mulo, y reprendiéndole un oficial, le contestó con mucha naturalidad: « Mi Teniente, él es el que primero ha empezado.»

El caballo que estaba botándose era el de Isabel.

Luis y yo empezamos á observarle, y nos explicamos al momento su inquietud; la silla le había producido un *levante*, y así que caía el jinete en la montura el dolor le hacía botarse y *defenderse*.

Hiciéronse mil combinaciones con las monturas, y por fin en una de las en que montan los moros se colocó Isabel á horcajadas.

Dejo á la consideración de mis lectores apreciar el tipo cómico que resultaría cacabalgando, como los hombres, una señorita con pantalón negro, botas de montar y la falda de la amazona recogida no sé de qué manera á la cintura.

Lejos de experimentar por esto una contrariedad, fué para ella un motivo de broma, que nos sirvió de diversión á todos.

Por ser señora la coloco en primer término, porque como tipo raro Mr. Percival hacía competencia á cualquier personaje de ópera bufa, del modo que se verá.

Alto exageradamente, aun entre los de la raza sajona, con un *abisinian hat* (sombrero ó casco inglés de tela blanca, que todos usábamos en Africa), con un traje blanco de lana, un paraguas rojo, y montado en una jaca tan pequeña que escasamente tendría seis cuartas; y que para que no le arrastrasen los pies se habían añadido unas cuerdecitas á las aciones de los estribos, suprimiendo al fin éstos (porque tampoco los pies le cabían en ellos): la jaquilla parecía que andaba con seis remos, y el jinete que iba andando.

Luis llevaba roto el pantalón por una pierna. Zugasti, que se nos agregó á la expedición, quiso refrescar un poco su sombrero, y lo hizo tan á lo vivo que le caló como una sopa, destiñéndose el velo verde que llevaba, cayéndole chorreones de este color por la cara; en fin, que á cada uno le ocurrió alguna peripecia á cual más cómica; y por si algo nos faltaba, el día, que empezó á favorecernos con unas nubecitas que oscurecían el sol, con gran contenta-

miento nuestro, acabó con una tormenta que nos caló hasta los huesos, llegando como torrijas al Fondak, y gracias que no nos deshicimos como unos azucarillos, que todo hubiera sido posible.

Cuando llegamos al Fondack me convencí de que los moros son unas buenas personas; porque en cualquier país del mundo civilizado nos hubieran apedreado ó dado un tiro inclusive, que bien merecido lo teníamos. Debido sin duda á la mojadura fué Luis acometido por una fuerte neuralgia, sucediéndole lo mismo á uno de los criados de Mr. Percival. Isabel, siempre tan cariñosa, les proporcionó un frasco de gotas del Japón y al cabo de un rato de fricciones, Luis se alivió completamente; pero no así el criado, que se nos puso á morir. Esto me recordó aquella nota famosa que escribió un médico en su cartera al salir de casa de un enfermo que se le había muerto, dándole el mismo medicamento que á otro que se había curado:

« Esta medicina es muy buena para los

sastres; pero malísima para los zapateros.»

Cristina, que tenía la sangre ligera, y no podía estar tranquila un minuto, recorrió el Fondack en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Qué ha visto usted por ahí?—la preguntamos.

— Cuatro individuos que deben ser españoles.

— ¿Y por qué cree usted deben ser españoles?

— Por lo divertidos — contestó en el acto.

Estábamos hablando de esto, cuando se nos presentaron aquellos cuatro puntos, no mal trazados, pidiéndonos permiso para darnos serenata. ¡Españoles aquí! me dije, pues me figuro que son unos tunantes de siete suelas, fugados de algún presidio, ó cuando menos unos *ratas*.

No se deben formar juicios temerarios. Aquellos individuos eran sencillamente cuatro amigos de buen humor, artesanos de Sevilla, apodados el *Tarifa*, el *Bocas*,

el *Salvaor* y el *Mejicano*, que se les había ocurrido hacer el viaje gratis á Tánger y Tetuán; y tocando uno la guitarra, otro la bandurria, el tercero la ocarina, y el cuarto cantando y llevando las *palmas* les iba saliendo la correría por una friolera.

— ¿Quieren ustedes oir cantar por lo flamenco? — dijeron los españoles.

— Ya lo creo — contestaron las muchachas.

— Pues andando, dijímosles; arránquense por peteneras, ó lo que gusten.

En seguida salieron por jaberas, seguidillas y otros *cantes*.

Toda la gente que se encontraba en el Fondack fué agrupándose á la puerta del cuarto de Mr. Percival; así que fué preciso trasladarnos á la entrada, ó lo que es lo mismo al campo, y en medio de aquella reunión nos pusieron la mesa, y comimos con música, rodeados de moros, judíos, mujeres, chiquillos y perros, que acompañaban á *los cantaores* con ladridos y esto fué el segundo acto del sainete.

Un detalle curioso había olvidado, y no debo omitir, como fiel historiador; en Tetuán se le antojó á Cristina comprar á un moro que vió en la calle una mona que hacía habilidades; tanto cariño tomó á su nueva ama en el poco rato que tenía el gusto de tratarla, que ya empezó á picar en historia su excesiva zalamería, tanto más de extrañar cuanto que para los demás era muy huraña. Sometímosla entonces á un reconocimiento facultativo, y resultó que la mona..... era..... mono, que nos habíamos llevado todos un mico, y que con la sopa en vino que la dimos se había convertido en orangután.

Copla tras copla mezclada con alguna copita, porque el vino es de ritual en semejantes casos, la fiesta que comenzó á las nueve se prolongó hasta las tres, que ya Mr. Percival dió señales de cansancio de tanto *jipío,* y se levantó la sesión. Dormimos bien ó mal, que yo ni lo recuerdo, ni á nadie interesa; pero supongo que bien por efecto del vinillo, y á las nueve de la

mañana montamos á caballo con el propósito de llegar á las cinco á Tánger.

El chubasco á la salida de Tetuán fué broma, comparado con el que nos cogió después para despedida del viaje. Faltarían, según cálculo de los prácticos, unas tres horas de camino cuando se vino encima una cerrazón espantosa, tachonándose el cielo de negras nubes.

—Oye, Hasen—le pregunté en voz baja á un soldado moro,—parece que siento en el cuello un calor como el del viento del Desierto.

— Sí, señor—me respondió alarmado—el *sirocco* ya está encima.

— ¿Opinan ustedes—dijo uno de los que venían en la expedición — que trotemos, para evitar, si es posible, que el *simoun* nos coja tan distantes de Tánger?

Nadie contestó, é instintivamente todos los caballos empezaron á galopar.

Al cuarto de hora era ya imposible continuar en aquel aire violento: los caballos y los jinetes no podíamos respirar, nos aho-



gábamos. Al hacer la inspiración del aire entraba fuego en el pulmón, dejándonos afónicos.

Las higueras chumbas, que cuentan siglos de existencia, con sus enormes hojas y corpulentos tallos se movían á impulso del viento cual las hojas de un débil arbolillo. La arena, al azotarnos la cara, nos dejaba ciegos. En esta angustia pasaríamos como una hora.

De repente cambió el viento y saltó un N. E. Empezaron á caer gotas enormes, que al chocar contra la arena hacían un ruido como si se estrellaran contra el mármol. Las gotas se convirtieron en chaparrón, de chaparrón pasaron á aguacero, y de esto á diluvio, con una tormenta sin ejemplo. Los relámpagos se sucedían sin interrupción; veíamos caer exhalaciones á derecha é izquierda, como las chispas que despiden los cohetes después de haber hecho su explosión en el aire.

Nadie confesaba que tenía miedo; pero el cuadro aterraba; quién más quién menos

esperaba que después le cantaran aquello de *aquí cayó un rayo*..... etc., de la zarzuela *Cádiz*. Así pasaríamos una hora sin adelantar dos kilómetros; y sucedió lo que era natural, que llegó un momento en que la senda por que caminábamos se borró completamente, y los relámpagos, que podían valernos para darnos alguna luz en aquellas tinieblas, sólo servían para confundirnos más, presentándonos una superficie brillante é igual en cuanto abarcaba la vista en el horizonte. Los moros que iban de guías se volvieron, no sabiendo por dónde caminar; los caballos, desorientados, se negaban á andar y se arremolinaban acobardados; caballo ardiente, que no podía soportar que el jinete siquiera se moviese en la silla, aguantaba un hincapuyón, ó que se le corrieran las espuelas, sin hacer otra cosa que embeberse debajo de la montura, de tal modo, que parecía haber desaparecido de la tierra. Aquel momento fué imponente y aterrador: los que teníamos caballos más valerosos nos adelantamos para

estimular á los de menos corazón. Por fin llegamos, milagrosamente á Tánger alrededor de la una de la madrugada, debiendo haberlo verificado entre cinco y seis de la tarde.

Si se concedieran cruces á las señoras, Cristina é Isabel hubieran ganado en esta jornada la laureada de San Fernando (ó del Mérito naval).

Lo que pasaba en tierra acontecía en la mar; y cuando llegamos á la playa, donde debían tomar el bote las señoras para ir á bordo, no había ningún barco; pues si siempre es peligroso el fondeadero de Tánger, con aquella borrasca era absolutamente imposible aguantarse allí; y el Yacht, como todos los demás barcos grandes y chichos, se hicieron á la mar, teniendo que pasar la noche en el Hotel Mr. Percival y sus preciosas hijas.

Caminando de sorpresa en sorpresa, cuando llegamos á la fonda nos encontramos al Maitre d'Hotel que salía á recibirnos al saber que las Ladyes se quedaban en la casa y las ofrecía las habitaciones

ue había dejado el supuesto Conde po-
ico.

— ¿Qué ha sido de ese personaje?—preuntamos todos con interés; — anteayer le imos en Tetuán, y nos dijo que pensaba ermanecer aquí algunos días.

— Cosa pequeña — contestó Antoine onriéndose. — La misma noche que se ué á Tetuán vino el Sr. Cónsul de los Esados Unidos, y estuvo hablando con monieur Brouseau reservadamente. Por la iora intempestiva de la visita, que eran ooco más ó menos las once, mucho más, iviendo en el monte Mr. T., yo me figuré que se trataba de algo grave contra el inlividuo en cuestión; estuvieron los dos en la habitación viendo su equipaje y reconociendo las ropas colgadas en los percheros, leyendo al mismo tiempo los telegramas que traía el Cónsul; y luego que lo vieron lespacio llamaron al criado del Conde haciéndole mil preguntas.

El criado también es un tipo extraorlinario. Dijo que era griego, que tenía

veintiséis años; que conoció al Conde en Nueva-York hace seis y que con él estuvo en Londres, haciendo después un viaje al Japón, y por Italia y Francia hasta llegar á Tánger. Lo que hay de verdaderamente raro es que, el tal criado, además de tener una figura distinguida, más propia de un caballero que de un hombre de baja clase, por más que en el extranjero los criados sean más finos que en España, se expresa con una facilidad y tan culta dicción, que no es posible sea lo que aparenta; por más que mientras ha estado en casa le hemos visto en público haciendo su papel á maravilla, y siempre respetuoso con su señor. Habla francés é inglés perfectamente, y no le es desconocido el árabe, por la semejanza que tiene con el turco, que conoce bien. Las noches que ha pasado en la fonda nos ha entretenido grandemente dándonos unas sesiones de prestidigitación é hipnotismo como el que mejor pudiera hacerlo delante de un público respetable. Como los levantinos suelen ser tan listos no nos ha

sorprendido, por más que en algunas ocasiones nos hacían dudar sus modales demasiado exquisitos para un criado.

Después de hablar con el señor Cónsul, y responder á su largo interrogatorio, le mandó éste que le siguiera al Consulado, donde le tiene en completa incomunicación. Esta misma tarde llegó su amo, preguntó por él, y el señor Cónsul, que había dejado aquí un agente de la policía, que ha venido expresamente de Gibraltar para este caso, le hizo varias preguntas, y se lo llevó también al Consulado.

Excitada la curiosidad de todos, como es natural, Mr. Brouseau ha preguntado sin cesar, y hemos sabido que el supuesto Conde es un aventurero famoso como su criado, que pertenece á una sociedad que tiene ramificaciones por todas partes; y que entre otras estafas ha cometido la del Banco de Amsterdan hace dos años, por la que la policía les perseguía continuamente, hasta que, preso en Málaga uno de los cómplices, hizo la declaración que

dió luz á la justicia para poder á golpe seguro echar la mano al autor ó cómplice de aquella fechoría.

La relación de Antoine colmó á todos de alegría, y después de meditar un rato sobre el caso, pensó Luis decírselo á Cristina, para que se contase ya libre del asedio de aquel bandido disfrazado de caballero.

La prisión del supuesto Conde puso término á un episodio en la vida de Cristina llamado á traer á su espíritu perturbaciones y penas en el porvenir, y al mismo tiempo evitó un encuentro seguro con Luis, que, ó justamente apasionado de tan bonita mujer ó buenamente defensor de su honra, hubiera tenido con aquel ente despreciable.

Comentando aquel inesperado suceso, se encontraban en el jardín del Hotel, cuando vieron un moro hecho un energúmeno tocando un tambor enorme, y acompañado por un muchacho, que aporreaba las puertas de la morisma por donde iban pasando.

Tan singular alboroto tenía su explicación: aquella noche empezaba el Ramadán, ó sea el mes de ayuno de los musulmanes.

Durante este tiempo deben abstenerse de comer, beber y fumar, desde que un cañonazo anuncia la salida del sol hasta que se pone. Desde el crepúsculo vespertino pueden comer; pero como es natural que el cansancio de todo el día de trabajo les haya rendido, y duerman por la noche, las autoridades encargan á esa especie de alguaciles nocturnos los despierten á media noche y esa era la misión de aquellos escandalosos tamborileros.

El día 27 del Ramadán las mujeres, que durante el año no entran en las mezquitas, van aquella noche, y después pasean por la población, haciendo una verdadera parodia del bailable del tercer acto de *Roberto el Diablo*.



Paseo á cabo Espartel. — La música del Sudán.

Infatigables las inglesas, al día siguiente de nuestra llegada á Tánger emprendimos una nueva expedición.



Si no hay tourista que deje de visitar el faro de cabo Espartel, estas señoritas, que tenían predilección por los paseos largos á caballo, estaban en sus glorias con el que se las ofrecía.

A la salida del pueblo, y pasando por el monte *Djebel*, va un estrecho camino recientemente construído, siguiendo el borde de la costa, que termina en el mismo faro.

El monte es la residencia de muchos diplomáticos, moros ricos y algunos comerciantes europeos, durante el estío; pero podría serlo en todas las estaciones del año, porque la temperatura varía poco y allí siempre es en extremo apacible. Desde la guerra con España, Tánger ha ganado mucho en construcciones en general, y en particular en el monte donde se han levantado infinidad de casas, á la sombra de frondosos y seculares árboles, que bordan empinados senderos, hasta llegar á la altura de 800 pies sobre el nivel del mar. La vista que desde allí se ofrece al espectador es encantadora. Por la derecha se distingue á la simple vista Tarifa; más allá, algo velado, Trafalgar, y á cada instante se ven barcos de todas clases atravesando el Estrecho. Por la izquierda se ele-

van enormes montañas del interior, que van á confundirse las últimas con el azulado cielo. A lo agradable de este paseo en medio de una naturaleza virgen se añadía para nosotros el que nos proporcionaba el ver al paso por cada una de aquellas casas á los amigos Mathius, Cónsul de los Estados Unidos, con sus simpáticas hijas; Rynaldy con sus agradables y discretísimas Esperanza y María; Sir Drumon Hay, entonces Ministro de Inglaterra; Çolaso, Ministro de Portugal, con la incomparable María.



Al llegar á la última y más elevada masa arenisca de cabo Espartel nos en-

contramos con el faro á 1.300 pies sobre el nivel del mar.

Este faro se ha construído á expensas del Gobierno marroquí, administrándole un Consejo, formado por el Cuerpo diplomático de las once naciones que contribuyen á su sostenimiento.

La Presidencia alterna entre todos los Jefes de misión, y el servicio de inspección está por turno á cargo de uno de los Secretarios.

Está encargado del faro un alemán, cuyo nombre siento no recordar, que desempeña muy bien su penosa misión.

En la primavera y otoño gozan los que allí viven de un espectáculo muy curioso con el paso de las aves que vienen á Europa, y luego vuelven en invierno á buscar el suave clima de África. Atraídas por la luz del faro las aves que en masas compactas vuelven á África en los días de niebla, que en el Estrecho son tan frecuentes, dirigen hacia él su vuelo, y contra el alambrado que defiende la farola se estrellan infinidad

de codornices y de otras aves, que constituyen el plato de regalo de los torreros durante el año.

A poca distancia de cabo Espartel se encuentra una célebre cueva, hecha por las olas del mar. Al asomarse por un pequeño agujero, y ver por dónde el agua entra y sale con gran estrépito se experimenta una sensación imponente, de que no debe privarse ningún curioso.

Un hecbo presencié aquel día, que prueba la supina ignorancia y superstición de los moros. Entre los que nos acompañaron, en clase de criados, venía uno que fué atacado de un fuerte dolor de cabeza.

— ¿Qué haces? — le pregunté cuando le vi en el patio metiendo la cabeza en la fuente, y secándose después al sol.

— Estoy quitándome el dolor de cabeza — contestó, — porque ninguno de mis compañeros sabe sangrarme de la nuca, que es lo que nos cura á nosotros.

Al poco rato le observé que tenía una fuerte calentura, y la sed le abrasaba.

Por más que le insté para que bebiera agua con azúcar no pude conseguirlo, hasta que tuve que valerme de mi autoridad y exigírselo. No quería cometer un gran pecado quebrantando el ayuno que el Ramadán le imponía.

A la vuelta de cabo Espartel nos encontramos ensordecidos por una música estridente, infernal, que se oía en una casa del pueblo.

— Pero ¿qué especie de cencerrada es ese ruido tan inarmónico? — preguntaron las inglesas.

— Esos son sudaneses — que por medio de sus evocaciones creen que ahuyentan los diablos ó genios del mal que se han apoderado del cuerpo de alguno, y que por su causa está enfermo.

— ¡Pero es posible tanta barbarie! — repusieron las señoras, admiradas.

— Es posible eso y mucho más aquí.

— Si ustedes quieren— contestó uno —

volveremos á ver de cerca á esos Meyerbeer y Sarasates..... Fuimos allá, y nos encontramos con aquellos ejecutantes ó ejecutores de la música, que más parecían ser eso que otra cosa. Eran cuatro negros, de estaturas colosales y formas atléticas, como lo suelen ser todos los de su raza; dos de ellos pasarían de los sesenta años, y como entre los moros es pecado cortarse la barba, y lo menos haría cuarenta años que aquellos individuos no se la habían desbrozado, les caían aquellas lanas de perro de aguas en forma de tirabuzones ó blancas guedejas hasta la cintura.



En la cabeza llevaban conchas pegadas no sé de que modo, pero que hacían el efecto de estar incrustadas en la piel; unos llevaban colgados del cuello grandes tambores, que golpeaban sin cesar con una costilla de carnero, y otros tocaban unas castañuelas de hierro de forma de cazos,

bailando al mismo tiempo y dando un millón de vueltas en el mismo sitio.

No pudimos soportar más de dos minutos aquel ruido, que debió acabar con la poca vida que le quedara al enfermo.



Preparativos de la fuga de Zajara y Guillermo.

IENTRAS nosotros hicimos tan divertida excursión por Tetuán, Guillermo quedó en Tánger dueño del campo, y más ó menos en posesión de su Zajara.

En la huerta de los Claveles, hablando de noche por el ajimez ó paseando por el jardín, se habían forjado mil castillos en el aire y los proyectos más seductores. Ellos querían ir á todas partes á la vez, olvidaban estando juntos todo lo que existir pudiera fuera de sus personas. Mezcladas sus dos existencias hasta las regiones del cielo, entregados á sus ilusiones y esperanzas, eran los seres más dichosos de la creación.

Así se comprende que Guillermo estuviera esperando impaciente el momento de ver á Luis para comunicarle su irrevocable resolución de llevarse consigo á *Zajara*, y que en cuanto llegamos fuera derecho á hablarle de este asunto.

— ¿Y has encontrado el medio de realizarlo? — le preguntó Luis.

— La casualidad ó la Providencia me lo ha proporcionado; pero esperaba que vinieras para comunicártelo y pedirte tu consejo.

— ¡Mi consejo! — dijo Luis sonriendo.

« Ma foi de quelque sens, que vous tourniez l'affaire.
» Prendre femme est à vous, un coup bien temeraire.»

— ¿Qué consejo podría darse al que ciegamente enamorado, como tú lo estás, se le dijera lo contrario de lo que él desea? Acepto lo de pedirme consejo, como una atención de tu parte, pero no tiene objeto. Por lo que hace á mí, la única resolución que yo debería tomar sería la de seguirte; pero como no puedo aban-

donar Tánger por el compromiso que he contraído de acabar mis dos cuadros, que quizás me valgan una reputación y una buena cantidad á fin de año, acepto las consecuencias que sobrevengan con resignación en gracia de nuestra amistad.

— Gracias, Luis; siempre dejas ver tu alma hermosa y tus sentimientos nobles y elevados. No sé cómo significarte mi agradecimiento.

— Ahora bien, Guillermo; puesto que estás decidido al rapto de Zajara, ¿qué papel nos tienes reservado al renegado y á mí en este robo de Helena?

— Te diré mi plan: ahora mismo, al salir de aquí tomaré mi pasaje en el *Manubia,* que zarpará mañana á la una para Gibraltar y Marsella. En él se embarcará mi criado, tomando mi nombre: nada se le dirá del viaje hasta el momento de ir á bordo. Zajara y yo, en una goleta que hace el contrabando entre Gibraltar y la costa de España, nos embarcaremos por la noche. Mi criado, ocultando su nombre y

figurando como Guillermo W, en las listas del pasaje, desembarca en Gibraltar, cruza luego á Algeciras para unirse con nosotros, siguiendo todos reunidos á París.

— ¿Qué te parece?

— Muy bien. Es el modo más sencillo y práctico de hacerlo.

— ¿Has hablado ya con Ballester?

— Ya lo creo. Tiene su papel bien ensayado, es muy inteligente, y confío que aleccionará á las moras de la huerta de los Claveles, para cuando vuelva Mohamed, si algo las preguntase.

— Perfectamente; vas á dar tú más que hablar que Barceló por la mar; y esto es verso y verdad — dijo Luis. — Vamos, pues, á tomar el pasaje.

Fueron, en efecto, al despacho de los vapores, tomaron el pasaje, y juntos se volvieron al hotel para hacer los preparativos del viaje.

Cuando estaban despidiéndose Guillermo y Luis en la puerta de la Legación de Francia, donde éste último se quedaba,

pasó Ballester con un bulto en la mano.

— ¿Qué llevas ahí, Ballester? — le preguntó Guillermo.

— Nada, una ropa, — contestó con imperturbable aplomo.

Hízolo entrar en el dintel de la puerta para verlo, no pudiendo contener la risa al desenvolver aquel lío. Eran unos atavíos de mujer cristiana, que debería ponerse la mora cuando llegara á bordo.

— ¡Vamos, señores, convengamos en que la humanidad esta loca! — exclamó Luis.

Con esa natural *zozobra*, efecto de las excepcionales circunstancias por que pasaba Guillermo, esperaba ansioso que llegara el siguiente día para ver realizada su soñada felicidad, que no creía alcanzar nunca. Guillermo y el renegado se dirigieron al hotel, y de allí á poco volvió Luis á la habitación de Guillermo.

— Señores — dijo éste, — yo desearía que hoy, acaso por última vez en nuestra vida, comiéramos solos en este cuarto,

para poder hablar con más expansión, y además porque se me figura que en la fisonomía se conoce mi intranquilidad y desasosiego.

— Aprobado. Estamos de acuerdo y vamos á comer á la rusa. Antonio nos traerá de una vez todos los platos, y Barbastro nos servirá.

Así se hizo en efecto, y pudieron hablar sin testigos sobre el viaje que se proponía hacer.

—Supongo que si la mar está buena mañana, como lo está hoy, llegaremos á Algeciras y podremos desembarcar, aun cuando no alijen el contrabando. Si no fuera esto así será una contrariedad para mí; porque seguramente esa mujer se mareará, y el barco no ofrecerá ninguna comodidad.

— No te ilusiones con esa idea; tardaréis aún con viento favorable más de lo que crees — dijo Luis.

— ¿No te ha dicho el patrón el tiempo que tardaremos? — preguntó Guillermo á Ballester.

— La verdad es, señor, que, ocupado sólo de sobornarle, no he pensado en más. Me acuso de mi torpeza; pero como estos barcos pueden atracar cerca del muelle, es posible que en Tarifa mismo pueda dejar á ustedes, continuando él después su rumbo.

— Esto puedes averiguarlo, Ballester, preguntándoselo al patrón con cautela; que ahora de seguro estará en el Círculo de artesanos españoles.

— Creo preferible — repuso Luis — que seamos nosotros mismos los que lo preguntemos, para evitar sospechas y deducciones.

— Ciertamente es mejor.

Cuando concluyeron de comer fueron por la calle central del pueblo, donde está el Casino, y por conducto de un industrial que conocían, y á pretexto de un encargo que tenían que darle al patrón para Algeciras, hablaron con éste, manifestándoles que la mar no estaba tan llana como parecía vista desde tierra, y que tendría que

emplear, si el viento no le era favorable, toda la noche del día del embarque, y todo el siguiente, esperando á la *capa* la madrugada, que era la hora convenida con la gente de tierra en Algeciras para el alijo del contrabando.

— ¡Señores — exclamó Guillermo, — de navegar en mi yatch á hacerlo en un falucho contrabandista, expuesto á una aprehensión, y á andar á tiros con los carabineros, creo que hay alguna diferencia!

— Este caso de seductor y contrabandista es nuevo para mí, y sin duda era preciso para sellar mi carrera galante de un modo novelesco.

A medida que iban avanzando hacia la Huerta de los Claveles, Guillermo hacía consideraciones sobre este y otros puntos, así como de su plan de viaje, que era salir de Tarifa por tierra para Cádiz y sin detenerse más que para hacer un *trousseau* á Zajara, continuar hasta Madrid, y según las circunstancias, detenerse en España ó seguir hasta París, donde se esta-



blecerían. Por todos conceptos no dejaba de ofrecer peligros la travesía; pero al fin, tanto amor iba á tener un término feliz, que bien lo necesitaban los que tanto habían sufrido. Según iban caminando, Guillermo no cesaba de sacar el reloj: los segundos le parecían horas y éstas siglos; la impaciencia le consumía.

— ¡Pronto llega el momento de tener en tu poder á Zajara! — exclamó Luis.

— Ya se divisa la casa.

— Ya la veo, — contestó lleno de júbilo Guillermo — y sólo siento en este instante la pena de dejarte — echando un brazo á Luis por encima del hombro.

Ballester, que iba delante, detúvose de repente, haciendo por instinto todos lo mismo, recordando acaso el encuentro de los riffeños de la antevíspera.

— ¿Qué es eso, Ballester? — dijo Guillermo con inquietud.

— No sé, señor; pero en la puerta de la casa me parece ver dos caballos.

— Alto, señores; fijémonos bien, no se

nos antojen los dedos huéspedes, — dijo Guillermo.

— Sí, en efecto — contestó Luis; — allí se ven bultos que parecen personas.

— ¿Qué puede suceder aquí? — repuso Guillermo con viveza.

— Señor, no lo sé, ni me lo explico, porque caso de ser el Scherif, hubiéramos sabido en Tánger que había llegado.

— Y no siendo él, ¿quién podrá ser? ¿Será Mohamed? — dijo Guillermo.

— Eso sería más fácil.

— Señores, hagamos alto y deliberemos sobre este caso imprevisto y desesperado — añadió Guillermo. — Con ir nosotros á verlo nada adelantaríamos, porque ni ellos nos entenderán ni nosotros á ellos.

— Iré yo, si les parece á ustedes, — repuso Ballester; — pero como ni á estas horas ni por este sitio nada motiva mi presencia, infundiría, con razón, sospechas, que serán mañana una prueba de complicidad.

— Sea como quiera, yo no puedo dejar de ir; — dijo Guillermo; — es posible que

Zajara me crea allí esperándola, y se encuentre sola en este crítico momento.

— Por Dios — contestaron todos — ese caso es punto menos que imposible. ¿Cómo, con esos moros en la puerta, ha de salir?

— Señores, se me ocurre una solución que me parece salvadora — dijo Guillermo con aire decidido: — usted, Ballester, monta á caballo, se va hacia la casa, pregunta si nos han visto, y dice que va á buscarnos suponiéndonos perdidos por estas veredas. Esto es verosimil, y ya nos ha sucedido alguna vez; así podrá averiguar qué sucede.

— Yo no sé montar á caballo — contesto Ballester; — pero voy — y diciendo y haciendo, dejó en el suelo el *necessaire* de Guillermo, y se dirigió á la casa.

Medio desbocado y jadeante el caballo, agarrado á la silla el jinete, y descompuestos los dos, llegó Ballester á poco rato anunciándoles que el que había llegado era efectivamente el Scherif, el cual como no

había pasado por la ciudad se ignoraba su regreso.

—¡Qué espíritu malo, qué *getattura*, qué fatalidad pesa sobre mí, Dios mío! — exclamó Guillermo, convencido de su mala estrella.

Durante breve momento todos guardaron silencio. ¡Qué había que decir ante tan justa queja!

El Scherif, de que antes hablamos, no tenía mujer cristiana como le acontece al Scherif de Wasan, y sí sólo las que el Corán le permitía y algunas más; pero como Guillermo no quería que fuese su mora ni por un momento una de ellas; cuando se hizo cargo de la situación se apoderó de él la ira y los celos en términos que no pueden describirse.

La desesperación fué terrible, y seguramente, en su exaltación, sin los esfuerzos de Luis y el renegado para contenerle, hubiera sido capaz de cometer cualquier atropello.

Tres horas permanecieron cerca de la



puerta de Zajara, confiando en que ella buscaría su evasión en el instante que pudiera realizarla.

Pasado este tiempo, comprendiendo la imposibilidad en que se encontraría de verificarlo, resolvieron retirarse lentamente hacia el hotel.

Dentro de la huerta se estaba desarrollando un drama. Tan pronto como anunciaron las moras la llegada del Scherif, comprendió Zajara lo comprometido de su posición: hermosa como era para todos, y una novedad para el Scherif, sería sin duda solicitada por éste, y acabaría por sucumbir.

Un rayo de luz iluminó su mente. Aquella mujer, de tiernos sentimientos, de angelical dulzura, sacando energía de su enamorado corazón, en un momento de arrebato coge un puñal damasquino que encuentra en una mesa, y blandiendo el arma en la diestra dice á sus compañeras con acento decidido: «Véis este puñal; pues será para la que de vosotras diga al Scherif que yo estoy aquí.»

Tan resuelta estaba á darlas la muerte y dársela ella después, que sus compañeras se quedaron aterradas cuando la oyeron, sin pronunciar palabra. Zajara, sin ser observada por nadie, se dirigió al jardín y permaneció oculta tras unos árboles hasta que, no oyendo ruido alguno que la infundiese sospecha de ser vista, se creyó á salvo, y pudo salir de aquella angustiosa situación.

Ciega, desalada, llevada en alas de su pasión hacia Guillermo, desafiando todos los peligros, corrió en busca de su amante.

Por enmarañados matorrales y cerrado bosque, buscando senderos trazados por la babucha del moro ó el pie del camello, sin más norte que la esperanza de ver al ídolo de su corazón, aquella mujer celestial, impulsada por el fuego de su amor, llegó á casa de Guillermo, que encontró cerrada. ¡Qué horas pasaría de angustia aquella enamorada mujer, no viéndole ni pudiendo llegar hasta él!

Con los primeros rayos del alba la pobre Zajara tuvo que alejarse, refugiándose en la vivienda de su odiado marido.

Al siguiente día de este inesperado contratiempo recibió Luis un aviso por la mañana para que pasara al cuarto de Guillermo.

El bueno de Barbastro, tan bravo en la pelea como leal y cariñoso en la intimidad, estaba en la puerta de la habitación de Guillermo, con marcadas huellas de pena en su fisonomía cuando entró Luis.



— ¿Qué sucede, Barbastro? — preguntó Luis.

— Que el señorito Guillermo está gravemente enfermo. Anoche, cuando ustedes se retiraron á su cuarto, me despidió con un acento tan triste, que comprendí que se había apoderado de su mente alguna idea siniestra.

—Me voy á quedar con usted—le dije.

—No, Barbastro, no, vete; quiero estar solo.... estoy dejado del mundo y de la mano de Dios, y ya no puedo resistir más.

—Señorito, si usted me permite que me quede aquí, se lo agradeceré; porque la gente con quien yo vivo se habrá acostado y no me esperará; de modo que, no tengo ni cama ni hogar.

—Quédate entonces, y pide un cuarto en la fonda, pero déjame solo.

—Yo no quería dejarle solo; el señorito estaba como loco; tenía miedo de que en su estado de excitación hiciera lo que un alférez de mi regimiento hizo en Pamplona, que se pegó un tiro por una mujer de quien también estaba enamorado. Me salí del cuarto; pero por el agujero de la llave estuve mirando lo que hacía, cuando le ví dirigirse á su mesa donde tenía el revólver; me estremecí, y, llevado de mi natural impulso entré de repente, diciéndole que creí me llamaba.

—¿Cómo no te has ido?—me preguntó.

— Señorito; aunque se enfade usted conmigo no me iré de su lado esta noche. Si usted me echa de su cuarto me quedaré como un perro acostado en el dintel de la puerta; así como así he dormido en la calle tantas veces, que este pasillo alfombrado me parece un palacio.

— ¡Pobre Barbastro, qué bueno eres, — replicó el señorito — eres un hombre de mérito!

— Mire usted, D. Luis, créame, como me llamo Ballester, que me entristecí al verle sufrir tanto. Con pretexto de darle un pañuelo le toqué la mano, y estaba ardiendo; y como yo, aunque poco, sé algo de medicina, comprendí que tenía gran fiebre y estaba amagado de una congestión. A fuerza de ruegos conseguí se acostara; porque verdaderamente no podía tenerse en pie. De allí á poco rato le entró un fuerte delirio, siendo Zajara su constante idea, mezclando con este nombre el de una Jenny á la que decía que desde que la conoció había perdido su felicidad.

— Pues no conozco en la historia de Guillermo ninguna Jenny — repuso Luis.

— Mandé á un criado — prosiguió Ballester — á buscar al médico; pero estaba en el campo, y no vino. Yo le encuentro mal hoy también, aunque mejor que en la madrugada, y por esto he querido que usted le viera y determinara lo que le parezca.

Luis vió que lo dicho por Ballester respecto á la gravedad era exacto, fué en busca de otro médico, y luego que éste le reconoció hizo un pronóstico reservado, calificando la enfermedad de congestión cerebral grave.

No tenemos otra cosa que hacer — dijo Luis — sino cuidarle é instalarnos aquí los amigos y tú. Esto es una desgracia; y nada me admira, porque estaba amenazado de una enfermedad.

Pasaron unos cuantos días y fué dominándose la gravedad del mal, entrando en el período de convalecencia, encargándose los amigos que estaban en el secreto de en-

gañarle, haciéndole creer que el Scherif no estaba ya en Tánger, y que la misma noche de su llegada se fué á su casa sin ser vista por nadie, y que en cuanto pudiera salir se fugaría con él.

Con estas esperanzas y con las noticias que fingía Barbastro traerle de Zajara, iba conllevando su situación por demás angustiosa.

Apresurando la convalecencia, salió á la calle, y naturalmente, su primer paseo fué por casa de la mujer que adoraba.

Zajara estaba esperando el deseado instante de ver á Guillermo, y cuando éste pasó con el renegado, le arrojó un papel, en que renovaba sus protestas de amor.

No necesitaba Guillermo nuevas demostraciones de cariño, y al día siguiente cuando por la noche volvió por casa de su amada llevaba una carta escrita en árabe, que Zajara cogío por medio de una cinta echada desde la celosía en la que poco más ó menos decía:

—»Si no estás arrepentida de la determi-

nación tomada la ultima noche que hablamos en la huerta de los Claveles, tan pronto como tengamos medio oportuno, abandonaremos á Tánger. Cada día te quiero más; tuyo siempre Guillermo. »

Zajara, así que tuvo la carta entre sus manos, exclamó llena de alegría:

— « Espérate » — y en efecto á pocos momentos volvió á la celosía, arrojando á Guillermo la respuesta al dorso de su misma carta.

— « Luz de mis ojos, estrella de mi ca mino, Dios te ha enviado para mi felicidad, te seguiré donde vayas, mi alma y mi vida son tuyas, avísame cuándo nos reuniremos para siempre.» —Esta era la respuesta que Zajara daba á la carta de Guillermo, y que á la claridad de la luna de una espléndida noche de verano traducía el renegado.

— ¿Oyes, Barbastro? — decía Guillermo al leal renegado.

— Señor, sufro y gozo al mismo tiempo viendo este entusiasmo; envidio tanta felicidad que yo hubiera disfrutado con aquella

muchacha navarra que me ha hecho desgraciado. En fin, no quiero hablar á usted de esas cosas pasadas que nada le importan.

— ¿Y tú crees fácil encontrar otro barco como el que me procuraste la famosa noche de la llegada del Scherif?

— Sí, señor — contestó Barbastro.

La única dificultad que podríamos tener es la de precio, y esa está resuelta.

Mañana mismo empezaré mis indagaciones, y de un momento á otro verá usted cumplidos sus deseos.

Después de un corto rato que pasaron en la esquina de la casa de Zajara se retiraron, comenzando en seguida el renegado sus gestiones para encontrar el buque que había de sacarlos de Tánger.

Tres días después de las cartas cruzadas entre Zajara y Guillermo, se presentó Barbastro en la habitación de éste, lleno de entusiasmo.

— Señor, señor, ya tenemos el barco. Conozco al Capitán, es un catalán muy

brusco, pero servicial, y le gusta hacer un favor, sobre todo..... si se le pagan bien.

— ¿Y es amigo tuyo, de confianza?

— No tenga cuidado, señor; yo le aseguro á usted que en cuanto le hable me dirá que cuente con él.

Aquí le llaman *El Negrero*, porque parece que se ha dedicado á ese trato también, y es lo mismo para un negocio bueno que malo. Por supuesto es contrabandista, y de seguro no lleva nada en el barco que sea de lícito comercio.

— ¿Qué más contrabando que nosotros? — dijo Guillermo.

Encárgate tú de hablarle y arreglarlo todo, procurando quitar importancia al hecho y á mi persona, para que no se aproveche.....

—No me haga usted, D. Guillermo, esas observaciones. ¿Soy acaso tan torpe?

— Verdad que no. Tienes razón, y no he debido advertírtelo.

Guillermo fué inmediatamente á dar

cuenta del caso á Luis, el cual le felicitó con efusión.

— Todo va como la propia rosa — díjole Luis. Estás de enhorabuena.

Concluída la maniobra, y los quehaceres que tuviera el Capitán á bordo, bajó á tierra al anochecer. Ballester le estaba esperando para concertar la evasión de Zajara con Guillermo, ajustar el precio de tan señalado servicio, y saber el plan del viaje, punto de desembarco, modo de efectuarlo, y, en una palabra, todos los detalles exigibles.

Eran las diez de la noche cuando se presentaba Barbastro nuevamente en el hotel, con las satisfactorias noticias de estar todo arreglado.

— Vamos, dame pormenores de tu entrevista — díjole Guillermo.

— He hablado con el catalán — repuso Ballester, — sigue tan áspero como cuando le conocí, y sobre todo interesado.

Les conducirá á ustedes y le darán 4.000 reales. Saldrán de noche: el bote le man-

dará á un sitio distante del embarcadero, para evitar tener que sobornar al moro, Capitán del puerto; procurando yo mientras entretenerle disimuladamente, así como á los de la Aduana, hasta que ustedes salgan mar adentro: con esto no les llamará la atención ver una mujer en el bote, que no han visto antes desembarcar. Si fuese posible tomar el bote más lejos, sería mejor; porque como está ahí el buque de guerra, al echar el centinela de la porta el *¡Ah! el del bote,* tendría un tropiezo, y tal vez una dificultad, un reconocimiento, ó sabe Dios..... porque los soldados y los marineros de guerra son temibles en cuanto se visten el uniforme.

Una vez embarcados, les llevarán á la goleta, y saldrán de madrugada, estarán todo el día en la mar, hasta las doce de la noche, que el Capitán piensa alijar en Algeciras (si puede).

— ¿Y si no puede? — repuso Guillermo.

— Se *aguantan* á la *capa* hasta las doce de la noche siguiente, que es la hora con-

venida con la gente de tierra que ha de ayudar al alijo.

— ¡Para treinta millas ó menos, dos ó tres días, en un mal barco, — exclamó Guillermo — es cosa terrible!

En fin, no queda otro recurso; y hay que cerrar los ojos y decir como los viejos tripulantes: « á la *mar* me *voy;* mis obras dirán *quién soy.* »

— Queda aceptado lo que él propone. Contesta que estoy conforme. Aún estará en el café, ó eso que llaman casino; y ven después á decirme la hora de embarque. Además necesito me procures otra vez aquel traje de cristiana, para que, si es posible, se vista Zajara en tu casa antes de ir á bordo.

— Pues corro á ver al Capitán, y estaré aquí en seguida.

Pasada una hora, poco más ó menos, volvió el renegado.

— Está todo convenido, D. Guillermo, y mañana, de nueve á diez, estará el bote esperándolos. Me ha dicho el Capitán que

esta misma noche necesitaría cien pesos para comprar aquí unas bagatelas, y que si no le molestaba á usted, que se los pidiese, no como señal ni garantía, sino como medio de satisfacer un urgente compromiso.

— Tómalos, y llévaselos á escape — dijo Guillermo; — vuelve en seguida para ir á la una á prevenírselo á Zajara.

Sumido quedó Guillermo en profundas meditaciones sobre el paso trascendental que iba á dar, y no era para menos el caso. No era Guillermo un hombre descreído y sin freno moral, capaz de cometer un delito sólo por satisfacer un capricho; era, ó por lo menos había sido hasta entonces, un hombre juicioso, y no es raro que entrara por mucho en su turbación el porvenir de aquella mujer; quizás la pena que su marido pudiera tener, la opinión poco favorable que el día que se supiese ese hecho se formaría de él, y otras mil consideraciones de igual ó mayor importancia, que entonces pasarían por su mente, y que

eran para nosotros desconocidas por entonces.

Cuando á las once entró Luis en su cuarto estaba Guillermo tan profundamente preocupado, sentado delante de su escritorio, que no se dió cuenta de la presencia de Luis en la habitación hasta después de media hora.

Luis tuvo la paciencia de verle sin prorrumpir palabra tan largo rato.

— ¡Hola, amigo Guillermo; ¿qué piensas?

— Nada, chico, tengo en completa revolución mi cerebro: voy á realizar un ensueño, el ideal de mi vida; se van á traducir en realidad y tomar cuerpo los sueños que, con sin igual deleite, acariciaba mi imaginación; no puede caberme duda de la sinceridad del cariño de esta mujer, y por eso acaso yo me he dejado llevar en alas de mi pasión. Creo que la hago un bien, bajo todos los puntos de vista, sacándola de esta corrompida sociedad; pero, al mismo tiempo, la idea de mi proceder algo

pérfido, por más que lo disculpe la pasión, me hace cierta mella en la conciencia, habiendo, sin duda, algo de innoble en mi conducta, hasta ahora pura é intachable aun para la más severa censura. Mi vida agitada, desordenada y tumultuosa, ha hecho de mí un personaje de leyenda. Si me cupiera alguna duda sobre la predestinación, ahora me convencería de su existencia; es menester decir con los árabes: *mektul-al-lah:* « estaba escrito ».

— ¿Y qué hay de *partenza*, Guillermo?

— Que mañana á las nueve saldremos para este viaje, en que empieza mi nueva luna de miel en su cuarto creciente bajo unos auspicios, no sé si buenos ó malos, pero desde luego originales. Esta noche á la una, que pronto dará, iré á ver á *Zajara* y darla la noticia de que á las nueve salga de su casa, cuando yo pase por allí con Ballester. Tan pronto como esté en la calle la transfiguramos; la taparé con un impermeable de señora que compraré mañana á la mujer del Sheriff de Wasán,

que los trajo de Gibraltar hace días; la plantamos un sombrero de señora, si es que aquí los hay, que lo dudo; y en el bote la daré la ropa de cristiana, que ella no sabrá vestirse, y tendré que hacer yo de doncella, papel no conocido nunca en mi repertorio.....

Algunos epigramas se mezclaron en la conversación, y la verdad es que el asunto se prestaba á ellos como ningún otro.

Llegó la hora de la cita. Guillermo salió con el renegado, llevando una carta en árabe para Zajara, y Luis se retiró á su cuarto.

Zajara, con la inquietud natural, estaba en la azotea esperando á Guillermo, cuando éste con el renegado apareció por la esquina de la Alcazaba.

Así que éste la enseñó la carta echó una cinta para recogerla y subirla.

La carta, escrita en árabe por Ballester, decía así: «Mañana te espero á las nueve para abandonar este país para siempre.»

Zajara, así que cogió la carta y la leyó arrojó su pañuelo, y dentro de la misma carta de Guillermo, escribió:

— « Sí; estaré. — Te adoro. »

¡Qué mundo de poesía encerraba aquella lacónica respuesta para Guillermo!

La alegría se le pintaba en la cara; todas sus penas, sus tormentos estaban pródigamente recompensados. Todos los placeres de la vida juntos no valían lo que aquellas tres palabras de Zajara. Guillermo amaba por vez primera, habiéndolo creído hacer tantas veces.

— Vámonos, Ballester, á casa á preparar mi equipaje, á liquidar cuentas en el hotel y á ir pensando en lo que les he de decir sobre mi precipitado viaje.

De nadie más que de Luis quiso despedirse Guillermo, dejándole el encargo de que lo hiciera en su nombre, y repartiera numerosas tarjetas llenas de frases cariñosas para todos los amigos, que eran tantos cuantos le habían tratado, porque Guillermo poseía en alto grado el don de la

simpatía. Por fortuna, ningún otro huésped del hotel fué aquel día á Gibraltar, y pudo su criado embarcarse perfectamente con el nombre de su amo; pasando las horas que mediaron entre la salida del vapor, á la una de la tarde, hasta las nueve, que era la hora convenida para la fuga de Zajara, en la modesta vivienda del renegado, donde comieron aquel día para no ser vistos por nadie.

Haciendo proyectos y discurriendo sobre el porvenir se fué acercando la hora de la despedida.

— Son las ocho y media, D. Guillermo — advirtió Ballester. — Tenga usted en cuenta que hay que dar un rodeo para ir á casa de Zajara para no ser visto por nadie.

— Ciertamente. Es preciso salir.

— Yo te acompañaré — dijo Luis — para darte el último adiós por ahora.....

— Ó para siempre — contestó Guillermo; — quién sabe.

Huída de Zajara.

La calle donde vivía Zajara estaba desierta. El silencio más completo reinaba en aquellas tres casas que formaban el codo, que constituían las dos últimas revueltas de aquella laberíntica calle.

— ¡ Cuántas veces, mirándote — decía entre sí Guillermo, dirigiendo la vista á la casa de Zajara, — he suspirado por la que se cobijaba tras esos muros ! Me despido con cariño para siempre de tí.

Cuando llegaron á la esquina, el reloj de la mezquita daba las nueve.

¡Momento supremo! La puerta se entreabrió; una tenue claridad se dejó ver en el fondo del patio; un jaique blanco se

deslizaba tan cerca de la pared, que no hacía relieve sobre ella; aquella mujer parecía un fantasma: Guillermo se acercó



á *Zajara*, la dió el brazo y se dirigieron hacia la playa.

Luis y el renegado los miraban con envidia.

Zajara, cuando dobló la esquina que daba al campo, volvió la cabeza y dirigió una mirada á su casa..... Dos lágrimas

rodaron por sus mejillas..... Eran la despedida para siempre á aquella morada, en la que tantos años estuvo cautiva.

Guillermo se separó un momento de aquella mujer conmovido, y volviéndose hacia Luis y el renegado, les dió un abrazo sin proferir palabra.

¡Qué elocuente es á veces el silencio!

Un momento después los dos enamorados entraron en el bote.

— *Abre*— dijo el patrón á los marineros, — y la barca fué poco á poco perdiéndose de vista en la inmensidad del Océano.

Luis y el renegado permanecieron silenciosos en la playa durante un rato.

¡Qué ancho campo ofrece á la reflexión este acto de Guillermo, y de qué modos tan diversos será juzgado por el mundo ese hombre, cuando en él no hay más falta que tener sobra de corazón.....! Este y otros pensamientos se agolpaban á la mente de Luis cuando vieron de nuevo el bote.

Mr. Percival y sus hijas, que desde la cubierta del *Yacth* se entretenían en diri-

gir el foco de luz eléctrica á cuantos objetos y sitios les agradaba, en aquel momento miraban el bote.

Ballester dijo á Luis:

— Mire, señor, qué claramente se ve ahora á D. Guillermo. Todavía lleva la mora el albornoz, al menos yo diviso algo blanco y nadie en el bote llevaba ropa tan clara.

— ¿Cómo se han de figurar las inglesas, al iluminar el bote, que entre los que allí van, uno es Guillermo? — dijo Luis.

— Cuando pase al costado de ese *yacth*, que representa el lujo y la opulencia, aquel humilde bote, bogado por tres marineros andrajosos, apreciará Guillermo la diferencia que hay de ayer á hoy, y sin embargo, aquellas mujeres que al entregar su mano á sus maridos llevarán con ella un tesoro real y efectivo no harán sentir á ningún hombre tal vez los inefables goces del verdadero amor. Todo es así en la vida.

— Ya atraca el bote al costado de la go-

leta, ya suben la escala — dijo Ballester. — ¿Lo ve usted, D. Luis.

— Sí, lo veo — contestó éste — vámonos ya y que sean muy felices.

A los dos días, como acontece en toda sociedad poco numerosa, se echó de menos á Guillermo y continuamente todos preguntaban por él á Luis á medida que lo iban viendo. Este se apresuró á contestar que había sido llamado de París urgentemente para negocios de gran importancia y que estaba tan preocupado y amenazado de una ruina próxima por descuido ó mala fe de sus administradores, que no había querido ver á nadie, dejándole el encargo de despedirse por él de todos y ofreciéndole volver en cuanto terminase el negocio que le obligaba á abandonarles.

La ausencia de la mora no podía ser conocida de la sociedad europea y aun menos ligarse con la marcha de Guillermo. Completamente separadas en Marruecos las sociedades cristiana y mora, y sin puntos de contacto; sólo algún chismoso des-

ocupado podía decir algo, pero de ninguna manera, nadie de los que estaban en el secreto había de revelarlo. En previsión, no obstante, de que Abdul pudiese, aunque era muy listo, ser sorprendido por alguien, Luis le llamó para darle instrucciones y prevenirle, para todas las contingencias que pudieran sobrevenir, teniendo en cuenta que podría haberse traslucido la trama urdida, y como no se le exigía el silencio, hablar más de lo conveniente con perjuicio para Guillermo y disgusto para todos.

— Abdul, ¿sabes alguna cosa — le preguntó Luis — de aquella mora que le gustaba á D. Guillermo, y que luego que la dejó su marido en la huerta de los Claveles no me volvió á hablar de ella?

— Sí, señor — dijo sonriendo. — Don Guillermo vestido de moro iba á verla con el renegado por las noches.

— Hombre, eso no es posible; de haber sucedido así, yo lo hubiera sabido, porque á mí no me ocultaba nada.

— Pues, sí, señor, yo lo sé muy bien.

— ¿Quién te lo ha dicho?

— Yo lo sé, señor.

— Contesta pronto, ¿quién te lo ha dicho? porque eso no es cierto. Sé que se ha vestido de moro, como todos nosotros hacemos á menudo por capricho, y estoy seguro, que de haber entrado en casa de Zajara, me lo hubiera contado.

— No digo que haya entrado, pero que pasaba por allí es muy cierto.

— Eso es cosa distinta, eso ya lo sé yo; pero también sé que hacía mucho tiempo que no daba aquellos paseos, que después de todo lo hacía, como comprenderás, porque no tenía otra cosa de que ocuparse.

Abdul sonreía.

— Hombre, ¿de qué te ríes?

— Es así mi cara — contestó con su sorna habitual.

— Pues para hablar conmigo te pones otra.

— Me reía, señorito, *de que desías de que la iba á ver á Zajara porque no tenía otra cosa que haser, y esto no es verdad, porque es*

que la quería mucho. Nosotros los moros en eso de amores somos como los cristianos.

—Yo no te digo que no la quisiera mucho ó poco, lo que te digo es que no la veía nunca; eso es lo único que yo sé, pero conviene que te haga una advertencia, y antes una pregunta.

¿Sabes tú si alguien más que tú, Don Guillermo y yo, ha podido enterarse de que Zajara le gustaba y la paseaba la calle?

—Creo que nadie, es decir, el renegado lo habrá dicho.

—Alto, Abdul; el renegado no ha dicho nada; y te advierto que es hombre tan leal y honrado, que jamás dirá ni palabra sobre esto y que yo le protejo, con lo cual está asegurado de todo peligro. Te advierto esto para que no le culpes de traición, si algo se sabe. Así, pues, quiero (lo entiendes) que tú jamás hables con nadie absolutamente de Zajara, y que si te preguntasen, que no contestes otra cosa sino que no sabes nada, ni nada has oído hablar jamás de ella aquí. Ya ves que tu misión

es fácil. En este caso estás libre de castigo; si no lo haces así y te metes á parlanchín, te acordarás de mí. ¿Estás enterado?

— Sí, señor.

— Pues nada más.

Si Abdul sabía ó no algo más de lo que decía, era difícil averiguarlo porque era muy solapado; pero esta misma circunstancia hacía confiar en su silencio.

Después de esta conferencia, y cuando Luis iba á salir de su cuarto al siguiente día para acompañar á las inglesas, Abdul le llamó aparte.

—Una noticia grande quiero *desirte,* señor.

— ¿Qué pasa, qué ocurre que con tanta urgencia me llamas?

— «Que la mora ha desaparecido ayer, dejando encerradas á las esclavas en el Matjen. Estas han estado llamando muchas horas y *tirar la puerta abajo y salir. Zajara no estaba en casa, busca aquí, busca allá, Zajara huir. Ellas fueron á la hebrea de enfrente preguntar, no sabía nada, nadie la ha visto.*»

— Se armó la gorda — dijo Luis para sus adentros.

— ¿Es curioso eso que me cuentas? ¿Se habrá suicidado?

— No — dijo en seguida, — *moros no hacer eso.*

— Y entonces, ¿qué piensas tú que pueda ser?

— No sé, señor.

— Pues mira, Abdul, llégate á casa de la hebrea, y sin decir tú nada ni darles consejo, sino como hombre experimentado, las adviertes que no deben tomar parte en nada ni contar á nadie si la hebrea enseñaba castellano á la mora ni siquiera que la veía. Averigua cuanto puedas, y vuelve á decírmelo; pero pronto. ¿Entiendes?

Luis montó á caballo y fué al encuentro de las inglesas, que se adelantaron un poco por el camino de Fez, que ofrece, como todo el campo de los alrededores de Tánger, un paisaje encantador.

Preocupado en extremo fué toda la tar-

de, pensando en el giro que pudiera tener la cuestión hispano-árabe, ó sea la de la mora y Guillermo.

Cuando volvió se encontró con Abdul, que estaba en la puerta esperándole.

— ¿Has hablado con alguien de aquello que sabes?

— Sí, señor — contestó Abdul. — He visto á la hebrea, y me ha dicho que está muy asustada, porque si cogen á Zajara en una infidelidad la cortan la cabeza. Dicen que no creen se haya escapado con ningún hombre, sino que la han robado.

— Pero ¿quién?

— Algún genio malo.

— ¿Pero, Abdul, tú sigues creyendo en eso de los seres invisibles?

— Yo no, pero la hebrea me decía que hay unos seres incorpóreos, y los moros lo creen también, que Dios ha creado del fuego, y los hay buenos y malos. « Mira, me decía la hebrea, eligen cualquier camino para sus excursiones; por eso de noche les ponemos comida en ciertos sitios

para que, agradecidos, no nos hagan ningún mal. Algunas veces chillan mucho y yo les oigo. Pues bien, Sidi Abdul: á *Zajara* se la han llevado los malos genios, créelo, y yo desde anoche tengo miedo y duermo atada á la cama. »

— ¿Pero, Abdul, tú crees en eso?

— Yo no, señor. Eso que oyen son las ratas, que andan por las calles, tan gordas como gatos y más; pero bueno es que lo crean por si acaso.

— Y esa hebrea que tiene miedo de que la roben también, ¿es guapa?

— Hase cuenta es horrorosa. Si se hubiese casado conmigo y hubiéramos tenido hijos, nos echan del imperio por feos.

— ¿Y la gente de las otras casas de moros sabe algo del suceso?

— Creo que se lo han contado las esclavas á algún moro.

— Pues entonces lo sabe ya el Kaid y todas las autoridades moras.

— Si lo saben, no lo dirán á los cristianos, — repuso Abdul.

— Oye, Abdul — dijo Luis, — tú habla con los moros, y sin preguntar nada, procura que ellos saquen la conversación; pero tú cállate, no te las des ahora de Taleb (sabio) y lo eches todo á perder.

Cuatro días pasaron sin que ocurriera nada digno de ocuparnos, y sin poder saber nada de lo que se decía acerca de Zajara, cuando llegó la primera carta de Guillermo, fechada en Algeciras.

....

« Zajara es un conjunto de todas las perfecciones del alma y del cuerpo. La fantasía del más inspirado poeta no sabría describir la inmensa felicidad de que disfruto al lado de esta mujer, que no se parece á ninguna de las que he visto. Todo es sublime en ella, y sólo me apena el no haberla conocido en mi juventud.

» Brevemente voy á darte cuenta de mi azaroso viaje. Nos hicimos á la vela á las nueve, la mar estaba como un lago. Nosotros respirando la felicidad de dos enamorados.....

» A eso de la una saltó un viento fresco de popa que nos ayudó para llegar antes de la madrugada á la vista de Algeciras. En aguas jurisdiccionales inglesas, un bote se nos puso al costado, sospechando que llevábamos contrabando, y acertaban. Nos acercamos á la costa, y el día empezaba á clarear; los carabineros nos divisaron, y ya era era imposible hacer el alijo.

» De repente se nos echó encima una densa niebla, de esas que hay á cada paso en el Estrecho, y no nos veíamos los dedos de la mano. Zajara, si tuvo miedo, lo que no hubiera sido raro, lo disimuló; pero nada dijo por no mortificarme; almorzamos con el capitán, pasando el día sobre cubierta deliciosamente, y por fin, á las doce de la noche, el bote nos dejó en tierra, hizo su alijo, valiéndose de unos individuos que por el traje demostraban no ser de la familia de los Rostchild; y nosotros, andando unos cuantos kilómetros, llegamos á una venta, donde descansamos y encontramos un individuo que nos acompañó á

la fonda, donde me encontré con Luciano, mi criado, el cual todavía no ha vuelto de su asombro cuando, al ayudar á quitarse el impermeable á Zajara, la vió vestida con caftán y el traje de musulmana.

» Hoy mismo saldremos para Cádiz en un destartalado coche que he sabido hace ese viaje; por el arte que tiene, si estuviera más cerca Cádiz, le diría al mayoral lo que aquel del cuento á un calesero que, encontrándole á pie en un camino, le dijo: — « Suba usted, que voy de vacío, » — y el otro le contestó: — « Muchas gracias; voy de priesa. »

. . . .

» Deseo mucho saber lo que haya ocurrido ahí, con todos sus pormenores, y principalmente, si alguna contrariedad te he ocasionado, que me dolería mucho.

» Yo no me detendré en Sevilla, por si está allí el Sr. Mohamed. Dirígeme las cartas y telegramas al Hotel de París en Madrid.

. . . .

Guillermo. »

Durante mucho tiempo Guillermo y Luis mantuvieron frecuente correspondencia, y por éste tuve ocasión de saber, así como por otros amigos, que *Z*ajara, que se llamaba María desde que entró en Europa, llamaba la atención en París por su elegancia en el Bois, y que los dos amantes vivían en un hotel cerca de los Campos Elíseos, haciendo la vida del amor y del arte.

No he llegado á averiguar en qué forma pudo darse por concluído el contrato mercantil entre Luis y el moro cuando éste regresó de su expedición; sólo he sabido que ocho meses después de la salida de Guillermo, Luis abandonó á Tánger, trasladándose á Italia, donde dos años más tarde volví á verle.



Conclusión.

ERA el 24 de Junio de 1885, día de triste recordación; el cólera hacía estragos en España y una parte de Francia. Luis y un su amigo estaban en la estación de Hendaya esperando el tren de España para París.

Aquella estación, tan animada otros veranos, llena de alegres españoles del tren de recreo, dando gritos y llamándose recíprocamente la atención al ver los gendarmes ó algún soldado francés, y figurándose que entraban en el país de la farsa, en contraposición de los franceses, que creían que allí se acababa la barrera de la civilización, y entraban en España como en país

conquistado, aquella estación era este día un cementerio.

El más doloroso espanto se reflejaba en todos los semblantes.

El hombre más animoso decaía al ver el sufrimiento de los demás.

El abrazo de despedida al amigo se daba con lágrimas en los ojos esperando fuera el adiós eterno. Todo era allí lúgubre; una sonrisa se hubiera tomado por un insulto.

Nadie hablaba alto; hasta los empleados de la línea anunciaban la salida de los trenes con apagada voz.

Luis y su amigo Gustavo R. estaban sentados en una mesa del ángulo de la puerta de entrada del restaurant, cuando vieron llegar dos Hermanas de la Caridad que se dirigían al mostrador pidiendo, con esa humildad que las caracteriza, un vaso de agua.

Distraído el dueño de la fonda; no las observó, y al cabo de un momento Luis se levantó y las llevó el vaso de agua que pedían, tomándola de su misma mesa.

— Siéntense ustedes aquí, Hermanas, y pidan lo que gusten, que las servirán antes que en el mostrador — díjolas Luis.

— Muchas gracias — contestaron las dos con ese tono suave y dulce que tienen esos ángeles de la tierra que agostan en flor sus vidas por la humanidad. — No podemos tomar nada. Hemos pedido agua porque venimos abrasadas del viaje, y hemos estado muchas horas en un hospital diezmado por esta epidemia que aflige á la pobre Francia y España en estos momentos.

En aquellas mujeres de alma tan delicada se marcaba el sufrimiento físico y moral.

— No puede darse en la tierra mérito igual al de ustedes, Hermanas; yo admiro su altísima misión, llevando la caridad y el consuelo en el infortunio, amparando la orfandad, la viudez, consolando la tristeza; todos los hombres somos muy inferiores á ustedes — dijo Luis.

— Por Dios, señor, no diga eso; nosotras todavía hacemos poco — contestó una

de ellas, sonrojándose ambas de las tan justas alabanzas que oían.

Al hablar Luis con las Hermanas observó que una de ellas le miraba sin cesar, como se mira á la persona que se conoce y cuesta trabajo no decírselo. A primera vista se reconocía en ellas la distinción de la cuna, su noble origen, su esmerada educación. Eran además bastante bonitas, aun cuando la que Luis suponía que debía conocerle tenía huellas de demacración, más que las que produce el tiempo, las que ocasionan las penas.

Al cabo de un corto rato, no pudiendo resistir más su curiosidad, que sea dicho de paso, en el sexo fuerte es tanta ó más que en el bello sexo, se decidió á romper el silencio, y entabló con ella el siguiente diálogo:

—Hermana, si usted me lo permitiera, la haría una pregunta, y la ruego me perdone la libertad que me tomo.

—No importa nada, —le contestó— diga cuanto guste.

— Yo creo que conozco á usted, pero el traje la desfigura á mi imaginación ó tal vez esté confundido.

— No sé si me conocerá — contestó con una sonrisa mezclada de dulzura y de inocente malicia, que contribuyó más á confirmarle en su idea.

— Usted no es francesa, aunque habla correctamente el francés, ni española, porque su acento tampoco lo revela. ¿Será usted italiana? porque yo también he estado allí y he conocido en los hospitales que sostiene España muchas Hermanas. ¿Es acaso allí donde la he visto, y estoy tan ofuscado que no la recuerdo?

Perdóneme usted mis insistentes preguntas; pero confieso que me cuesta trabajo declararme torpe como fisonomista.

— No me debe conocer — contestó la Hermana; — no soy ni española ni francesa, ni italiana, ni aun siquiera europea.

Hubiera creído adivinar en el modo gutural de pronunciar el francés su origen

africano, pero no es éste el país que da contingente para Hermanas de la Caridad — repuso Luis.

— ¿Es usted acaso argelina?

— No, señor — contestó sonriendo.

Convencido de que el interrogatorio iba siendo poco de su agrado, por el modo de contestarle, guardó silencio, quedándose con el deseo de saber de dónde era tan simpática é interesante mujer.

Momentos después se levantaron, y en el andén, en las dos horas que tuvieron que esperar el tren que de España venía con retraso, diferentes veces cruzaron sus miradas, sin llegar á descubrir quién era.

Entre las personas que se encontraban en la estación Luis vió al Vicecónsul de España, antiguo amigo suyo, y á él se dirigió, rogándole que averiguase quién era la Hermana de la Caridad. Por razón del cargo, podía el Cónsul ejercer allí cierta autoridad y disfrutaba de privilegios de que ellos carecían, y de allí á poco, en una de las mil vueltas que dieron en el andén,

le vieron hablando con un Cura francés que antes había hablado con las referidas Hermanas.

— Hombre, ya va usted á salir de la curiosidad — díjole el amigo que le acompañaba. — Ahí viene el Vicecónsul y trae cara de darle á usted noticias.

— Acaba de decirme ese Sacerdote, — repuso el Vicecónsul — al que conozco de Tolosa, que esa Hermana es africana; se llama Sor María Africa, nombre que llevan todas las mujeres de aquel país. Que era hebrea hasta hace poco tiempo, habiendo profesado en París hace más de un año; y que el Gobierno acaba de condecorarla con la Cruz de la Legión de Honor por su mérito y su virtud en estas tristes circunstancias.

— Gracias, Carlos.

— ¿Será esta mujer una hebrea de quien fuí padrino de su boda en Tánger? No salgo de mi asombro — repuso Luis, — y lo único que he adelantado con su noticia es excitar más, si cabe, mi curiosidad. Así

que llegue á París voy á averiguar quién es esa mujer.

Llenos de curiosidad se separaron los dos amigos, tomando Luis el tren de París y el otro el de España, y á vuelta de algunos días recibió la siguiente carta, que copio fielmente, y que por una rarísima circunstancia ha llegado á mis manos:

«Querido amigo Gustavo: Hice por mí mismo las averiguaciones que usted y yo deseábamos respecto de la Hermana de la Caridad, y con la misma sorpresa que usted tendrá cuando lea ésta, supe que esa angelical é interesante mujer á quien el destino la había trazado un camino tan sobrenatural es la misma *Z*ajara de Tánger. Como usted no ha de explicarse este misterio, voy á descifrárselo, que de seguro le causará tan honda pena como yo he experimentado al saberlo.

» Empezaré por dar á usted cuenta de este drama por el segundo acto, porque el primero pasó á nuestra vista.

» Guillermo se separó de nosotros, como

recordará usted, en Tánger para venir á París. Así lo hizo, viviendo con cierto desahogo y hasta con lujo en los Campos Elíseos. Conservaba cerca de 50.000 francos de renta. Cada día estaba más enamorado de Zajara y ella de él, siendo un paraíso aquella mansión, donde no se interrumpía un momento la felicidad, haciendo la vida de la inteligencia, de las artes y del amor. El claro entendimiento de Zajara, cultivado bajo la discreta dirección de Guillermo, se desarrolló de un modo portentoso, y á poco de estar en París conocía el francés como una indígena. Su deseo de instruirse era insaciable y su amor á los libros no reconocía límites, ocupando su tiempo en devorar cuantos se le venían á la mano, sobre todo novelas y asuntos religiosos.

» No tardó mucho en hacerse simpática cuantas personas la trataban, por su in-ɔmparable bondad, rodeándola Guillermo una estimable sociedad, en la que po-ı aprender las costumbres europeas, tan ɛvas para ella.

» Dos años llevaban de luna de miel, cuando Guillermo recibió noticias poco lisonjeras de América.

» Unos medio hermanos que tenía, menos ricos que él, porque su caudal procedía de su padre, casado en segundas nupcias, amenazábanle con un pleito caso de no transigir cediéndoles ciertas posesiones, que era lo único que le quedaba ya de su patrimonio.

» El efecto moral que le produjo semejante carta fué deplorable. Sus hermanos habían recibido de él beneficios incalculables; había sido para ellos, no un hermano, sino un padre, un protector, su providencia.

» Guillermo los quería como él sabía hacerlo, y en cambio de tanto beneficio le pagaban con un desengaño.

» Las circunstancias, pues, obligáronle á ir á Buenos Aires. Zajara, dispuesta á no abandonarle nunca, le acompañó en su viaje. Aunque iba Guillermo preparado á toda clase de disgustos, todavía le espera-

ban otros mayores de los imaginados, traduciéndose éstos en desaires y frialdades de los hermanos, de esos que hieren el alma en sus fibras más sensibles.

» El pleito entablado por ellos revestía todos los caracteres de notoria mala fe; pero así y todo podía ponerse en tela de juicio su derecho y perderlo Guillermo.

» En tal estado las cosas fué necesario una transacción, que, por humillante que fuera para Guillermo, era inevitable como medio de remediar mayores males. Quedó, pues, transigido el pleito por sentencia firme del Tribunal, quedándole sólo á Guillermo 4.000 duros escasos de renta.

» Terminado este asunto, se volvió á París á vegetar en un piso cuarto cerca de los Campos Elíseos.

» De su pasada opulencia, de su lujo nada quedaba, viviendo modestísimamente en una sociedad que por más que fuese agradable y honrada no era la en que había vivido siempre, ni sus gustos y aficio-

nes estaban en armonía con sus antiguas costumbres.

» En constante lucha con su mala suerte, y decidido á morir, pero no á capitular, Guillermo se supo hacer superior al infortunio y dominar aquella difícil situación, acomodándose á las circunstancias, no mostrándose abatido ni un momento de su vida; Zajara, por su parte, contribuía á hacer la felicidad de Guillermo con un talento y un tacto que, al decir de la pública opinión, no tenía ejemplo; de suerte que en aquella casa se seguía respirando una atmósfera de dicha y bienestar imperturbable.

» Cada período de cuatro ó cinco años, con matemática exactitud, ocurría algún suceso extraordinario en la vida de Guillermo, y ya estaba cerniéndose sobre su cabeza el águila que había de caer despiadada sobre su presa para despedazarla.

» Iba ya á cumplirse el plazo fatal que parece que por tácito convenio había estipulado con su destino.

» Un día del mes de Noviembre de 1888,

un dependiente del Consulado de España se presentó en su casa, preguntando por él para entregarle una carta en propia mano.

»La carta era de un banquero de Londres en nombre de una mujer.

— ¡Qué mujer es esa que sale á última hora en esta historia! — dirá usted con la misma admiración que yo tuve cuando la leí: pues eso lo va usted á saber ahora.

»Guillermo se casó en Londres, á los 24 años, con una mujer que tenía algunos más que él, hija de unos banqueros ingleses inmensamente ricos. Con ella y su padre vivió algunos meses, al cabo de los cuales, sin causa aparente que justificase la separación, se verificó el divorcio, tan radical é irreconciliable como todos hemos visto.

»Su mujer vivía en Londres y él en París en el mayor olvido uno de otro. Así vivieron siempre, con absoluta independencia y sus propios recursos, hasta que, últimamente la mujer, ó arrepentida, si es que

de algo lo podía estar, cosa que ignoramos todos, ó apasionada de Guillermo á última hora, intentó la reconciliación con él por modo indirecto y por conducto de algún amigo de los dos.

»Guillermo, locamente enamorado de Zajara, no hay que decir que no quiso ni que se le volviese á hablar del asunto.

»Pasado uno ó dos años de estas inútiles tentativas, recibió la malhadada carta de su suegro, en que le decía que su mujer, atacada de enajenación mental, y después de intentada la curación en su casa, había sido llevada al manicomio de.....; que la esperanza única de que recobrara la razón sería que volviera á reunirse con ella.

»Lo que pasaría por su alma adivínase por el desenlace.

»Dos horas después de recibir aquella carta..... Guillermo no existía. Su cadáver yacía en el suelo cerca de la mesa de su despacho, sobre la que se veía una carta dirigida al Prefecto de París, declarando en ella, si no la causa que le había impelido al

suicidio, porque no era del caso, que á nadie se culpase de su muerte más que á su fatal destino. «He luchado contra él denodadamente; pero como todo en el mundo tiene su límite, se agotó mi paciencia; y ya no puedo sufrir más..... Lucho por una existencia que no merece defenderse.

» En la Notaría de F....., anotado en el Registro..... está mi testamento. En él instituyo por mi heredera universal de cuanto poseo y de todos los derechos que puedan corresponderme en el porvenir, de cualquier clase que sean, á Zajara, bautizada el 12 de Octubre de 188... á los 34 años en Nuestra Señora de las Victorias, con el nombre de María África (aquí el apellido de Guillermo), á quien pido me perdone y la envío con ésta mi último aliento.

» Si mi mujer está en su razón, la deseo la felicidad que ella no supo darme.—*Guillermo.* »

Zajara, que tenía inclinación al misticismo; que desde que pudo leer ocupábase

con sin igual deleite de la literatura, así como desde que se convirtió al Cristianismo no abandonaba las obras religiosas, y tan conocidas eran para ella *El Símbolo de la Fe* como el *Memorial de la Vida Cristiana*, de Fr. Luis de Granada, ó las *Cartas de Santa Teresa*, cuando vió el desgraciado final de Guillermo, arrojóse á sus pies, le dió el último beso, y desde aquel día consagró su vida y su pensamiento á Dios, y aquella venerable mujer, santificada por la caridad, desde aquel instante pudo apreciar el contraste de dos vidas.



ÍNDICE



ERRATAS

PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	LÉASE.
23	13	es vencedor	en vencedor
24	21	gravan	graban
30	1.ª	orejado	orejudo
30	19	que	ó
33	6.ª	que no encontrá-bamos	que los amigos no encontrábamos
36	5.ª	No ha llegado	¿No ha llegado
36	9.ª	corazón.	corazón?
39	14	escrescencia	excrecencia
70	10	salpimienta	salpimenta
89	13	podía parecerle	esa mujer podía parecerle
186	13	morbal	mortal
186	15	tue	que
207	4.ª	ir Hide Park	ir á Hide Park
320	24	de 1888	de 188...



ERRATAS

PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	LÉASE.
23	13	es vencedor	en vencedor
24	21	gravan	graban
30	1.ª	orejado	orejudo
30	19	que	ó
33	6.ª	que no encontrá-bamos	que los amigos no encontrábamos
36	5.ª	No ha llegado	¿No ha llegado
36	9.ª	corazón.	corazón?
39	14	escrescencia	excrecencia
70	10	salpimienta	salpimenta
89	13	podía parecerle	esa mujer podía parecerle
186	13	morbal	mortal
186	15	tue	que
207	4.ª	ir Hide Park	ir á Hide Park
320	24	de 1888	de 188...





